
HARLEQUIN
Bianca
Maggie Cox
Una historia inacabada



Maggie Cox

Una historia inacabada



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Una historia inacabada, n.º 2334 - septiembre 2014
Título original: The Man She Can't Forget
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-4556-5
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo 1

EN SU momento, le había parecido una buena idea. Ojalá Lara hubiera recordado a tiempo el sabio consejo de su hermano Sean sobre lo de «esperar lo inesperado». Así, se lo habría pensado dos veces antes de acceder a quedarse en casa de sus padres mientras ellos se tomaban unas muy necesitadas vacaciones en el sur de Francia.

Sin embargo, Sean ya no estaba para recordarle aquella recomendación. Además, a ella jamás se le habría ocurrido negarse a la petición de sus padres para que les cuidara la casa cuando ellos aún seguían muy afectados por la dura tragedia que les había golpeado a todos hacía seis meses. Su hijo Sean, el hermano de Lara, había muerto. Contrajo la malaria mientras trabajaba en África como cooperante y no había logrado recuperarse. No parecía posible que algo semejante pudiera ocurrir en el siglo XXI, pero, desgraciadamente, así era.

Llevaba de vuelta en la casa familiar ya una semana, pero Lara aún esperaba que Sean apareciera de repente, tal y como solía hacer cuando eran unos adolescentes.

El tiempo parecía decidido a hacerle blanco de sus bromas porque, en ocasiones, un minuto parecía durar una eternidad y el siguiente se desvanecía de repente, dejándola con la sensación de encontrarse atrapada en un sueño triste y desesperanzador del que no podía despertarse nunca.

A pesar de que adoraba su trabajo, se alegraba de que el curso hubiera terminado. Sus responsabilidades y deberes en la biblioteca habían resultado muy arduos durante el último mes porque todos los alumnos querían tomar prestados libros para estudiar. Sin embargo, después de que hubiera terminado aquel periodo tan frenético, no le quedaba más remedio que enfrentarse a su pena y al profundo dolor que sentía por la pérdida de su hermano. No aguardaba los largos días de verano con la misma impaciencia que lo habría hecho normalmente. Lo único que podía hacer para conseguir que pasara el tiempo era dar largos paseos con Barney, el querido perro de sus padres.

Podría haberse organizado ella también unas vacaciones para cuando sus padres regresaran, pero no había tenido ánimo para hacerlo. Unas amigas le habían pedido que se fuera con ellas de vacaciones a Italia, pero Lara había declinado la oferta. ¿Cómo podría

ser buena compañía para nadie cuando aún seguía profundamente apenada por la muerte de su hermano?

Un día, cuando estaba ya a mitad de la segunda semana de estancia en la casa familiar, se encontraba sentada a la mesa de la cocina tratando de tomarse un bol de cereales cuando al timbre de la puerta sonó. Se sobresaltó profundamente. En aquellos días, parecía asustarse de todo. La repentina muerte de su hermano le había hecho temer que nada bueno volvería a ocurrirle nunca a ella o a su familia.

Barney se levantó de repente del suelo y echó a correr hacia la puerta, ladrando y meneando la cola, como si estuviera dándole la bienvenida a un amigo o a algún conocido. Los nervios de Lara se pusieron aún más de punta. Eran las ocho y media de la mañana. ¿Quién iba de visita a aquellas horas?

–Por el amor de Dios –murmuró–. Lo más probable es que tan solo sea el cartero...

Se puso de pie y caminó descalza hasta la puerta principal, con Barney pisándole los talones. El día prometía ser especialmente cálido y el sol ya se filtraba con fuerza a través de la vidriera que adornaba la puerta. Lara se protegió los ojos del sol con una mano y observó atentamente la sombra que se erguía al otro lado de la puerta. No sabía de quién se trataba, pero no era el cartero. Aquel hombre tenía un aspecto oficial. Lara sintió que el estómago le daba un vuelco. «Por favor, que no sean más malas noticias...».

Abrió la puerta con cautela.

–Buenos días.

Al otro lado de la puerta, había un hombre con unos ojos de un color azul tan intenso que la dejaron sin aliento. Observó su rostro, esculpido y masculino, y el atractivo hoyuelo que le adornaba la barbilla y pensó que estaba soñando. Jamás habría creído que lo volvería a ver, por lo que se quedó completamente sin palabras.

Él iba vestido con un traje oscuro de raya diplomática que, al estar hecho a medida, destacaba a la perfección los anchos hombros y el físico atlético. Siempre había sido un hombre de aspecto elegante, incluso cuando era un adolescente. Era una de esas personas que nacen con ese aire de exclusividad. Solo el aroma de la carísima colonia que él llevaba puesta le indicaba que nada de todo aquello era un sueño.

El recién llegado esbozó una reticente sonrisa, como si no estuviera seguro de cuál era el saludo apropiado.

–Me preguntaba si podría hablar un instante con el señor o la señora Bradley –dijo–. Yo soy un... era un amigo suyo. Siento haber venido tan temprano, pero acabo de regresar de Nueva York y quería darle el pésame a la familia.

Lara lo miró fijamente. Sintió que las piernas amenazaban con

doblársele. Se acababa de dar cuenta de que Gabriel Devenish, el mejor amigo de su hermano en la universidad, no la había reconocido.

Su primera reacción fue de alivio, pero le siguió una extraña sensación en el vientre que le hizo temer que pudiera desmayarse. El recuerdo de Gabriel llevaba años persiguiéndola.

Sean y él habían estudiado la misma carrera, pero, mientras el generoso Sean se había decantado por trabajar de cooperante al terminar, Gabriel había seguido los pasos de su acaudalado tío y se había decidido por el mundo más lucrativo y despiadado de las altas finanzas. Su hermano le había contado en una ocasión que, desde que se mudó a Nueva York, su amigo había logrado amasar una increíble fortuna, aunque lo había dicho de un modo que implicaba que se apiadaba de él.

Fuera como fuera, desde el primer momento que vio a Gabriel, en un caluroso verano de hacía trece años cuando ella solo contaba con dieciséis, se había sentido profundamente atraída por él. Podría ser que ella fuera cuatro años más joven y que siguiera en el instituto, pero eso no había calmado sus sentimientos. Un estúpido impulso del que siempre se había arrepentido la había empujado a confesarle a él lo que sentía.

Su memoria la transportó a aquella noche en la que Sean celebró una improvisada fiesta para algunos amigos cuando sus padres no estaban. Para darse valor, Lara bebió demasiado vino y, como consecuencia, hizo el ridículo. Estaba bailando con él unas horas más tarde cuando, hechizada por los seductores comentarios de Gabriel y por una mirada que ella creía solo centrada en ella, le dijo tímidamente lo mucho que él le gustaba. Entonces, cerró los ojos y levantó el rostro para pedirle un beso.

Aún recordaba perfectamente la mirada de sorpresa que se reflejó en el rostro de Gabriel y la sensación de dolor que se apoderó de ella cuando él la apartó de su lado delicada pero firmemente mientras le decía que ella era la hermana pequeña de su mejor amigo y que lo había interpretado todo mal… que él solo había estado bromeando con ella.

Lara prácticamente recordaba lo que él le había dicho palabra por palabra. Gabriel había dicho a continuación: «Estoy seguro de que hay muchos chicos de tu edad a los que les encantaría salir contigo, Lara, pero yo soy demasiado mayor para ti. De todos modos, tengo la vista puesta en esa rubia, alta y delgada que hay allí de pie. Es una de mis tutoras y ha dejado muy claro que yo le gusto».

Ni siquiera el alcohol había podido proteger a Lara de lo que sintió por el rechazo de Gabriel. Profunda tristeza y humillación. No había hecho más que pensar por qué él la había rechazado. ¿Había sido de verdad tan solo porque ella era mucho más joven que él, además de

ser la hermanita pequeña de Sean? Si a uno le gusta una persona, ¿qué importa la diferencia de edad?

Lara se había quedado con la conclusión de que, aparte de la amistad que había entre ellos por ser él el mejor amigo de su hermano, ella no le importaba a Gabriel lo más mínimo. Incluso entonces tenía la mirada puesta en oportunidades más lucrativas, como por ejemplo la atractiva tutora de la universidad.

Desde el doloroso incidente en la fiesta, las relaciones de Lara con los hombres jamás habían parecido progresar mucho más allá de la amistad. El problema era que ella no confiaba en sí misma a la hora de interpretar correctamente las señales del sexo opuesto. También, a pesar del rechazo de Gabriel, sabía que aún tenía sentimientos románticos hacia él. ¿Lo habría convertido a lo largo de los años en una fantasía, una fantasía con la que ningún otro hombre pudiera competir? Ciertamente, le había costado mucho olvidarlo.

Lara sintió que la garganta se le quedaba seca, pero, de algún modo, consiguió hablar.

–Eres Gabriel, ¿verdad? Eras el mejor amigo de mi hermano cuando él estaba en la universidad. Lo siento, pero mis padres no están aquí en este momento. Se han marchado de vacaciones al sur de Francia.

Barney comenzó a ladrar, como si quisiera reclamar la atención que los dos le estaban negando. Lara agradeció la distracción que el perro le proporcionó y se agachó para poder acariciarlo.

–Calla, Barney. No tienes por qué montar tanto jaleo.

–¿Tú eres Lara? ¿La hermana pequeña de Sean?

Lara levantó la mirada y se sintió atrapada por la hipnótica mirada azul de Gabriel. El corazón comenzó a latirle con fuerza contra las costillas. Asintió lentamente.

–Así es, aunque me temo que ya no soy tan pequeña.

Volvió a ponerse de pie y a exhibir su altura de casi un metro setenta y unas femeninas curvas ceñidas por unos vaqueros y una camisa blanca. Ya no se parecía en nada a la regordeta adolescente de dieciséis años. No era de extrañar que Gabriel no la hubiera reconocido.

–Vaya...

Gabriel parecía verdaderamente sorprendido.

–Has crecido mucho. Mira...

Se mesó el espeso cabello castaño con los dedos y, con ese gesto, hizo que Lara se fijara más en su frente, una frente surcada ya por dos profundas arrugas. No parecía que utilizara con mucha frecuencia su devastadora sonrisa. Fuera cual fuera el camino que había tomado su vida, no parecía que esta hubiera sido fácil. Tal vez él era rico, pero, por mucho dinero que tuviera una persona, eso no podía protegerle de todos los sinsabores de la vida.

–Me enteré de la muerte de tu hermano ayer –confesó Gabriel–. Vi un artículo en el periódico sobre los cooperantes que habían muerto de malaria y se mencionaba su nombre. El artículo decía que recientemente había ganado un premio muy prestigioso por su trabajo. Me quedé pasmado al enterarme de que había muerto. Después de que termináramos la universidad, no mantuve el contacto con él.

–Los dos tomasteis caminos muy diferentes –dijo ella encogiéndose de hombros.

No le gustaría que Gabriel pensara que ella le estaba criticando, aunque jamás había comprendido por qué él había elegido una profesión que, a su parecer, se centraba más en tomar que en dar, una profesión completamente opuesta a la que Sean había elegido.

–Te agradezco mucho que hayas venido a presentar tus respetos. Mis padres se emocionarán mucho cuando se lo diga. Estoy segura. Bueno, supongo que estarás muy ocupado, así que no te entretendré más.

Lara deseó fervientemente que él comprendiera la indirecta y se marchara. No quería que él pensara que se alegraba de volver a verlo. Ya no era la inocente muchacha de dieciséis años cuya fijación por él le había resultado seguramente muy vergonzosa...

Sin embargo, Gabriel suspiró y permaneció donde estaba.

–Mira, no quiero que creas que soy un aprovechado, pero ¿podrías darme una taza de té? Te prometo no robarte demasiado tiempo.

Por mucho que Lara deseó encontrar una excusa convincente, la imagen de vulnerabilidad que vio en los ojos de Gabriel le impidió negarse a lo que él le pedía.

–¿Por qué no entras? –le invitó ella–. Estaba a punto de prepararme una para mí.

Aliviado, Gabriel siguió a Lara por el pasillo hacia lo que recordaba que era una espaciosa y acogedora cocina. Mientras caminaba lentamente detrás de ella, se dio cuenta de que la tímida y estudiosa adolescente se había transformado en una belleza que lo obligaba a mirar su estupenda figura con admiración.

Lo que las curvas de su cuerpo hacían por un sencillo par de pantalones vaqueros y una camisa blanca debería reflejarse en el arte o la poesía. Aunque él no era una persona especialmente artística ni poética, eso no significaba que no apreciara las cosas más hermosas de la vida. Por eso, había seleccionado un apartamento en Nueva York que tenía una maravillosa vista sobre el Metropolitan Museum.

De vez en cuando, si encontraba un rato libre, bajaba a visitarlo para recordarse que el dinero no era lo único bueno de la vida. Efectivamente, una persona tenía muchas más opciones si lo tenía, pero no compraba la felicidad. Dios sabía que él había aprendido esa

lección a lo largo de los años.

La admiración de la belleza de Lara quedó en un segundo plano cuando entraron en la cocina. Efectivamente, era tan acogedora como la recordaba. Sus antiguos muebles lo transportaron inmediatamente a los años en los que Sean y él eran jóvenes. Recordó las deliciosas comidas que Peggy Bradley les preparaba, en particular durante un verano en el que Sean y él tuvieron que estudiar los exámenes. Reían y bromeaban juntos, escuchaban la música de sus grupos favoritos y se metían sin piedad con Lara. Había resultado tan fácil imaginar que aquellos maravillosos días podrían durar para siempre...

Gabriel se sintió de repente sumido en un mar de recuerdos al ver una fotografía de Sean, tal y como él debía de ser antes de morir. Sean había sido el amigo más íntimo que él había tenido nunca y le dolía mucho pensar que ya no estaba...

–Todo está exactamente igual –comentó con voz ronca. Se metió los dedos por el cuello de la camisa que, de repente, le resultaba completamente agobiante.

–A mis padres no les gustan demasiado los cambios. En eso están muy chapados a la antigua –comentó Lara con una afectuosa sonrisa–. Por no mencionar que son muy sentimentales. De hecho, lo son más aún después de perder a Sean –añadió mientras la sonrisa se le helaba en los labios. Entonces, se dio la vuelta y se dirigió hacia el fregadero para llenar el hervidor de agua.

–Debió de ser un shock terrible para todos vosotros recibir la noticia de que había muerto –murmuró Gabriel.

–Así fue. Un día estábamos hablando con él por Skype y prácticamente al otro... –musitó mientras sacudía tristemente la cabeza–. ¿Cómo te gusta el té? –le preguntó mientras se apartaba un mechón de cabello castaño y se lo metía detrás de la oreja antes de darse la vuelta.

–¿No te acuerdas? –bromeó Gabriel recordando con placer las numerosas tazas de té que Lara, ansiosa por agradarle, le preparaba cuando estaba en la casa–. Yo te decía que, junto con tu madre, tú preparabas el mejor té del mundo.

–Es verdad –susurró ella con una sonrisa–. Está bien. A ver si me acuerdo de cómo te gusta. No me digas nada. Déjame intentarlo. Siéntate y ponte cómodo.

Gabriel no necesitó que se lo pidiera dos veces. Aquella casa era el único lugar en el que había conocido un hogar de verdad, con todo lo que esa palabra representaba.

Cansado y estresado por las exigencias del cruel mundo de las altas finanzas, en el que seguramente llevaba ya demasiados años, Gabriel sentía un secreto anhelo por una vida más simple y más cómoda. Estaba harto de la opulenta forma de vida de los banqueros de Nueva

York. Efectivamente, anhelaba la clase de comodidad que se puede obtener al estar entre personas auténticas, sin agendas ocultas y con la sencilla habilidad de ser ellos mismos.

Los padres de Lara le habían dado la bienvenida a su casa sin prejuicios ni expectativa alguna, incluso expresaron su tristeza de que a él lo hubiera criado un tío muy rico, pero ausente, que lo había dejado frecuentemente al cuidado de la niñera. Se sintieron muy apenados por el hecho de que él nunca hubiera conocido la dicha de crecer en la una familia de verdad como le había ocurrido a Sean.

–¿Te apetecerían unas tostadas con mermelada con tu taza de té?

–Lo siento... ¿qué es lo que has dicho? –preguntó mirando los ojos color chocolate, a juego con su cabello, de Lara. Durante un instante, Gabriel se había olvidado de quién era o dónde estaba. Lara resultaba tan encantadora...

Ella frunció el ceño. Parecía molesta de que él no la hubiera escuchado a la primera. «Tal vez no sabe lo atractiva que resulta...». Lo dudaba. No había conocido a ninguna mujer hermosa que no fuera consciente de su propio atractivo. La belleza era algo muy deseable en el mundo avaricioso que él habitaba, por no decir que era algo que abría muchas puertas. En su opinión, todas las mujeres atractivas que apuntan a lo más alto en su profesión no tenían reparo alguno para utilizar esa ventaja al máximo.

–Te acabo de preguntar si te apetecerían unas tostadas con mermelada...

–Con el té será suficiente, gracias. Luego, si tienes tiempo, me gustaría que te sentaras a charlar un rato conmigo. Tenemos que ponernos al día. Hace años desde la última vez que nos vimos, Lara, y, aparte de hablar de Sean, me gustaría que me contaras lo que has estado haciendo tú.

–Está bien –dijo ella. Se mordió el labio, como si le hubiera sorprendido aquella invitación–, pero ¿no has dicho que acabas de regresar de Nueva York? ¿No prefieres relajarte y dormir un rato después de tu vuelo?

Gabriel no pudo evitar sonreír. Parecía que la que había sido una adolescente tímida e insegura había heredado la habilidad natural de su madre para pensar primero en las necesidades de otro. Aquello no era algo que encontrara a menudo en su mundo y tenía que admitir que le resultaba muy atractivo.

–Te aseguro que, en estos momentos, no necesito hacer nada más que estar aquí contigo, Lara.

Lara no había escuchado nunca una frase en labios de un hombre que resultara más atractiva y seductora. La profunda y seductora voz de Gabriel hacía que aquellas palabras resultaran aún más provocativas. De repente, el interior de su cuerpo pareció caldeado

por una llama increíblemente erótica. ¿Podría ser que su fascinación adolescente por aquel hombre no hubiera muerto con su rechazo sino que, a lo largo de todos aquellos años, hubiera estado latente?

Habían pasado trece años desde la última vez que vio a Gabriel. Ya no sabía nada de su vida ni de lo que había ocurrido en todo aquel tiempo. No obstante, estaba completamente segura de que, en aquellos momentos, él solo tenía interés por su familia.

Por lo que Lara sabía, él podía estar felizmente casado con una esposa bellísima y perfecta en Nueva York. Al pensarlo, sintió que se le hacía un nudo en el estómago.

–Muy bien. Prepararé el té y nos pondremos al día. Sin embargo, no esperes nada emocionante por mi parte. Llevo una vida muy tranquila y ordinaria que probablemente está a años luz de la tuya.

Tras dedicarle una sonrisa, se puso a preparar el té y a colocar todo lo necesario en una bandeja. Las manos le temblaban visiblemente al hacerlo y el corazón le latía rápidamente, como si no pudiera volver a tranquilizarse nunca más.

Pasaron al salón para tomarse el té. Lara abrió las puertas del patio para que los dos pudieran disfrutar de la luz del sol.

–Lo has hecho exactamente como me gusta –anunció Gabriel tras tomar un sorbo de su té–. Tienes buena memoria –añadió mientras se acomodaba en el sillón.

–Gracias.

Lara de repente se sintió muy tímida y se sentó enfrente de él para tomarse su té.

–Has dicho que acabas de regresar de Nueva York –dijo para iniciar la conversación–. ¿Se trata de una visita relámpago o piensas quedarte un tiempo?

–No estoy seguro –respondió él tras apretar la mandíbula un instante–. En estos momentos, no tengo ni idea de cuánto tiempo voy a quedarme. He regresado para ocuparme de algunos temas legales relacionados con las propiedades de mi tío. Él murió hace unas semanas y yo soy su único heredero.

–Oh, Gabriel. Lo siento mucho… No sabía… ¿Viniste al entierro?

–Sí. Tengo una reunión con su abogado mañana.

Gabriel sacudió la cabeza, como si el pensamiento le molestara en vez de gratificarle. Lara pensó que, efectivamente, por qué se iba a alegrar de que el único miembro de su familia hubiera muerto, aunque él le hubiera legado todo lo que poseía. Si lo poco que sabía sobre el tío de Gabriel era cierto, estaba segura de que él hubiera preferido el amor y el afecto de su tío cuando era niño en vez de recibir todos sus bienes materiales a su muerte. De todos modos, ¿para qué los necesitaba si él era ya inmensamente rico por su propio trabajo?

–¿Viste a tu tío mucho desde que te marchaste a Nueva York?

–No. No estábamos muy unidos. Él me adoptó cuando mi madre, su hermana, decidió que no estaba preparada para ser madre. Supongo que, al menos, él tuvo la decencia de hacer eso.

–¿Y tu padre? –le preguntó Lara frunciendo el ceño–. ¿Qué le pasó?

–Tú sabes tanto como yo –respondió él frunciendo también el ceño–. Mi madre escribió «desconocido» en mi certificado de nacimiento.

–Qué triste...

–¿Por qué? Yo crecí en una casa impresionante y no me faltó de nada. ¿Qué hay de triste en eso?

–Es triste que no hayas conocido nunca a tu verdadero padre o que no hayas tenido relación alguna con él. Es triste que ni siquiera estuvieras muy unido a la persona que te adoptó. Eso es lo que quería decir.

–Pues no lo pienses más. En los círculos en los que yo me muevo, se me considera un rotundo éxito. Todo lo que he conseguido, lo he conseguido solo. No me lo impidió no tener una buena relación con mi familia. Punto final.

Lara estaba segura de que eso no era la verdad. Cualquiera a quien su madre hubiera abandonado de niño debía de sentir un profundo dolor y una terrible ira que, con toda seguridad, afectaría a su autoestima y a su seguridad en sí mismo. Sin embargo, sabía que no era el momento para seguir hablando de aquello o para presionar a Gabriel. Él había acudido para darle el pésame a la familia por Sean y no para ser sometido a un interrogatorio sobre su poco idílica infancia.

–Ahora, quiero que me cuentes lo que has estado haciendo desde que nos vimos por última vez –dijo él cambiando hábilmente de tema–. ¿A qué te dedicas? Si no recuerdo mal, ibas a ser veterinaria o política. Sean, tú y yo teníamos unos apasionados debates sobre cómo enmendar el mundo, ¿verdad?

Lara se sonrojó al recordar sus caldeadas y animadas discusiones. Sus puntos de vista siempre habían sido los más apasionados y vehementes.

–Bueno, pues no soy ni una cosa ni otra –dijo ella–. Ser responsable de enmendar el mundo era algo demasiado ambicioso, por lo que me convertí en bibliotecaria.

–Vaya, vaya, vaya... Bibliotecaria –dijo él con expresión seria–. Sé que te encantaban los libros, pero siempre me pareció que eras demasiado apasionada para esconderte en una sala polvorienta y culturizar al ignorante público.

–Por si no te has dado cuenta, no vivimos en la época de Charles Dickens. Entre otras cosas, yo cuido de los libros en una biblioteca universitaria ultramoderna, con todas las tecnologías posibles a mi disposición. Si crees que elegí la opción fácil al hacerme bibliotecaria,

te aseguro que tratar todos los días con las exigencias de los estudiantes no es moco de pavo.

–¿Pero te gusta? –le preguntó él levantando una ceja. Sonrió–. Me alegro de que hayas encontrado una profesión que te guste, Lara. Y, para que conste, sigo pensando que eres muy apasionada. Estoy seguro de que tú podrías ser todo lo que te propusieras en la vida. No puedes refrenar tu naturaleza.

Capítulo 2

YTÚ, Gabriel? –le preguntó Lara. De nuevo se sentía muy acalorada porque parecía ser el centro de atención y ella prefería averiguar algo más sobre él–. ¿En qué clase de trabajo te centras ahora? ¿Sigues en las finanzas?

–Sí, así es –respondió él con una pesarosa sonrisa.

–¿Y qué es lo que haces exactamente?

Como respuesta, él se puso de pie. A Lara le resultó evidente que sus preguntas lo estaban incomodando.

–Soy DR en Wall Street. Antes de que me lo preguntes, eso significa director de riesgos. Me ocupo de analizar formulas de riesgo y recompensa de negocios y bancos.

–Ah –replicó ella. Prácticamente se había quedado igual con la explicación–. Parece muy complicado.

–¿Sí? En cualquier caso, te aconsejaría que no pierdas el sueño tratando de comprenderlo.

–¿Significa eso que no crees que yo sea lo suficientemente inteligente para entenderlo?

–Siempre mostrabas resentimiento cuando pensabas que yo me estaba burlando de ti, ¿verdad? Tal vez deberías intentar no tomarte las cosas tan personalmente.

Mientras Lara repasaba el comentario para tratar de entender qué era lo que él había querido decir exactamente, Gabriel se acercó a ella y le agarró las manos con las suyas. Entonces, en silencio, la obligó a levantarse.

Lara no hubiera podido describir adecuadamente la mezcla de pánico y placer que se apoderó de repente de ella. Total incredulidad también ante lo que estaba ocurriendo. A lo largo de los años, había fantaseado en muchas ocasiones sobre lo que sentiría si Gabriel la tocaba o la estrechaba entre sus brazos. A pesar de que su corazón latía con fuerza por tenerlo cerca, no podía evitar recordar la vez en la que él la había rechazado y le había dicho que él no era para ella. Sin embargo, ni siquiera aquel angustioso recuerdo pudo evitar que pensara que aquel momento en el que estaba tan cerca de él era tan... mágico.

Entonces, se dio cuenta de que su mirada azul la estaba examinando con tal intensidad que le produjo una gran aprensión.

–Háblame de Sean –le ordenó él, casi con reverencia, como si

pronunciar el nombre de su amigo lo llenara de pena.

Lara tragó saliva, aliviada de que la razón de tanta intensidad no hubiera sido ella. Aún le dolía hablar de Sean y recordar que él había muerto. El pensamiento era como si un frío y afilado acero le atravesara el corazón.

–¿Qué quieres saber?

Gabriel no la soltó y Lara no tenía prisa alguna por liberarse. Sus manos eran grandes, cálidas y le daban una extraña sensación de seguridad. Le hacían anhelar la protección amante y sensual que solo un hombre como él podía proporcionarle.

–¿Por qué...? ¿Cómo contrajo la malaria? –preguntó Gabriel–. ¿Acaso no tienen los cooperantes que vacunarse o tomar medidas de precaución antes de ir a esos lugares olvidados de la mano de Dios?

–Por supuesto que sí...

Lara se sorprendió por la rabia que oyó en su voz. Se emocionó al notar lo mucho que quería a Sean incluso después de tantos años.

–Se puso todas las vacunas y se hizo todos los exámenes médicos antes de irse –susurró–, pero la malaria se produce por la picadura de un mosquito infectado, como estoy segura de que sabrás. Poco después de su muerte, se descubrió un agujero en la red que protegía su cama. Desgraciadamente, la ONG siempre andaba corta de dinero para reemplazar las mosquiteras viejas cuando ya no servían.

–¿Le dieron una mosquitera rota? –preguntó él escandalizado. Soltó de repente las manos de Lara y dio un paso atrás.

Lara se sintió a la deriva por la falta de contacto y abrumada por el recuerdo de cómo había muerto Sean. Se cruzó de brazos y asintió tristemente.

–Eso parece...

Como si no supiera cómo contener su ira, Gabriel se acercó a la ventana para mirar por el jardín. Entonces, se dio la vuelta para volver a mirarla.

–¿Cómo pudo Sean ser tan idiota? –preguntó airadamente.

–¿Qué dices? –replicó ella. La brutal pregunta le había dolido tanto como si se tratara de un bofetón.

–Lo que quería decir era por qué no pensó en las consecuencias que ser tan descuidado tendría sobre su propio bienestar. Probablemente porque nunca se le ocurrió ponerse primero... Ese era el problema. ¿Por qué si no habría aceptado una mosquitera defectuosa para arriesgarse a que le picaran los insectos? Y si ni siquiera se dio cuenta de que estaba rota, debería haberla comprobado, ¿no te parece? Sin embargo, siempre estaba demasiado ocupado pensando en los demás. No me extraña que se fuera de cooperante. Menuda pérdida de tiempo ha resultado ser eso.

Los ojos azules le relucían de furia. Entonces, segundos más tarde,

pareció estar completamente destrozado.
–Era un genio de las matemáticas y la ciencia. Podría haber entrado en cualquier banco de inversiones o en cualquier empresa financiera y subir directamente hasta lo más alto. Si era tan importante para él apoyar las causas benéficas, podría haberlo hecho desde la seguridad de su despacho, utilizando tanto dinero como hubiera querido y sin ponerse en peligro, maldita sea –susurró mientras se mesaba el cabello con desesperación–. Dios sabe que se lo dije muchas veces. Cualquiera habría pensado que habría tenido el sentido común para pensárselo.

Lara respiró profundamente y notó cómo el corazón iba tranquilizándosele. Ya había comprendido que la ira que Gabriel sentía hacia su hermano se debía a la frustración que experimentaba ante la pérdida inútil de la vida de un amigo. Lo mismo que les ocurría a todos.

–Mi hermano era un buen hombre, como estoy seguro de que ya sabes. Era feliz haciendo el trabajo que eligió, ayudando a otros menos afortunados que él. Simplemente no formaba parte de su naturaleza pensar primero en él. No sé tú, pero así es el modo en el que yo quiero recordarle. Feliz, pleno y disfrutando de su vida. Sé que, si siguiera aquí, querría que tú también fueras feliz, que te sintieras pleno y que estuvieras disfrutando de tu vida. ¿Es así?

Aquella pregunta quedó suspendida en el aire como la espada de Damocles. Gabriel la miraba fijamente. Entonces, se frotó la barbilla con la mano como si así quisiera salir del trance en el que había caído. Se encogió de hombros.

–Desde mi punto de vista, se concede demasiada importancia a lo de ser feliz. Algo mucho mejor es tratar de tener éxito. Si tienes éxito, te sientes pleno. Eso al menos te da opciones en la vida. De todos modos...

Regresó a su sillón y se terminó el té. Entonces, le dedicó a Lara una turbadora sonrisa que reflejaba en parte arrepentimiento y en parte angustia.

–Siento si te he disgustado con mi perorata sobre Sean, pero él era un buen amigo mío, probablemente el mejor que he tenido nunca. Ojalá me hubiera dado cuenta antes. Debería haberme mantenido en contacto con él, pero ya es demasiado tarde para eso, ¿no? Me parece una tremenda injusticia que nos lo arrebataran tan pronto. Por favor, transmite mi más sentido pésame a tus padres. Siento mucho que no estén aquí para hablar con ellos personalmente. En cualquier caso, creo que ya va siento hora de que me vaya.

Pensar que él se marchaba y que tal vez no volvería a verlo nunca más sacudió violentamente a Lara. Antes de que pudiera pensarlo dos veces, le dijo:

–¿De verdad tienes que irte? Si te quedas un rato, podemos

almorzar juntos. Tal vez incluso puedas venir a pasear primero con Barney y conmigo, si te apetece. Un paseo es el remedio perfecto para ordenar las ideas y aclararte la cabeza. Hay un bosque en la parte posterior de la casa, ¿te acuerdas? Ojalá hubieras visto las prímulas en primavera… Eran tan bonitas…

En ese momento, Gabriel comprendió que no podía alejarse de aquella mujer tan fácilmente como hubiera querido. Sin embargo, debía marcharse. Sabía que, si se quedaba, solo conseguiría hacerle daño. El deseo y la necesidad que llevaba enterrado dentro desde hacía tanto tiempo y que, de vez en cuando, apaciguaba con hermosos cuerpos que solo lo veían como la llave para el estilo de vida que ansiaban, terminarían consumiendo a la dulce e inocente Lara y la llenarían de amargo arrepentimiento por haberle invitado a quedarse un rato.

Sin embargo, Gabriel no se podía resistir a aceptar aquella propuesta. ¿Quién podía culparle por buscar refugio en su fresca e inocente compañía durante un poco más de tiempo?

–Está bien. Me quedaré… al menos para almorzar y para pasear a Barney.

–Genial, pero ¿te das cuenta de que tengo un motivo más para pedírtelo?

Ella sonrió y, por primera vez, Gabriel se dio cuenta de los dos hoyuelos tan sexys que ella tenía en las mejillas. No obstante, sus palabras hicieron que él se tensara. No estaba preparado para que sus ilusiones sobre ella, si es que eran ilusiones, se hicieran pedazos tan rápidamente.

–¿Y qué motivo podría ser ese? –preguntó él con cautela.

Ella levantó sus esbeltos hombros y volvió a dejarlos caer.

–Tan solo que he estado bastante sola en la casa, rodeada por los recuerdos de mi hermano. Sería agradable tener un poco de compañía para variar… A eso me refería.

Gabriel se sintió muy contento por el hecho de que ella hubiera reconocido aquello y se relajó.

–Entonces, no puedo negarte lo único que te puedo dar hoy. ¿Vamos a dar un paseo ahora? El sol brilla y hace un día magnífico. Sería una pena desperdiciarlo quedándonos en casa.

–Estoy de acuerdo –dijo Lara. Se agarró la larga melena oscura para lanzársela hacia la espalda y se dirigió a la puerta–. Voy a ponerme las botas. El terreno del bosque es bastante duro y desnivelado en partes. ¿Crees que podrás andar bien con eso que llevas puesto? –le preguntó mientras miraba los mocasines italianos que él calzaba–. Parecen muy elegantes y caros.

–Si hubiera sabido que me ibas a llevar a retozar al bosque, me habría traído algo más adecuado –afirmó él con un ligero retintín que

hizo que ella se sonrojara vivamente.

–No te engañes creyendo que yo soñaría con algo así –susurró ella–. En primer lugar, ni siquiera sabría cómo.

Bajo la inmaculada camisa blanca, el corazón de Gabriel comenzó a latir alocadamente. Además, una profunda excitación se apoderó de él.

–Eso es un verdadero desafío –comentó con voz ronca.

–No lo he dicho como desafío. Solo... Vaya, no importa. Voy a ponerme las botas.

Lara, muy azorada, se marchó precipitadamente de la sala. Inmediatamente, Gabriel echó de menos su presencia y deseó que ella regresara inmediatamente.

Estaba conociendo un mundo completamente diferente al que él habitaba. Un mundo que se había estado perdiendo desde hacía demasiado tiempo.

Pasear por el bosque junto a la que durante mucho tiempo había sido tan solo la hermana de Sean resultó ser una experiencia deliciosa. Lara reía a menudo, sin complejos, de un modo tan maravilloso que le ponía a él el vello de punta. De vez en cuando, una oleada del maravilloso perfume que ella llevaba inundaba los sentidos de Gabriel y le llegaba hasta lo más profundo. Todo esto, unido a los terrenales aromas que abundaban en el bosque, convirtió aquel paseo en una experiencia muy sensual, a millones de años luz del tenso y cargado ambiente de Wall Street que era su rutina diaria habitual.

–Ahora, voy a quitarle a Barney la correa. Este es su lugar favorito del bosque. Lo conocemos bien y me gusta dejar que él se dé una buena carrera.

Le dedicó a Gabriel otra maravillosa sonrisa y, entonces, se inclinó para soltar la correa del emocionado terrier. El perro salió corriendo entre los arbustos, saltando y ladrando de felicidad.

–No es demasiado listo –comentó ella con afecto–. Es cazador por naturaleza, pero el problema es que anuncia su llegada para que su presa pueda salir huyendo antes de que él la atrape.

Lara sacudió la cabeza y soltó una carcajada. Gabriel no pudo evitar sonreír de placer. Empujado por el instinto, se encontró acercándose a ella y agarrándole la mano. El potente hormigueo que le subió por el brazo cuando la tocó estuvo a punto de hacerle tropezar. La mirada de sorpresa que Lara le dedicó indicó que ella también había sentido aquella electrizante sensación.

–Se me había olvidado lo divertida que eres –confesó él–. Y que tienes unos ojos muy hermosos. Relucen como joyas cuando te ríes.

No era propio de él decirle un cumplido a una mujer, pero aquel le salió de lo más profundo de su ser.

–Gracias –dijo ella. Cuidado, se soltó la mano de la de él. El rubor le cubrió las mejillas.

–Te has ruborizado.

–Si es así, será porque no estoy acostumbrada a recibir unos cumplidos tan efusivos.

–¿Ni siquiera del hombre de tu vida?

Gabriel no experimentó remordimiento alguno por indagar en su vida. Sin embargo, la expresión de Lara parecía algo molesta. La luz de sus ojos se apagó un poco.

–No hay ningún hombre en mi vida. Al menos no en este momento.

Gabriel no pudo negar que se sintió muy aliviado al escuchar aquello, aunque en aquellos momentos no estaba preparado para explorar el porqué.

–¿Quieres decir que podría haber alguien? ¿Le has echado el ojo a alguien?

–No. No quería decir eso en absoluto –replicó ella.

No se molestó en tratar de ocultar su enojo por el hecho de que Gabriel le interrogara sobre el asunto.

–¿Y tú? –añadió ella–. ¿Hay alguien significativo en tu vida? Por lo que yo sé, hasta podrías estar casado ahora.

–No estoy casado. Y tampoco tengo una relación seria con nadie. Estoy casado con mi trabajo, Lara. Sé que suena muy aburrido, pero es cierto. Sin embargo, con eso no digo que me falte la compañía de una mujer bonita cuando la deseo.

–Supongo que eso significa que no hay nadie serio en tu vida.

Ella suspiró. Sin embargo, Gabriel no pudo deducir si aquel suspiro significaba desaprobación o desilusión. Estaba mirando hacia los espesos arbustos entre los que había desaparecido el perro.

–¡Barney! –exclamó llamando al perro–. ¡Venga, campeón! ¡Ven aquí ahora mismo!

Al ver que el perro no aparecía inmediatamente, Lara se volvió a mirar a Gabriel.

–Me preocupo cuando, de repente, deja de hacer ruido –admitió–. Es mejor que vaya a ver dónde se ha metido. Podría haberse atascado en una conejera o algo así. Ya ha ocurrido antes. ¿Por qué no me esperas aquí? Ya te has llenado de barro tus elegantes zapatos y el terreno al otro lado de esos árboles está aún más embarrado. No tardaré mucho.

–Me importan un comino los zapatos. Además, no me he dejado la americana en la casa y me he remangado para nada. No me preocupa ensuciarme. Te acompañaré y te ayudaré a encontrar al perro.

–¡Se llama Barney!

Una vez más, Lara parecía ofendida. Gabriel no pudo resistirse a seguir metiéndose con ella.

–¿Por quién se llama así? ¿Por uno de tus exnovios?

–Es el perro de mis padres. No es mío, bobo.

–Siempre me llamabas así. Te sorprendería saber que me resultaba encantador.

–Eso sí que no me lo creo. A mí me parecía que te irritaba bastante. Yo no era más que la pesada de la hermana de tu amigo, ¿te acuerdas? No me tomabas en serio. Me soportabas por cortesía a Sean y a mis padres, estoy segura.

–Eso no es cierto –dijo él frunciendo el ceño. Le molestaba que Lara pudiera creer eso.

–Vamos –dijo ella tras dedicarle una alegre sonrisa–. Vamos a encontrar a Barney.

Mientras Gabriel avanzaba por los espesos y embarrados matorrales con sus carísimos zapatos italianos, sonrió ante la imagen tan ridícula que debía de presentar. Sus colegas de Wall Street se lo pasarían en grande si pudieran verlo. Lo más extraño fue que ese pensamiento le hizo sonreír aún más. Además, no se sentía predispuesto a estar triste. ¿Cómo iba a estarlo cuando iba detrás de una belleza de largas piernas ceñidas por unos estrechos vaqueros?

Lara se movía por el embarrado terreno como una versión femenina de Indiana Jones. Apenas se detenía para recuperar el aliento y no hacía más que llamar al perro por su nombre. Gabriel se tenía por un hombre muy en forma, pero la fuerza y la agilidad de su compañera eran increíbles.

Ella se detuvo en seco y, con frustración y aprensión en la voz, gritó:

–¡Barney! No tiene gracia. ¿A qué crees que estás jugando, perro malo?

–Parece que esperas que él te responda...

–Qué gracioso eres...

En aquella ocasión, Gabriel recibió una mirada de irritación que, por suerte, no se tomó en serio. Sabía que Lara se sentiría muy triste si no encontraba al perro, lo que hacía que él tuviera más empeño aún por ayudarla.

–¡Barney! –comenzó a gritar Gabriel mientras se dirigía a una sección aún más densa del bosque que aún no habían explorado. En aquellos momentos, ya no le importaba que sus zapatos prácticamente estuvieran estropeados por el barro.

De repente, le pareció ver el pelaje del perro entre los árboles.

–¡Barney! ¡Ven, muchacho!

No había avanzado mucho cuando vio el trasero del terrier apuntando hacia el cielo en medio de un montón de hojas. El perro excavaba con furia en la tierra.

–¡Lo he encontrado! –le gritó a Lara. Se giró y vio que ella se dirigía

corriendo hacia él. Tenía la camisa blanca manchada de barro, como la de él, y su larga melena oscura parecía muy enredada. El bonito rostro estaba arrebolado por el esfuerzo del ejercicio.

–¡Gracias a Dios! –exclamó mientras se ponía de rodillas para abrazar a su adorada mascota–. Barney, eres un perro muy malo –añadió, regañando al perro cariñosamente mientras lo abrazaba con fuerza.

Aunque fuera una locura, Gabriel no pudo evitar envidiar al pequeño perro. No le importaría en absoluto que Lara la estrechara contra sus rotundos pechos de ese modo.

–Seguramente estaba buscando conejos –comentó ella con una sonrisa–. No puede evitarlo. Eres un cazador nato, ¿verdad, campeón?

Inmediatamente, ella se puso de pie y le colocó el collar al perro.

–No sé tú, pero a mí de repente me ha entrado mucha hambre. Regresemos a casa y yo prepararé algo de comer.

En aquellos momentos, Gabriel también sintió un enorme apetito, aunque no necesariamente por la comida. La hermana de su mejor amigo estaba desafiando seriamente su libido y llevaba todas las de ganar. Aquella no era ninguna de las cosas que se había imaginado que podría ocurrirle en su viaje al Reino Unido.

Desgraciadamente, no sabía lo que iba a hacer al respecto. Sin embargo, no podía considerar seriamente acostarse con ella y poner en riesgo las buenas relaciones que siempre había tenido con su familia y con ella.

–Quiero que te quites la camisa en cuanto llegues a casa –le ordenó ella.

–¿Cómo?

Lara se detuvo en seco y se volvió para mirarlo con una pícara sonrisa en el rostro.

–No te preocupes. No es porque tenga nada pensado para hacer con tu cuerpo. Estás a salvo. Sencillamente iba a meterla en la lavadora. Puedes tomar prestada una de las camisas de mi padre. Tiene más o menos la misma constitución que tú, aunque por supuesto no es tan... tan...

Mientras los ojos castaños de Lara lo miraban, ella trataba en vano de terminar la frase. Una vez más, Gabriel no pudo resistirse a ser provocativo.

–¿Guapo?

Su hermosa acompañante lanzó un gruñido y siguió andando con el perro ladrando alegremente a su lado. A Gabriel no le había extrañado que ella lo abandonara allí a su suerte, en medio de aquel oscuro bosque.

Sinceramente, Lara no sabía de dónde estaba sacando el valor para enfrentarse a la turbadora y carismática presencia de Gabriel.

A medida que pasaban las horas, el día se había ido convirtiendo en un desafío aún mayor. Sus miradas, el contacto de sus manos... Simples roces que habían provocado en ella reacciones extremas que no auguraban nada bueno para cuando llegara el momento de decirle de nuevo adiós. Además, no dudaba que, en aquella ocasión, la despedida sería para siempre.

Él regresaría a su cosmopolita vida en Wall Street y ella a su sencilla y ordinaria vida como bibliotecaria en la universidad. Y, en aquella ocasión, ya no habría consuelo alguno al ver cómo el mejor amigo de su hermano desaparecía de su vida por segunda vez...

Cuando regresaron del bosque, los dos se quitaron el embarrado calzado en el porche. Al ver que los mocasines de piel estaban cubiertos por completo de barro, Lara lanzó un grito de horror.

–¡Madre mía! Y encima eran de ante... –comentó. Sentía sinceramente que Gabriel hubiera estropeado un par de zapatos tan caros por su culpa–. Te debería haber prestado unas botas de mi padre...

–¿Qué pie usa?

–Un cuarenta y tres.

–Bueno, no me habría servido de nada. Yo utilizo un cuarenta y siete.

Lara se quitó sus botas y lo miró.

–En cualquier caso, creo que te has estropeado por completo tus maravillosos zapatos. ¿Eran muy caros? –le preguntó. Se sonrojó mientras se preguntaba en privado cómo podría encontrar el dinero para pagárselos.

–Si te lo dijera, probablemente me echaras una buena bronca por ser tan vanidoso y tan derrochador. Olvídalo. Los zapatos no importan. De todos modos, tengo otro par en el coche.

–¿Tienes otro par en el coche? ¿Y por qué no me lo dijiste?

–No lo pensé. Además, no creo que sea para tanto. Ahora, si me das esa camisa que me prometiste, me quitaré esta y te la daré para que la metas en la lavadora.

Él ya había empezado a desabrochársela. De repente, Lara cayó presa del pánico ante la posibilidad de verlo con el torso desnudo.

Sus sentidos ya se sentían suficientemente bombardeados por la presencia de Gabriel. ¿Cómo se suponía que ella iba a poder enfrentarse a la belleza de su torso desnudo y comportarse como si no le importara?

Capítulo 3

PARA ser un hombre al que le gustaba estar al mando de las situaciones, Gabriel se encontraba bastante perdido. Estar a solas con Lara, en la casa de su amigo, recordando una de las épocas más felices de su vida, le hizo querer devolver los sentimientos que todo aquello despertaba en él. El más importante de todos era el de sentir que pertenecía a aquel lugar.

No había vuelto a experimentar el sentimiento de sentirse bienvenido, de ser considerado sin prejuicios ni condiciones desde que se marchó del Reino Unido. Dios sabía que la estresante carrera que había elegido no hacía posible que se engendrara nada parecido entre las personas con las que él trabajaba. Lo primero que se le ocurría a Gabriel al pensar en ellos era que serían capaces de vender a sus abuelas si con ello conseguían sacar beneficio.

De vez en cuando, le alarmaba ver que se estaba convirtiendo también en aquella clase de persona, algo de lo que no se enorgullecía. Sin embargo, era una adicción para él y, como tal, resultaba muy difícil dejarla. Pero lo más extraño de todo era que no se alegraba demasiado por haber recibido la sustanciosa herencia de su tío.

Lo único que asistir a su entierro le había hecho experimentar a Gabriel había sido abandono y dolor, sentimientos que lo acompañaban desde que su madre lo dejó con un hombre que, a pesar de ser su pariente, se había mostrado distante y poco accesible con él.

Además de la complicación de tener que ocuparse del legado de su tío, estaba el dilema totalmente inesperado de Lara. Solo saber que, en aquellos momentos, ella estaba en la cocina preparando el almuerzo, no debería darle el placer que le daba. Eso en sí mismo no era muy usual porque aún no había conocido a ninguna mujer en la que confiara lo suficiente como para relajarse en su compañía, a excepción de Peggy Bradley, la madre de Lara y Sean.

Estaba sentado en el sillón del salón y sentía que los ojos se le estaban cerrando. Los rayos del sol que se colaban por la ventana estaban produciendo en él un efecto soporífero, que, sin que él pudiera evitarlo, lo adormilaban.

En el ambiente, flotaba una melodía que le recordaba a una pequeña fiesta que Sean organizó allí espontáneamente. Lara llevaba un vestido largo y bailaba sin parar, moviendo los brazos como si

quisiera acoger entre ellos todo lo que el mundo pudiera ofrecerle. Su imagen había atraído en más de una ocasión la atención de Gabriel. Estaba tan hermosa y parecía tan libre...

–Gabriel, siento despertarte, pero el almuerzo está preparado. Había pensado que podíamos salir al jardín para comer...

Gabriel abrió los ojos y vio el rostro de Lara, que tan familiar le había resultado siempre. La inocente muchacha de su juventud se había convertido en una hermosa mujer que le hacía hervir la sangre con solo mirarla. Sin adorno o maquillaje, su piel resultaba tan fresca y limpia como los pétalos de una rosa y sus labios... Sus labios tenían la forma perfecta para atraer la atención de cualquier hombre y hacerle desear saber lo que sentiría al tenerlos contra los suyos, si era tan afortunado como para poder besarlos.

Se incorporó en el sillón y murmuró:

–Estaba soñando contigo... Sí, en una fiesta que Sean y yo celebramos una vez. Acababas de cumplir dieciséis y estabas bailando una canción de Jimi Hendrix. Parecías tan libre y tan hermosa... Recuerdo haber pensado que habrías encajado perfectamente en los años 60, en la época de la paz y el amor.

Lara frunció el ceño como si aquella alusión le desagradara. Evidentemente, aquel recuerdo no le causaba el mismo placer que a Gabriel.

–Los dieciséis fueron una edad horrible para mí. Yo era muy tímida y, a veces, decía estupideces de las que luego me lamentaba. Aquella noche, dije algo muy estúpido en esa fiesta.

–¿Sí? Bueno, pues deberías olvidarte de ello. De eso hace ya muchos años y, si no recuerdo mal, me parece que había mucho alcohol por todas partes aquella noche. Además, todos decimos estupideces en alguna ocasión. Si no se pueden decir estupideces a los dieciséis, ¿cuándo se puede? De todos modos, aquella noche sentía bastante envidia de ti.

–¿Sí? ¿Por qué?

–Porque parecías tan libre... Para mí, representabas una libertad que yo añoraba, la clase de libertad que el dinero no puede comprar...

En aquellos momentos, fue Gabriel el que empezó a sentirse incómodo. Jamás había revelado nada tan personal a nadie. Como muchos hombres, había aprendido desde pequeño que expresar sentimientos era algo parecido a expresar debilidad. Se levantó del sillón y se acercó a la ventana para mirar el jardín. Inmediatamente, vio una mesa de hierro forjado preparada ya para el almuerzo, con una sombrilla de color verde al lado. Aquello le proporcionó la distracción que necesitaba. Demasiada introspección lo estaba volviendo irritable. Se lamentaba de haber sido tan franco con Lara.

–¿Habías dicho algo sobre comer fuera?

–Sí. El almuerzo está listo. ¿Por qué no sales mientras yo lo llevo todo a la mesa?

Lara no podía sacarse de la cabeza las afirmaciones que Gabriel había hecho sobre su aspecto en la fiesta de Sean. No había dado indicación alguna de que recordara haberla desdeñado, primero cuando ella le ofreció los labios para besarlo y luego cuando, sin tacto alguno, le sugirió que debía de haber chicos de su edad a los que pudiera interesarles.

Ni siquiera se había inmutado cuando ella le mencionó que había dicho una estupidez aquella noche. ¿Había sido tan insignificante su flirteo con él que ni siquiera lo recordaba? El hecho de que hubiera estado soñando con ella parecía demasiado irreal. Sin embargo, por muy seductor que sonara, Lara permanecería en guardia. No dejaría que el inmaduro comportamiento de su pasado se volviera a repetir en el presente.

Sin embargo, tampoco podía olvidar la sincera afirmación de Gabriel cuando dijo que el modo en el que ella bailaba aquel día había representado una libertad que él anhelaba, una libertad que ningún dinero había podido comprar para él. ¿Se habría estado sintiendo atrapado de algún modo?

No podía contener el anhelo de que, algún día, él le revelara un poco más de sus sentimientos, al menos como amigo. Resultaba fácil deducir que estaba atormentado. Desde que apareció en su puerta aquella mañana, Lara había empezado a intuir que la muerte de Sean no era la única pena que lo turbaba.

Gabriel no habló mucho durante el almuerzo, aparte de felicitarla por lo buena que estaba la comida. Por suerte, el calor del sol le ayudó a librarse de las tensiones que podría haber sentido al estar sentada frente al hombre que la había hipnotizado desde que tenía dieciséis años. La verdad era que aún seguía hipnotizándola. Lara había fantaseado sobre Gabriel en tantas ocasiones a lo largo de los años... Incluso había esperado que, algún día, él regresaría a su vida, vería la mujer en la que ella se había convertido y caería completamente rendido a sus pies.

Sin embargo, sabía que aquello no era más que un sueño. Gabriel estaba aún más lejos del alcance de Lara de lo que lo había estado tantos años atrás.

Ella agarró la botella de chardonnay que había abierto y que estaba en una cubitera de hielo y sirvió un poco en las copas. Entonces, levantó la suya a modo de brindis y sonrió.

–Por los viejos amigos.

Una sombra se reflejó en los brillantes ojos azules de Gabriel. Sus

anchos hombros se tensaron visiblemente. Entonces, él también levantó su copa.

–Por Sean, quien me dijo en una ocasión que la mejor botella de vino era la que se compartía con un buen amigo, tanto si era un reserva como un vino de garrafa.

La expresión que se reflejó en su hermoso rostro era muy seria, teñida de una tristeza y de un arrepentimiento que no era capaz de esconder.

–Tu hermano era demasiado generoso. Ojalá yo hubiera exhibido más de esa cualidad hacia él cuando tuve oportunidad. Sin embargo, estaba demasiado centrado en tirar por mi propio camino como para considerarle. Ciertamente, no estuve en las veces en las que él pudo haber necesitado un aliado o alguien en quien confiar. Menudo amigo resulté ser yo para él...

–Eres demasiado duro contigo mismo, Gabriel...

Lara no pudo negar ni por un segundo el impulso de tocarle que surgió en ella. Sabía que corría un gran riesgo, pero quería reconfortarle. Le dolía verlo castigándose de aquel modo. A Sean tampoco le habría gustado.

Suavemente, colocó la mano encima de la de él. Gabriel la miró como si estuviera hipnotizado. Entonces, sacudió la cabeza.

–El hecho es que no lo soy lo suficiente. Constantemente estoy creando estrategias y planes de contingencia para no tener que enfrentarme conmigo mismo y con la verdad sobre lo que me he convertido... en un hombre del que no estoy nada orgulloso.

–Pero si ya me has dicho que la gente te considera un éxito, Gabriel. Deberías estar orgulloso de lo que has conseguido.

–¿Crees de verdad que mi vida es un éxito?

El dolor que Lara vio reflejado en su rostro le hizo contener la respiración.

–Lo que yo crea no es tan importante como te sientas tú, Gabriel. Debes de haber trabajado mucho para llegar donde estás y lo hiciste sin la ayuda de tu familia o amigos. Eso demuestra la clase de fuerza y determinación que a la mayoría de la gente le encantaría tener.

–¿Tú crees?

Gabriel le agarró la mano, como si él quisiera hacerla su prisionera. La intensidad con la que la miró aceleró aún más los latidos del corazón de Lara.

–Eres demasiado generosa para tu propio bien, Lara. Deja que te haga ver la clase de hombre que yo soy, por si tienes la creencia de que soy mejor de lo que crees. No lo soy. No considero a los demás. Yo tomo en vez de dar, al contrario de lo que os ocurre a ti y a tu familia. En la clase de mundo en el que yo vivo, los débiles caen y se les olvida rápidamente. He tenido que aprender a ser duro. Para

conseguir lo que quiero, he aprendido a no permitir que nada ni nadie se interpongan en mi camino. Si vuelvo de nuevo a tu vida, te garantizo que te haré daño y te haré lamentarte del día en el que me conociste.

Lara no pudo contener las lágrimas que le llenaron los ojos. Sus palabras habían sido como cuchillos. Inmediatamente, sintió la necesidad de protegerse a sí misma.

–Estás hablando como si yo estuviera albergando alguna esperanza de que los dos pudiéramos estar juntos. No te preocupes al respecto, Gabriel. No es así.

Entonces, se zafó de él.

–Nueva York te ha cambiado, Gabriel... y no para mejor. Solías ser simpático y divertido, pero parece que el sendero que has elegido te ha corrompido en vez de hacerte feliz. Eso me preocupa. Y, para que lo sepas, no estoy buscando un hombre que ocupe mi vida, pero te aseguro que, si lo estuviera, no serías tú.

–¿Eso es cierto?

En un abrir y cerrar de ojos, Gabriel se puso de pie y la levantó hacia él. Le colocó las manos sobre la esbelta cintura y la estrechó contra la férrea muralla de su torso. Lara no tuvo tiempo para pensar ni para sentirse alarmada. Sin embargo, los latidos del corazón se le aceleraron cuando él le colocó la mano en la parte posterior de la cabeza y la obligó a acercar el rostro al de él.

Entonces, el mundo que ella conocía desapareció como si no fuera más que un sueño. Cerró los párpados mientras él apretaba los labios contra los de ella. La lengua cálida y sedosa de Gabriel le invadió la boca sin piedad alguna, poseyéndosela en un beso que parecía acicateado por la pasión y la furia.

Tanta exigencia dejó a Lara indefensa, pero también despertó en ella sentimientos latentes, que inmediatamente anhelaron levantarse y enfrentarse a aquella furiosa pasión. Junto con esa escandalosa sensación se produjeron otros turbadores sentimientos. El principal fue el delicioso sabor de Gabriel y el provocador aroma que emanaba de él, un aroma casi primitivo que no se debía exclusivamente a la carísima colonia que llevaba puesta. Además, la fuerza de su tonificado cuerpo contra el de Lara hizo que la sangre le latiera a ella con fuerza en las venas. Gabriel parecía un hambriento lobo solitario decidido a llevársela a su guarida para saborearla a placer.

Cuando Gabriel, sin previo aviso, la soltó, Lara se tambaleó. Tenía las piernas débiles, a punto de ceder.

Recuperó el equilibrio tan rápido como pudo y se llevó las manos a los labios. Ya estaban ligeramente henchidos y aún le vibraban por el salvaje beso de Gabriel. Él se había distanciado y estaba sacudiendo la cabeza en lo que parecía ser una expresión de disgusto consigo mismo.

Cuando levantó la mirada para dirigirla a ella, Lara vio una expresión de absoluta desesperación en su rostro.

–Si te he hecho daño, lo siento mucho. A pesar de lo que dije, jamás fue mi intención hacerlo –dijo con voz ronca–. Sin embargo, es mejor que sepas cómo soy de verdad en vez de descubrirlo más tarde. Al menos ahora tienes la oportunidad de darme con la puerta en las narices y jurar que no vas a volver a verme.

Lara se pasó la mano por el rostro y lo miró. Entonces, se juró en silencio que no lo abandonaría como lo habían hecho su madre y su tío. Podría ser que sus amigos no entendieran aquella decisión después de lo que él le había dicho, pero ninguno de ellos conocía al Gabriel de antaño y tampoco sabían lo que era poner los ojos en un hombre y creer que, tal vez, él podría ser su destino.

A pesar de todo, Lara estaba decidida a no permitir que Gabriel llevara la voz cantante. Aunque no podía negar la poderosa química que había entre ellos, ciertamente no estaba dispuesta a permitir que él la utilizara para luego descartarla como si no le importara nada. No quería ser una de las que se quedaban por el camino.

–Probablemente no tenías intención de hacerme daño, Gabriel, pero la verdad es que lo has hecho. Tal vez sea mejor que te marches y reflexiones sobre lo ocurrido...

–¿Significa eso que estarías dispuesta a volver a verme a pesar de lo que acaba de ocurrir? –preguntó él muy sorprendido.

–Sí, pero espero que no te vuelvas a comportar como si tuvieras todo el derecho a besarme porque no te lo permitiré –respondió ella. Entonces, se cruzó de brazos y suspiró–. Siento que solo has hecho eso debido a la frustración por no saber lo que hacer con tus sentimientos, unos sentimientos que deben de haber estado creciendo dentro de ti desde que te enteraste de lo de tu tío y luego de lo de Sean. Lo comprendo perfectamente. La pena puede provocar que las personas más estables se vuelvan un poco locas algunas veces. Puede hacer que se comporten de un modo en el que nunca lo harían.

–Entonces, ¿crees que te besé puramente porque no sabía qué hacer con mi pena y me volví un poco loco?

–Pues sí... así es.

–En ese caso, evidentemente no has aprendido nada sobre los hombres y sus instintos básicos, ¿verdad?

Lara se quedó más escandalizada por aquella afirmación que por el beso. Quería que el suelo se abriera y se la tragara. Evidentemente, Gabriel aún seguía considerándola la hermana pequeña de Sean, una mujer que probablemente se había visto protegida del mundo por unos padres en exceso protectores y que, como resultado, era demasiado ingenua.

Se armó de valor y resolución. Se negaba a permitir que aquellas

burlas la afectaran. Ingenua o no, no podía creer que Gabriel estuviera presentándole su verdadera naturaleza. Su intuición le decía que se estaba mostrando como un hombre cruel e insensible solo para ocultar la verdad. Lara sería capaz de apostarse cualquiera cosa.

–Tal vez no tenga mucha experiencia con los hombres, Gabriel, y sé que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos, pero no soy tan ingenua como tú pareces pensar. Soy consciente de lo que pasa en el mundo y de… los deseos que las personas pueden tener. A pesar de lo que tú has dicho, no creo que tu naturaleza sea tomar lo que quieres solo porque puedas hacerlo. Seguramente, llevas mucho tiempo construyendo una muralla alrededor de tus sentimientos y resulta natural que esos sentimientos se desborden desde que has regresado a casa y te has visto obligado a enfrentarte a las pérdidas de tu vida.

Lara se detuvo para respirar profundamente y tratar de tranquilizarse.

–Tal vez no sea tan mundana como tú, pero tampoco soy tan insensible como para no darme cuenta de que debes de estar sufriendo.

Al mismo tiempo que Lara estaba pronunciando las palabras vio la expresión del rostro de Gabriel y se preguntó cómo se había atrevido a expresarlas. Él se estaba frotando la mano sobre la camisa que ella le había prestado y, durante unos instantes, Lara pensó que él estaba a punto de marcharse. De salir de su vida para siempre.

–Odio hacer pedazos otra ilusión, cielo, pero no te besé porque estuviera sufriendo, al menos no del modo que tú crees. Te besé por pura lujuria. Si eso te escandaliza, entonces mírate en el espejo. La muchacha que yo conocía se ha transformado en una hermosa y deseable mujer. Una mujer muy sexy. Ningún hombre del mundo me culparía por desearte.

–Si esperas que me sienta halagada por ese comentario, entonces…

Gabriel se acercó de nuevo a ella, pero Lara no se inmutó. Gabriel podía tentarla todo lo que quisiera, pero ella se mantendría firme y se negaría a creer lo que él decía. Estaba convencida de que tan solo estaba actuando, buscando el modo de apartarla de la verdad de lo que él realmente estaba sintiendo. Quería hacerle creer que él era un playboy frío y sin corazón, en el que no quedaba vestigio alguno del agradable y simpático muchacho que ella había conocido en su juventud.

–No espero que te sientas halagada, ángel…

Levantó la mano y le acarició suavemente la mejilla. El gesto sirvió para caldearle y helarle la piel al mismo tiempo. Una cosa que no podía negar era que se había dado cuenta de que siempre había algo imprevisible en la naturaleza de Gabriel. Algo incluso peligroso.

En una ocasión, Sean había comentado que las mujeres acosaban a Gabriel porque, aparte de tener un buen físico, transmitía una imagen de chico malo que a todas les parecía resultar irresistible. Lara no dudaba que aquello fuera cierto, pero ella jamás había tenido miedo de él. Tal vez era una ingenua, pero no creía que él le fuera a hacer daño deliberadamente. Ni siquiera el brusco beso que él le había dado le había hecho cambiar de opinión.

Gabriel contuvo el aliento y el suspiro que lanzó a continuación acarició suavemente la mejilla de Lara. Ella sintió cómo se debilitaba hasta el punto de que pensó si las piernas serían capaces de sostenerla.

–En vez de sentirte halagada… por el bien de ambos… preferiría que me mandaras al infierno y me advirtieras de que jamás volviera a cruzar el umbral de tu casa.

La exquisita forma de sus labios se torció como si él deseara que ella pusiera fin a su agonía interna accediendo a sus deseos. Sin embargo, Lara no estaba dispuesta a eso.

–No, Gabriel. Eso no te lo diré nunca, a menos que me causes daño deliberadamente. Puedes decir que soy débil, incluso estúpida, pero mi hermano se revolvería en su tumba si yo te diera la espalda. Mis padres tampoco estarían demasiado contentos conmigo. Creo que nuestros sentimientos se han visto acrecentados hoy por lo que la vida nos ha hecho pasar a ambos… Hemos perdido a personas que amamos. Por lo tanto, olvidémonos de lo ocurrido y terminemos de almorzar, ¿de acuerdo? Tengo macedonia y helado de postre.

Fingiendo que lo que acababa de ocurrir entre ambos no la había afectado en lo más mínimo, Lara se apartó la mano de Gabriel del rostro y regresó a la mesa. Sin embargo, el corazón le latía alocadamente. Cuando se sentó, miró a Gabriel y vio que él seguía de pie, mirándola como si no la entendiera.

–No, Lara. No voy a quedarme. Gracias por el almuerzo, pero creo que no voy a tomar el postre. A pesar de lo que acaba de pasar, quiero que sepas que te deseo un futuro muy feliz. De verdad. El mejor. No me cabe la menor duda de que romperás algunos corazones por el camino… Es decir, si no lo has hecho ya.

Justo cuando Gabriel terminaba de hablar, Barney salió corriendo a través de las puertas del patio como una bala. Acababa de levantarse de la siesta. Se dirigió directamente a Gabriel, saltando frente a él y ladrando de excitación como si él fuera su nuevo mejor amigo.

Lara vio cómo Gabriel, sorprendido por la reacción del perro, dejaba caer sus defensas y se ponía de rodillas para acariciarle. Aquel gesto fue precisamente lo que necesitaban para que se diluyera la tensión que había entre ambos.

–Creo que le gustas –dijo ella con una sonrisa–. Creo que no va a dejar que te marches fácilmente, Gabriel.

–¿Y tú? ¿Vas a dejar que me marche fácilmente?

Lara guardó silencio durante un instante. Se lamió los labios y se pasó una mano por los vaqueros. Entonces, levantó el rostro para mirarlo.

–Probablemente no. Me parezco un poco a un terrier en lo que se refiere a los amigos. Hace falta mucho para deshacerse de mí. Cuando regreses a Nueva York, seguramente estarás harto de verme.

–¿Tú crees?

Gabriel tomó a Barney en brazos y se levantó. La enigmática sonrisa que se le dibujó en el rostro hizo que Lara sintiera que sus extremidades se volvían tan frágiles como el algodón.

–¿Te parece si tomamos ya el postre? –sugirió ella. Trató de conseguir que su voz fuera firme–. Me parece que es una pena dejar que se desperdicie.

–Eres la tentación personificada, Lara Bradley.

–En ese caso, seguramente sería una buena comercial, ¿no te parece?

Sin soltar a Barney, Gabriel la miró y sonrió.

–Nena, tú podrías venderme lo que quisieras sin que yo fuera capaz de resistirme. ¿Te das cuenta de cuánto poder tienes sobre mí?

Lara se preguntó qué ocurriría si Gabriel supiera que lo que ella ansiaba no era tener poder sobre él, sino algo mucho más profundo y duradero.

Capítulo 4

CUANDO llegó el momento de despedirse de Lara, Gabriel decidió mantener un tono de voz y una actitud completamente neutral, al contrario de lo que él solía hacer siempre con las mujeres. Su costumbre era mantenerlas interesadas procurando no estar siempre disponible. En el caso de Lara, le había bastado una mirada a sus profundos ojos castaños para darse cuenta de que era la única mujer con la que no podría emplear su habitual estrategia.

El beso que le había robado podría haber conseguido que ella pensara que no era más que un canalla sin corazón, pero no había sido planeado. Él nunca había conocido un ansia y una necesidad por una mujer similares a las que sentía por ella. A esto, había que añadir que se había sentido furioso consigo mismo, con el mundo, con las cartas que el destino le había repartido. Todo ello, había constituido una mezcla explosiva. Desgraciadamente, Gabriel ya no podía borrar el sabor de Lara de sus labios ni el recuerdo de su suave y delicado cuerpo.

Como se había dado cuenta de que no quería marcharse antes de pasar un tiempo más adecuado con ella, decidió que dejaría que las cosas se desarrollaran con naturalidad entre ellos en vez de sabotear sus posibilidades mostrándose exigente y dictatorial. Con eso en mente, le sugirió que, tras la reunión que tenía con el abogado de su tío al día siguiente, iría a recogerla para llevarla a ver la casa que había heredado. De algún modo, pensar en visitar su antigua casa con ella resultaba más atractivo que el hecho de enfrentarse solo a los amargos recuerdos que sin duda evocaría. Después de la visita, la llevaría de vuelta a su casa para que pudiera pasear a Barney y luego, por la noche, la sacaría a cenar.

Después de que ella aceptara ambas sugerencias, Gabriel se marchó a su hotel en Park Lane con el ánimo muy alto a pesar de que no debería ser así. No solo había perdido a Sean, sino que tenía que enfrentarse con los fantasmas de su pasado en la casa en la que había crecido.

Además, había empezado a presentir que Lara y él tenían asuntos inacabados entre ellos. ¿Por qué si no existiría tanta química entre ambos cuando hacía tanto tiempo que no se veían? Gabriel no pensaba regresar a Nueva York sin conocer las causas.

–¿Te importa si te pregunto cómo te fue con el abogado?

En el interior del elegante coche negro que Gabriel había alquilado para su estancia, la voz de Lara sonó muy medida, como si no estuviera segura de qué clase de respuesta le daría él. Gabriel no podía culparla por actuar con cautela después de lo que había ocurrido el día anterior. A pesar de estar encantado con tenerla a su lado, oliendo tan fragante como una rosa y completamente arrebatadora con un vestido rosa, un tema más turbador dominaba sus pensamientos.

Aquella mañana, había descubierto que había un apéndice al testamento muy sorprendente. El impacto que tendría en su vida si lo aceptaba le había presentado un dilema que jamás había anticipado. Una complicación más a la que enfrentarse. ¿Acaso jamás iba a poder librarse del desmoralizador legado de su pasado?

Tragó saliva y tomó una carretera secundaria. Era una ruta demasiado familiar, por la que había viajado muchas veces en su infancia y jamás con placer.

Después de viajar durante un rato en silencio, Gabriel se volvió por fin a Lara para responder su pregunta.

–La reunión fue tan bien como era de esperar, supongo, aunque no me satisfizo enteramente. Verás la casa dentro de unos minutos y podremos entrar y recorrerla toda. Espero que nos reciba el ama de llaves de mi tío. Ella sigue ocupándose de la casa y de su mantenimiento.

–Debe de ser muy tranquilizador tener a alguien conocido ocupándose de tu casa.

–En realidad, no la conozco. Se llama Janet Mullan y solo la he viso en una ocasión, cuando vine al entierro de mi tío. Es agradable, supongo. Alegre. Dios sabe lo que habrá tenido que soportar con mi tío durante tanto tiempo. Ciertamente, él no era un buen conversador.

–Nunca me has dicho cómo se llamaba tu tío.

Aquella pregunta le provocó un nudo en el estómago. Jamás había llamado a su tío por su nombre, porque dignificarlo de un modo tan personal podría haber sugerido que él le importaba, lo que había estado muy lejos de la realidad.

–Se llamaba Richard Devenish o, para darle su título completo, sir Richard Devenish.

No pudo evitar pronunciar el título con un cierto desprecio. Al ser el único pariente de sir Richard, aparte de su madre, Gabriel podría haber heredado el título, pero significaba muy poco para él. Probablemente ni siquiera lo habría utilizado y, si lo hubiera hecho, tan solo habría sido un amargo recordatorio de sus orígenes.

Sintió que Lara se giraba en el asiento para mirarlo con sus enormes ojos castaños.

–¿Quieres decir que vienes de la nobleza, Gabriel? No lo sabía.

–¿Y por qué ibas a saberlo? Yo no lo he dicho nunca.

–¿Lo sabía Sean?

–Debí de habérselo mencionado en una ocasión, porque alguna vez, cuando nos emborrachábamos, él se burlaba de mí haciendo una reverencia. Sin embargo, ninguno de los dos nos lo tomábamos en serio.

–Parece que te avergüenza lo de tener un título. No lo comprendo.

–No. Y supongo que jamás lo entenderás... a menos que te lo cuente. Bueno, ya hemos llegado.

Gabriel aparcó el coche sobre la grava y apagó el motor. Entonces, se giró hacia Lara para mirarla. Una fuerte sensación de placer y necesidad le recorrió el cuerpo. Resultaba difícil pensar en otra cosa que no fuera en hacerle el amor. El vestido que llevaba, con los hombros al descubierto, no ayudaba a disuadirle de aquella idea. El corpiño le ceñía los senos de tal modo que resultaba difícil mirar a otra parte.

–Por cierto... –dijo, con una sonrisa en los labios–, ¿te he dicho lo guapa que estás hoy? Ese vestido te queda sensacional.

Lara se sonrojó profundamente y se humedeció nerviosamente los labios con la lengua. El deseo que se había apoderado por completo de Gabriel se convirtió en una sensación dolorosa.

–No –respondió ella, evidentemente turbada por el cumplido. Entonces, giró el rostro para mirar el imponente edificio que se erguía frente a ellos–. ¡Qué casa tan maravillosa! Hace que, en comparación, la casa de mis padres parezca de muñecas.

–Sí, pero yo sé muy bien cuál prefiero.

Antes de que ella pudiera responder, Gabriel abrió la puerta y salió del coche. Entonces, se inclinó para mirarla a ella.

–Deberíamos entrar.

A Lara le había resultado imposible dormir la noche anterior. Estuvo despierta hasta altas horas de la noche, pensando en Gabriel y en el hecho de que él iba a ir a recogerla al día siguiente. La camisa que él había llevado puesta durante el paseo que dieron por el bosque estaba colgada de una percha, que a su vez ella había enganchado en el respaldo de la silla que había junto a su casa. La había lavado y planchado, pero aún olía a su dueño. De vez en cuanto, Lara estiraba la mano y agarraba la manga para olerla, para recordarse lo atractivo y sensual que era el aroma de Gabriel.

También se había tocado los labios con las yemas de los dedos, al recordar el apasionado beso que él había robado. Cada vez que lo hacía, era como si estuviera cerca de una hoguera. No había ni un solo

centímetro de su cuerpo que no ardiera por él. Solo el recuerdo de su tórrida pasión tenía la capacidad de excitarla más de lo que nunca se había excitado antes.

No obstante, la hermosa camisa blanca no era garantía de que él mantuviera su promesa y regresara, pero Lara prefería pensar que sí lo era. Incluso un hombre tan rico como Gabriel no querría perder una camisa tan cara... ¿o sí?

No debería haberse preocupado porque Gabriel, efectivamente, regresó tal y como había dicho que haría. Lara sabía que el amigo de su hermano provenía de una familia muy acaudalada, pero no tenía ni idea de que la casa en la que él había crecido era tan grande y palaciega. Sean jamás se lo había mencionado. A Lara no le extrañaría que él no lo hubiera hecho para proteger la intimidad de Gabriel. Sean siempre había sido muy leal con sus amigos, y en especial con Gabriel.

Janet Mullan, el ama de llaves, era una mujer muy hermosa y menuda de unos sesenta años, con un mechón canoso en un cabello sorprendentemente oscuro. Resultó ser tan alegre como Gabriel le había dicho que era. Los saludó muy amablemente en la puerta de la mansión. Parecía muy contenta de dar la bienvenida al nuevo dueño de la casa. Lo primero que hizo fue preguntarles si les apetecía algo de beber antes de empezar a recorrer la casa. Tras mirar a Lara, Gabriel notó que ella lo dejaba en sus manos y declinó la oferta. Sin embargo, sí le pidió que preparara café y algo de comer para después de que hubieran terminado de visitar la casa.

Tras pedir la llave del despacho de su fallecido tío porque necesitaba revisar unas cartas, a Lara le resultó más que evidente que Gabriel no quería pasar más tiempo allí del que fuera necesario, lo que resultaba difícil de creer, dado que la casa era increíble.

Cuando Janet Mullan regresó con la llave, él le dio las gracias y empujó suavemente a Lara hacia la imponente escalera que llevaba hacia las plantas superiores.

Después de recorrer varias hermosas y elegantes habitaciones, llegaron a la biblioteca. Lara se había estado preguntando si Gabriel le mostraría la habitación que él ocupó de niño con la esperanza de que ello le ayudara a comprender mejor al hombre en el que se había convertido, pero no fue así. Sin embargo, en cuanto entraron en la biblioteca, ella se quedó completamente boquiabierta.

Ante ella, se levantaban enormes estanterías, completamente repletas de libros de diferentes tamaños. Para Lara, aquello era un sueño. Tras notar que él sonreía al ver su reacción, dio un paso al frente y se dirigió a las enormes ventanas, desde las que se dominaban las verdes praderas que rodeaban la casa.

De repente, ella se dio cuenta de que Gabriel estaba muy callado. Se preguntó si estaría triste o disgustado por algo y deseó saber de qué se

trataba. Iba vestido con unos vaqueros y una camiseta azul marino, con una camisa por encima. A pesar de su informal indumentaria, no parecía estar fuera de lugar en un lugar tan impresionante como la casa en la que había crecido. Gabriel Devenish rezumaba clase. Desgraciadamente, su rostro denotaba que distaba mucho de estar contento por ser el dueño de aquella imponente mansión. De hecho, su rostro parecía sugerir que preferiría estar en cualquier lugar del mundo antes que allí.

–Gabriel...

–¿Qué ocurre?

–De lo que he visto hasta ahora, esta es probablemente mi sala favorita de toda la casa –afirmó ella–. ¡Qué suerte tenías de tener una biblioteca como esta a tu disposición cuando eras niño! Si yo hubiera vivido en esta casa, habría pasado la mayor parte de mi tiempo aquí.

–Por supuesto. Por eso eres bibliotecaria, ¿verdad? Porque adoras los libros.

–No lo niego.

–Bueno...

Para sorpresa de Lara, Gabriel se reunió con ella junto a la ventana, aunque seguía con la mirada turbada. Sus ojos se habían tornado del azul que tiñe el cielo antes de una tormenta.

–Aunque te pueda parecer que yo tenía mucha suerte al tener una biblioteca y una casa como esta a mi disposición, mi vida aquí distó mucho de resultar una experiencia agradable o feliz. De hecho, la mayor parte del tiempo esta casa era más una cárcel que un hogar para mí. Hasta que me fui a la universidad y conocí a Sean, y luego a tus padres y a ti, no supe cómo podría haber sido mi vida si hubiera tenido una familia normal.

–Siento mucho que no tuvieras una feliz vida familiar en tu infancia, pero espero que sepas que mis padres y Sean te consideraban prácticamente parte de la familia. Mis padres se alegraron lo mismo el día de tu graduación que la de Sean.

–¿Y tú, Lara? –susurró él. Estiró la mano y agarró un mechón del cabello de Lara, que se enroscó entre los dedos–. ¿Me considerabas tú también prácticamente de la familia?

El corazón de Lara latía con fuerza en su pecho. Ella lo miró a los ojos y decidió que debía ser sincera.

–No, Gabriel. No puedo decir que fuera así...

La boca de Gabriel esbozó sorpresa, pero mantuvo la mirada firme y penetrante.

–Vaya, vaya... –murmuró él. Entonces, le soltó el mechón de cabello que había tenido entre los dedos y le deslizó la mano sobre el cuello. La obligó a levantar la barbilla–. Tengo que felicitarte por tu sinceridad, Lara. Entonces, si no me considerabas parte de la familia,

¿qué opinión tenías de mí?

Los nervios se apoderaron de Lara. Se pasó la mano por el vestido. La cercanía de Gabriel y el seductor calor que emanaba de su cuerpo le hacían temblar y le impedían pensar como era debido.

–No quería decir que no te tuviera en mucha estima. Por supuesto que sí. Eras el mejor amigo de mi hermano y yo... te tenía mucho aprecio.

–¿Y qué es lo que piensas de mí ahora?

Lara suponía que la pregunta era inevitable, pero no por eso le resultó más fácil contestarla.

–Yo... yo... sigo apreciándote mucho.

–¿Apreciándome? –le preguntó él agarrándole la barbilla–. Esa debe de ser la expresión de sentimiento más estúpida e insípida que he escuchado nunca. No puedo decir que me guste.

Lara se echó a temblar. Los pezones se le habían tensado de un modo insoportable contra el sujetador. Parecían arderle como si se les hubiera aplicado una llama, sensación que se acrecentó cuando vio cómo la boca de Gabriel se acercaba a la suya.

El instinto de protección y la necesidad de mantener el equilibrio la empujaron a levantar la mano y a interponerla entre sus labios y los de Gabriel. Le colocó la mano sobre el torso y lo detuvo en seco a pesar de que su cuerpo clamaba febrilmente aquel contacto.

–No deberíamos... no deberíamos estar haciendo esto, Gabriel.

–¿Y quién lo dice? –le preguntó él con una sonrisa en los labios. Entonces, le atrapó la mano con la que ella había hecho ademán de detenerle y la apartó. A continuación, volvió a estrecharla contra su cuerpo sin el menor remordimiento–. Si es lo que los dos deseamos, ¿quién tiene que decir que deberíamos detenernos?

Lara volvió a intentar utilizar el sentido común, pero el deseo de Gabriel había encendido el de ella como una llama que prende el papel. Comportarse de un modo sensato era lo último que su apasionado cuerpo deseaba hacer.

Sentir el tonificado físico de Gabriel contra su cuerpo proporcionaba sensaciones increíbles. Resultaba evidente que estaba excitado. No obstante, ella consiguió decirle con voz temblorosa:

–Lo que deseo es ser tu amiga, Gabriel... una buena amiga, no una de las damas con las que pasas la noche cuando deseas compañía. Nuestra amistad significa mucho para mí. No querría que el sexo la convirtiera en algo barato.

Inmediatamente, él dejó caer los brazos a los lados con una expresión de asombro en el rostro. El asombro no tardó en tornarse en furia.

–Entonces, ¿te sentirías barata si te acostaras conmigo? ¿Es eso? No puedo decir que eso me haga sentir muy bien. Sin embargo, tal vez en

el mundo de cuentos de hadas en el que tú habitas, estabas esperando que un caballero andante de brillante armadura viniera a buscarte... Bien, pues yo jamás voy a poder representar ese papel. Si lo único que quieres es un amigo, te sugiero que busques en otra parte. No es que no conozcas ya cómo soy y lo mal amigo que fui para tu hermano. ¿Por qué crees que me comportaría de un modo diferente contigo?

–Lo que he dicho sobre que el sexo abarataría nuestra relación no me ha salido como quería expresarme, Gabriel... No quería decir que el acto hiciera que yo me sintiera barata, sino que sería una pena reducir la calidad de la estima que nos tenemos desde hace mucho tiempo solo por sucumbir a un deseo que podría olvidarse muy rápidamente y... del que además nos lamentaríamos –añadió sonrojándose vivamente.

–¿Crees que sería un amante tan malo que te arrepentirías de ello inmediatamente?

–En absoluto –suspiró ella. Ya no sabía cómo hacerle entender–. Tú... pareces decidido a malinterpretarme.

Gabriel se cruzó de brazos y la miró atentamente.

–En ese caso, contéstame a esto –dijo él con arrogancia–. ¿Crees que hay algo malo en sucumbir al deseo? ¿Acaso crees que, de algún modo, te verás castigada por ceder a tus impulsos?

–Te aseguro que no soy ninguna monja –susurró ella. Se sintió incómoda y estúpida y se sonrojó.

–Pues demos gracias a Dios –comentó él descaradamente. Entonces, esbozó una de sus devastadoras sonrisas e hizo que Lara se sintiera un poco más débil en sus convicciones.

–¿Hay algún otro lugar de la casa que te gustaría enseñarme? –se apresuró ella a decir. Se dirigió rápidamente hacia la puerta para tratar de poner distancia entre ambos y lograr así calmar su alocado corazón.

–Esa pregunta se podría malinterpretar y tomarse como una indirecta, nena. Para que no sigas sonrojándote, te responderé más tarde. Ahora, tengo que ir al despacho de mi tío para revisar unos documentos. ¿Crees que podrás bajar, encontrar a la señora Mullan y pedirle que nos prepare un poco de café? Espero no tardar mucho tiempo.

–Por supuesto –respondió ella aliviada. Le vendría bien aquel rato para recuperar la compostura.

De repente, se le ocurrió un pensamiento que la turbó. ¿Y si los papeles que tenía que revisar le disgustaban o le molestaban de algún modo? ¿De qué humor estaría cuando bajara a buscarla? ¿Y sería ella capaz de manejar la situación adecuadamente y de darle el apoyo que él pudiera necesitar?

Capítulo 5

GABRIEL se acercó al imponente escritorio de roble y miró el sobre que tenía su nombre escrito. Inconscientemente, apretó los puños. Reconoció la escritura barroca y exagerada de su tío e, inmediatamente, se echó a temblar.

El abogado de su tío le había dado instrucciones de que habría una carta para él en la casa y le pidió que la leyera y la digiriera tan pronto como fuera posible para que se decidiera sobre la inesperada exigencia que había en el apéndice del testamento.

El abogado ya le había explicado meticulosamente aquel documento, por lo que Gabriel no estaba de humor para leer lo que, sin duda, sería otra desagradable exigencia. Había aprendido muy rápidamente que heredar las propiedades de su tío no iba a ser la simple formalidad que hubiera querido que fuera. Sin embargo, él era un astuto hombre de negocios además de banquero y, como tal, no podía dejar pasar la oportunidad de añadir aún más a su ya considerable fortuna. Tras haber visto la casa y los extensos jardines, estaba seguro de que la vendería antes de regresar a Nueva York. Ciertamente, no quería vivir allí durante seis meses para decidir lo que iba a hacer con la casa, tal y como estipulaba el apéndice que tendría que hacer si quería heredarla.

¿De verdad había pensado su tío que se plegaría a sus deseos? Estaba harto de verse atado a los desgraciados recuerdos de la infancia que no hacían más que perseguirlo en su vida adulta. Cuanto antes se librara de la casa, mejor. En cualquier caso, Gabriel sabía que podría contratar al mejor abogado para que lo ayudara con aquella inesperada complicación. Además, conocía personalmente al menos a dos agentes inmobiliarios que le quitarían la casa de las manos en cuanto se enteraran de que la iba a vender.

No sentía ni un gramo de lealtad por su tío en lo que se refería a beneficiarse de aquella venta. Después de todo, ¿qué era lo que su familia había hecho por él?

Como se sentía impaciente por terminar con aquel asunto para poder pasar el tiempo con Lara, Gabriel abrió el sobre y sacó la carta que contenía. Examinó rápidamente su contenido. El corazón comenzó a latirle con fuerza y con incredulidad antes de llegar al final del primer párrafo.

Querido Gabriel:

Si estás leyendo esta carta, es porque yo ya no sigo aquí. Sabiendo que esa debe de ser la causa, me compete a mí decirte por fin la verdad sobre Angela, tu madre. No te abandonó voluntariamente, como yo te hice creer en el pasado. Eso es lo primero que debes saber. Lo segundo, es el hecho trágico de que mi amada hermana se quitó la vida.

Tenía una enfermedad mental muy seria para la que no había cura conocida. Poco después de que tú nacieras, se hizo evidente que ella era incapaz de cuidarte sola. Ella misma necesitaba cuidados y supervisión constantes porque su enfermedad la llevaba en ocasiones a hacerse daño a sí misma. El embarazo exacerbó esta tendencia.

Yo vivía con miedo de que ella te hiciera daño a ti también, Gabriel, aunque debería haberme dado cuenta de que ella te adoraba y de que te habría protegido de todo mal con su vida.

La enfermedad que ella tuvo que soportar era cruel. Yo te dije que te abandonó porque ella me suplicó que así lo hiciera si algo le ocurría a ella. Estaba convencida de que sería mejor si tú creías eso en vez de saber que ella estaba enferma. Temía que se te metiera en la cabeza que podrías haber heredado esa misma dolencia y que eso te impediría tener la vida feliz y llena de éxitos que ella imaginaba para ti.

En cuanto a tu padre, he de ser sincero y decirte que no sé quién fue, Gabriel. Angela no quiso decírmelo nunca. Lo que sí me contó en una ocasión fue que ella lo amaba y que él se portó bien con ella, pero que estaba casado. Cuando ella se enteró de que estaba embarazada de ti, rompió todo contacto con ese hombre y yo dejé de preguntarla por él porque me di cuenta de que le hacía mucho daño.

No he sido tan buen padre adoptivo como debería haber sido, Gabriel. Lo sé y lo lamento profundamente. Mi padre era un hombre austero y poco comunicativo que jamás mostraba sus sentimientos y supongo que debo parecerme a él. En consecuencia, me engañé al pensar que, si te proporcionaba todo lo que materialmente pudieras necesitar para ayudarte en la vida, sería suficiente. Sin embargo, la verdad es que por mi propia incapacidad emocional, te negué lo único que seguramente era lo que más necesitabas: el amor y la amistad.

Ya jamás sabré si podrás perdonarme por la trágica mentira que te conté sobre tu madre, Gabriel, pero espero que, con el tiempo, lo hagas y que tanto mi adorada hermana como yo podamos descansar en paz.

Cuida de la casa en nuestro nombre, hijo mío, y llénala con tus propios hijos. Espero que, algún día, la tristeza y el dolor que nos ha herido a todos más allá de lo imaginable desaparezcan para siempre y se vean reemplazados por la luz del sol y las risas.

Otro flaco favor te hice, Gabriel. Te dije en una ocasión que el dinero lo compra todo, incluso el amor. Me equivocaba. Espero que ya lo sepas y que puedas encontrar a la mujer de tus sueños para que puedas compartir

la vida con ella. El hogar y la familia. Ahí es donde radica la verdadera felicidad.

Un fuerte abrazo de tu tío,

Richard Devenish

Cuando Gabriel terminó de leer, se sintió completamente insensible. La sensación se fue reemplazando rápidamente por un sentimiento de ira y desesperación de una magnitud que jamás había experimentado antes.

Volvió a dejar la carta encima del escritorio y se apoyó sobre él sobre los codos. Entonces, se agarró la cabeza entre las manos y apretó los ojos con fuerza. Sentía tantas emociones, tantos sentimientos encontrados que se creyó a punto de ahogarse por el peso que le suponían.

–Dios... ¿por qué me golpeas así ahora, después de tantos años? No tiene sentido. ¡No tiene ningún sentido!

Incapaz de seguir inmóvil ni un instante más, se incorporó y le pegó una patada a la butaca, que cayó irremisiblemente al suelo. No se tomó la molestia de levantarla.

De repente, le resultó difícil respirar. El deseo de escaparse de la casa y la terrible verdad de su trágico pasado era irrefrenable, demasiado como para superarlo o ignorarlo. Agarró la carta de su tío y salió corriendo del despacho para dirigirse rápidamente a la planta inferior.

–¡Gabriel, por favor, no conduzcas tan rápido! –exclamó Lara.

Estaba verdaderamente aterrorizada por la velocidad a la que Gabriel iba por la estrecha carretera. Sin embargo, le turbaba aún más la expresión de furia que no había dejado su rostro desde que él fue a buscarla a la cocina. A pesar de que ella estaba charlando amigablemente con el ama de llaves, él declaró sin ceremonia alguna que se tenían que marchar inmediatamente.

–¿Y su café, señor Devenish? –le había preguntado con tristeza la señora Mullan. Evidentemente, le preocupaba que su nuevo jefe quisiera marcharse tan precipitadamente.

Gabriel la había mirado con aún más irritación si cabe y le había respondido en un tono muy desagradable.

–No se estrese. Me mantendré en contacto con usted para comunicarle mi decisión. Limítese a hacer su trabajo y a ocuparse de esta casa en mi ausencia. Eso es lo único que le tiene que preocupar, señora Mullan.

Con eso, agarró a Lara de la mano y la hizo dirigirse hacia la puerta sin molestarse en explicarle por qué.

Lara se había imaginado que había descubierto algo en el despacho de su tío que había causado aquella reacción.

–Te llevaré a tu casa sana y salva –le dijo, mientras conducían–. No tienes por qué preocuparte.

–No me preocupa tanto el modo en el que conduces como tu estado mental, Gabriel.

–¿Qué diablos quieres decir con eso? –le espetó mientras se giraba brevemente para mirarla.

–Quiero decir que veo que estás disgustado, eso es todo. ¿Por qué no paramos en alguna parte para poder hablar? No es buena idea conducir cuando se está tan disgustado.

–¿Por qué no dejas que sea yo quien juzgue eso? Hazme un favor, Lara. Te ruego que no me trates como si fuera un niño. Por si no lo habías notado, soy un adulto y puedo cuidarme solo perfectamente.

Ciertamente, Gabriel era un adulto, pero eso no significaba que pudiera resolver solo lo que le preocupaba. Al menos necesitaba hablar de sus problemas con alguien.

Lara giró la cabeza para mirar por la ventanilla y esperó que más tarde, cuando él se hubiera tranquilizado un poco, pudiera conseguir que le contara lo que tanto le turbaba. Rezó para que se presentara esa oportunidad.

Ya en la casa de sus padres, Lara abrió la puerta. Barney salió corriendo para saludarla, meneando la cola con furia como si ella llevara fuera años en vez de unas pocas horas. Se arrodilló para saludar al animal.

–Hola, campeón. ¿Me has echado de menos? Sé que no te gusta estar solo mucho tiempo, ¿verdad?

El perro lanzó un breve ladrido, como si estuviera completamente de acuerdo con Lara.

Gabriel estaba a sus espaldas, observando la esbelta espalda y los sedosos hombros. Sería tan fácil quitarle aquel vestido, convencerla para que se metiera en la cama con él en vez de permitir que ella perdiera el tiempo con el perro de la familia...

Se dio cuenta de que cada vez le costaba más separarse de ella. Además, después de leer la carta de su tío, no estaba de humor como para estar solo. Lo único que podía aliviarle era Lara, preferiblemente desnuda y tumbada debajo de él.

Como si de repente recordara que Gabriel estaba allí, Lara se levantó y le sonrió.

–¿Qué planes tienes para el resto del día? ¿Tienes prisa por marcharte? Me estaba preguntando si te apetecería una taza de café, dado que no lo tomamos en tu casa.

–¿Estás enfadada conmigo porque no me quedé más tiempo allí contigo?

–Por supuesto que no. Simplemente me preocupaba ver que estabas disgustado.

–Casi todo lo que tiene que ver con esa maldita casa me disgusta, pero ese no es tu problema, Lara. Te compensaré cuando te invite a cenar esta noche. Reservaré una mesa en el Dorchester.

–No tienes nada por lo que compensarme, Gabriel.

–Claro que sí.

–En cualquier caso, ¿te apetece que tomemos café ahora?

–Creo que necesito algo más fuerte que el café. ¿Tienes coñac?

Lara se apartó el oscuro cabello del rostro y frunció el ceño.

–Pero en algún momento tendrás que regresar conduciendo a tu hotel. Si tienes intención de conducir, no te voy a ofrecer alcohol, Gabriel.

–Eres un poco santurrona, ¿verdad? Me apuesto algo a que nunca te castigaron en el colegio –bromeó él. Inmediatamente, se odió por haberse metido con ella dado que Lara tan solo estaba preocupándose por él.

Sin embargo, Lara no pareció inmutarse por el comentario.

–Llámame lo que quieras, pero no pienso hacer nada que pueda hacerte daño o ayudar a que te metas en un lío, Gabriel, por mucho que insistas en salirte con la tuya.

Gabriel dio un paso hacia ella sin dejar de mirarla a los ojos.

–¿Y qué si yo quiero o necesito que me ayudes?

Lara suspiró profundamente, lo que inmediatamente atrajo la mirada de Gabriel hacia su escote. Observó cómo los senos se alzaban provocativamente, ceñidos por el apretado corpiño del vestido. ¿Qué tenía que hacer un hombre de verdad en aquellas circunstancias?

–¿Qué clase de ayuda?

–Estoy seguro de que, a estas alturas, tú ya debes de saber la respuesta a esa pregunta, Lara –repuso él con una sonrisa.

–Me preocupa que siempre estés pensando en lo mismo, ¿sabes? ¿De verdad crees que el hecho de que nosotros mantengamos una relación íntima va a ayudarte a resolver el asunto que te ha disgustado antes? Sé que algo te molestó cuando entraste al despacho de tu tío. ¿No te parece que te sería de mayor ayuda que lo habláramos?

–No, no lo creo. Me interesa mucho más lo que va a ayudarme ahora, cielo, no lo que ocurrió en el pasado. Y sí, creo firmemente que ayudaría el hecho de que tuviéramos una relación íntima. Lo último que quiero que hagas es preocuparte sobre lo que me ha ocurrido antes. Ese es mi problema. ¿No puedes dejar de tratar de ser la madre Teresa durante un minuto y, para variar, ser tan solo una mujer?

Ella lo miró anonadada. Resultaba evidente que él había dado en el blanco, aunque Gabriel lamentaba haberle hecho daño. No obstante, eso no le impedía seguir deseándola. Seguramente no le ayudaría a

olvidar cómo se había sentido al enterarse de la verdad sobre su madre, pero sí por lo menos terminaría con el ardiente deseo que se había apoderado de él desde que la volvió a ver.

Se trataba de un deseo carnal que prácticamente le impedía pensar en otra cosa que no fuera estar con ella en la intimidad. ¿Sería posible que Lara lo hubiera hechizado de alguna manera?

–Creo que eso no ha venido a cuento, Gabriel. Yo soy tanto una mujer como tú un hombre y lo sabes.

Lara estaba enfadada. Se había plantado las manos firmemente sobre las caderas y sus ojos oscuros relucían con furia. Junto con el modo en el que los senos subían y bajaban por la agitada respiración y el rubor que le cubría las mejillas, todo ello constituía una imagen digna de verse.

Gabriel no pudo evitar llegar a la conclusión de que la hermana pequeña de Sean se había convertido en una mujer que sería capaz de despertar los instintos más lujuriosos en una piedra. Era un verdadero misterio que siguiera estando soltera.

–Si tu criterio para juzgar la feminidad significa que una mujer solo es femenina si accede a tener relaciones sexuales con un hombre cuando él le dice que tiene «necesidad», es que has perdido el juicio.

–¡Por supuesto que no pienso eso! –exclamó él muy agraviado–. No trates de hacerme parecer un desconocido que acabas de conocer en la calle, en vez de alguien que te conoce y que te respeta desde que eras una niña. ¿Tan difícil te resulta creer que me siento atraído por ti, Lara?

A Gabriel cada vez le estaba costando más controlar su frustración ante la reticencia que ella mostraba. Tal vez debería abrirse a ella un poco más y permitirle que supiera que él tenía casi tanto sentimiento y sensibilidad como ella, aunque raramente lo mostraba. ¿Se podría arriesgar a exponerse ante ella de aquella manera?

Aquel pensamiento le hizo sentir inmediatamente deseos de esconderse para protegerse. ¿Y si Lara se reía de su confesión y llegaba a la conclusión de que aquello era algo que él estaba utilizando para persuadirla de que se acostara con él? ¿Y si el hecho de abrirse más personalmente ante ella resultaba ser un error colosal que terminaría lamentando? Nunca le había dado a una mujer esa clase de poder sobre él y no quería empezar en aquel momento. Si no podía seducirla con su habilidad habitual, ni siquiera debería perder el tiempo en intentarlo.

Lara extendió la mano para cerrar la puerta y suspiró.

–No quiero discutir contigo, Gabriel, pero voy a preparar café para los dos. Después, creo que deberíamos sentarnos para hablar.

Gabriel accedió de mala gana.

–Está bien. Que sea lo que tú quieres, al menos por el momento. Tal

vez una taza de café me ayude a aclararme la cabeza. Dios sabe que en este momento me parece que está a punto de estallar.

–Seguramente será por la diferencia horaria con Nueva York, aunque puede ser que estés incubando un resfriado o algo así. Déjame ver.

Lara se acercó a él y levantó la mano para colocársela sobre la frente y tomarle la temperatura. Su mano fresca y suave hizo que Gabriel contuviera el aliento y renovó su esperanza de que ella siguiera jugando a los médicos si él se quedaba un rato más.

–Tienes la frente un poco caliente, pero no creo que sea nada para preocuparse. Si empiezas a sentirte peor, te daré algo para que te ayude a que te baje la temperatura.

–No servirá de nada.

–¿Por qué?

–Vamos a tomarnos ese café y tal vez te lo diga.

Gabriel encontró una excusa perfectamente legítima para tocarla. Le deslizó la mano por el codo para conducirla por el pasillo hacia la cocina.

Capítulo 6

SENTARSE frente a Gabriel en la mesa de la cocina y tratar de fingir que no le afectaba el descarado deseo que había en sus ojos fue una de las cosas más difíciles que Lara había tenido que hacer en su vida. Sería tan fácil ceder ante lo que él quería, que era también lo que ella deseaba. Sin embargo, aparte de saciar la necesidad que ambos tenían de desahogarse sexualmente, ¿qué conseguirían?

Sabía que Gabriel podría conseguir eso en cualquier parte. Después de todo, ¿qué mujer en su sano juicio sería capaz de mirarlo sin imaginarse cómo sería hacer el amor con él? Gabriel era una fantasía femenina hecha realidad. Sin embargo, aunque estar con Gabriel era un sueño con el que ella había fantaseado a menudo, no estaba dispuesta a quitarle valor a esa fantasía con una o dos experiencias robadas en la cama con él para luego ver cómo se marchaba. Ella ansiaba mucho más.

–¿Te puedo preguntar por qué te has puesto ese vestido en particular hoy?

–¿Cómo dices? –replicó ella, sorprendida por la pregunta.

Efectivamente, el vestido no era típico de ella. En lo que se refería a la ropa, Lara solía inclinarse más por los vestidos discretos y no demasiado provocativos. Sin embargo, su amiga Nicky la había convencido de que aquel vestido era maravilloso y resultaría perfecto para cuando tuviera una cita especial con un hombre.

Suponía que había decidido que el hecho de que fuera a salir con Gabriel al día siguiente para que él la llevara a su casa constituía esa clase de cita. Tras ver cómo Gabriel la miraba, como si quisiera quitarle todo lo que llevaba puesto, decidió que debería haber sido más sensata.

–Sabía que iba a ser un día caluroso, por eso me lo he puesto –comentó encogiéndose de hombros.

–Bueno, pues me gustaría felicitarte por tu elección. Destaca tu figura a la perfección –dijo él mirándola muy fijamente.

–Gabriel...

–¿Sí, Lara?

–Creo que tenemos que cambiar de tema y hablar sobre lo que te ha estado preocupando. ¿Te parece bien?

El gesto de desaprobación que apareció sobre su hermoso rostro no se diferenció mucho del de un niño al que se le niega un premio. En

otras circunstancias, a Lara podría haberle hecho gracia, pero se estaba familiarizando ya con las tácticas de Gabriel. Además, la ansiedad sobre él la estaba corroyendo por dentro.

–Sé que probablemente estás pensando que estoy insistiendo demasiado, pero estoy preocupada. Si no compartes conmigo qué es lo que te está preocupando, ¿con quién lo compartirás?

Gabriel se llevó la taza de café a los labios y dio un sorbo antes de volver a dejarla sobre la mesa.

–Entonces, ¿quieres escuchar la desgraciada historia de mi infortunada familia?

Lara notó el dolor que se le reflejaba en la voz, el dolor que él tan desesperadamente había esperado ocultar. El corazón de Lara experimentó dolor y miedo ante lo que él pudiera revelarle. Asintió de todos modos.

–Muy bien –dijo él bajando la mirada–. Mi tío me dejó una carta en la que se revelaban cosas sobre mi madre que yo desconocía.

Tras aquella afirmación, los dos quedaron en silencio durante unos segundos.

–Dijiste que ella se había marchado cuando tú eras muy pequeño. ¿No te acuerdas de ella? –comentó Lara por fin.

–No. En cualquier caso, resulta que todo era una mentira.

–No lo comprendo...

–Se marchó, pero al lugar del que no se vuelve... –susurró él con amargura. Miró fijamente a Lara, presa de la tristeza–. Se mató.

–Gabriel... Lo siento mucho...

A medida que Lara fue asimilando las palabras que él había pronunciado, se sintió más aturdida y lamentó más la situación en la que él se encontraba. No se podía ni siquiera imaginar lo que debía de ser enterarse de que la madre de uno se había suicidado. ¿Cómo podía alguien recoger todos los trozos de su vida y seguir existiendo con normalidad después de enterarse de algo así?

–Mi tío me dijo que ella se marchó porque no pensaba que estuviera hecha para ser madre. Esa fue la historia que ella le suplicó que me contara para que yo no intentara hacer averiguaciones sobre ella.

–Pero ¿por qué hizo algo así?

–Mi tío me dijo que fue porque ella sufría una enfermedad mental que era incurable. Se temía que, si yo sabía la verdad, podría pensar que yo la había heredado y que ello arruinaría mi vida. Debía de estar verdaderamente trastornada si pensó que era mejor que yo creyera que me había abandonado –afirmó con una sonora y triste carcajada.

–A mí me parece que tan solo estaba intentando protegerte, Gabriel –dijo ella muy suavemente.

–¿Protegerme? ¿De qué exactamente? ¿De su amor y de su devoción? –le espetó él con amargura–. Tal vez yo no esté cortado

para ser padre, pero estoy seguro de que se supone que las madres aman y cuidan a sus hijos, ¡no los abandonan porque les apetece!

Lo primero que se le ocurrió a Lara fue que, si la madre de Gabriel estaba enferma mentalmente, seguramente no había sido un capricho lo que la había empujado a que su hijo no supiera la verdad sobre su estado. La pobre mujer debía de haber estado convencida de que ese conocimiento le haría daño.

Sin embargo, decidió no comunicarle a Gabriel por el momento aquel pensamiento. El dolor que él sentía era evidente. Era mejor que diera rienda suelta a su ira. Después, poco a poco, ella haría todo lo posible por ayudarle.

–Mi tío decía en su carta que ella había sido un peligro para sí misma, pero que él creía sinceramente que mi madre jamás me habría hecho daño. ¿Acaso pensó él que me consolaría eso tras saber que ella se había suicidado? ¿Jamás consideró el efecto que podría tener en mí el hecho de crecer creyendo que ella se había marchado porque no me quería?

–Oh, Gabriel...

A Lara le resultó imposible seguir sentada en aquella silla cuando resultaba evidente que Gabriel estaba desgarrado por sus sentimientos. Anhelaba consolarlo. Sin embargo, cuando se levantó y le rodeó los hombros suavemente con el brazo, sintió que él se tensaba inmediatamente.

–¿Acaso no te he dicho que no me trates como si fuera un pobre niño abandonado que necesita tu ayuda? –gruñó él mientras le agarraba la mano y se la apretaba con fuerza.

Lara lo miró y sintió un repentino escalofrío que era en parte miedo y en parte deseo.

–No te trato como si fueras un pobre niño abandonado, ¿es que no te das cuenta? Tú no eres un desconocido para mí, Gabriel. Te trato como lo haría con cualquier amigo que necesitara mi apoyo y mi consuelo.

–Entonces, volvemos a ser amigos, ¿no?

Con un movimiento instintivo, Lara retiró la mano y se la colocó sobre la mejilla.

–A todo el mundo le viene bien tener un amigo, ¿no te parece? –dijo. Entonces, vio cómo las pupilas de los ojos de Gabriel se dilataban y, de repente, comprendió que no era solo consuelo lo que ella quería dispensarle. En aquellos momentos, lo necesitaba tanto a él como Gabriel la necesitaba a ella. Era imposible negarlo–. No, Gabriel. No solo amigos.

En menos de un segundo, las enormes y firmes manos de Gabriel la obligaron a sentarse sobre su regazo. Sin preámbulo alguno, él las hundió entre los mechones del cabello de Lara, dejando que el cálido

aliento le acariciara el rostro como una suave brisa de verano. Lara se echó a temblar.

–Te deseo tanto que creo que voy a morirme si no puedo tenerte –declaró él.

Su voz resonó ronca y profunda. Los sentimientos que tan claramente expresaba estuvieron a punto de cortarle la respiración a Lara. Ella se habría desmoronado al escuchar aquellas palabras si Gabriel no la hubiera estado sujetando. Inmediatamente, los labios de él cubrieron los de ella. La cálida lengua invadió la boca de ella, devorándola. Un profundo gruñido le surgió de la garganta. Lara no pudo evitar repetirlo antes de rendirse al irresistible fuego que él había prendido.

Lara estaría besándolo eternamente si eso fuera posible, pero ni siquiera eso le resultaría suficiente. Sus manos no estaban ociosas mientras los labios de Gabriel obraban su magia. Se extendieron por el amplio torso, agarrando vorazmente la tela con dedos presos de una total necesidad por sentir cada parte del cuerpo de él, por marcar aquel insaciable recuerdo en su pensamiento y en su corazón para siempre.

Las manos de Gabriel se le deslizaron por los hombros y la espalda. Lara sintió cómo trataba de bajarle la cremallera. Entonces, como si se despertara de un sueño, ella se dio cuenta de que la situación se estaba precipitando.

Como no quería que el primer contacto físico que tenían tuviera lugar sobre una silla, ella apartó la boca y dijo:

–No, Gabriel. Aquí no.

Le sonrió y se levantó. Entonces, le agarró la mano.

–Iremos arriba a mi dormitorio –añadió ella suavemente.

–¿Estás segura?

Lara no había esperado escuchar dudas en la voz de Gabriel, pero así era. Eso hizo que ella lo deseara aún más por ello.

–Sí, lo estoy. Eso es lo que quiero –afirmó.

Lara necesitaba mostrarle a Gabriel que estaba tan excitada como él, no que fuera a acostarse con él para consolarle. Él la excitaba como ningún otro hombre había hecho nunca.

Gabriel se levantó y la tomó entre sus brazos como si no pudiera soportar estar lejos de ella ni por un instante. Para Lara también resultaba difícil apartarse de él cuando el calor que emanaba del cuerpo de él le hacía sentirse como si se estuviera alejando de una parte integral de sí misma.

Él la miró a los ojos como si pudiera verle hasta el alma y le rodeó la cintura con el brazo.

–Vamos...

El gesto era tan posesivo que Lara se sintió excitada hasta lo más

hondo de su ser. Saber que Gabriel la deseaba de verdad le hacía sentirse muy hermosa. ¿Cómo no iba a ser así cuando llevaba amando al carismático amigo de su hermano desde que lo vio por primera vez tantos años atrás? El hecho de que hubieran vuelto a encontrarse tenía un innegable sentimiento de inevitabilidad, como si fuera su destino. ¿Se sentiría Gabriel también de ese modo?

Lara le tomó de la mano y lo condujo a su dormitorio. La estancia estaba bañada con el sol del atardecer, pero no hizo ademán alguno de cerrar las cortinas. Llevó a Gabriel hasta la cama, que tenía una colcha de seda morada.

Por supuesto, él no se fijó en detalle alguno. Su sangre estaba tan inflamada por el deseo que parecía estar preso de una peligrosa fiebre que iba subiendo poco a poco. En lo único en lo que él podía pensar era en desnudarla y en unir su cuerpo con el de ella.

A los pies de la cama, Lara se volvió para mirarlo. Su oscuro cabello le enmarcaba el hermoso rostro como si se tratara de una fotografía. Ella le colocó las manos sobre la cintura y lo miró con sus hermosos ojos castaños, como si lo estuviera tocando del modo más íntimo. Gabriel ansiaba poseerla, pero, a pesar de todo, se juró tomarse las cosas con calma para que la experiencia fuera placentera para ella. Merecería la pena el sacrificio.

Lara le deslizó los dedos lentamente sobre la boca y él dijo:

–¿Quieres desnudarte o quieres que lo haga yo por ti?

–Tú decides…

Gabriel no podría haber deseado una respuesta mejor. Bajó la cabeza y la besó suavemente. Al hacerlo, comenzó a bajarle la cremallera del vestido. Entonces, rompió momentáneamente el beso y dio un paso atrás para poder bajárselo. La sedosa tela se deslizó por el cuerpo de Lara hasta caer a sus pies. Cuando ella sacó los pies del vestido, se apoyó en Gabriel para no perder el equilibrio. Entonces, de una patada, se quitó las sandalias que llevaba puestas.

Cuando levantó el rostro para mirarlo, lo hizo con un deseo tan profundo reflejado en los ojos que Gabriel estuvo a punto de perder el control. Le rodeó el torso para desabrocharle el sujetador. Cuando los senos quedaron al descubierto, Gabriel se alegró de que ella no tratara de cubrírselos con las manos.

Durante unos segundos, él se limitó a mirarla, gozando con la maravillosa imagen que tenía ante los ojos y sin poder creerse su buena fortuna. Entonces, se inclinó para besar uno de los rosados pechos y aspiró con fuerza. El deseo se apoderó por completo de su cuerpo, centrándose totalmente en la entrepierna y provocándole una erección inmediata. Lara dejó escapar un profundo gemido de placer.

Gabriel levantó la mirada y sonrió. Entonces, la empujó suavemente sobre la colcha y vio cómo las curvas de su figura se revelaban ante él

en toda su irresistible gloria. Hermosos pechos con rosados pezones, delgado vientre y esbeltas caderas, largas y sedosas piernas, más largas aún de lo que había imaginado y las uñas de los dedos de los pies pintadas de rojo.

La necesidad de poseerla fue irrefrenable. Se despojó con urgencia de la camisa y la camiseta y dejó caer la ropa sobre el suelo. A continuación, les tocó el turno a zapatos y calcetines, cinturón y vaqueros. Entonces, se tumbó sobre la cama junto a Lara.

No podría haber dicho quién hizo el primer movimiento. Lo único que registró fue que la necesidad los devoró a ambos. El resto de la ropa que aún les quedaba puesta cayó al suelo rápidamente. A pesar de que Gabriel se había prometido que se lo tomaría con calma, en cuanto la tocó, no pudo contenerse. Le devoró la boca más profunda y ávidamente de lo que había devorado nunca antes la de ninguna otra mujer. Al mismo tiempo, comenzó a acariciarle el cuerpo. Su piel era cálida y sedosa, maravillosa como el sensual raso. Cuando ella separó los labios de los de él para susurrar su nombre, Gabriel oyó la invitación que estaba anhelando escuchar. Se colocó encima de ella y siguió besándola al tiempo que sintió que los sedosos muslos le rodeaban la cintura para acogerlos.

No necesitó una segunda invitación. La poseyó allí mismo, hundiéndose profundamente dentro de ella con un grito primitivo. El calor de su cuerpo era como un río de miel en el que Gabriel ahogaría con gusto el dolor y la amargura que le atenazaba.

Lara había temido entregarle su virginidad a Gabriel, no porque no quisiera perderla, sino porque había pensado que la incomodidad inicial le impediría entregarse tan completamente a él como había deseado. El modo en el que él la había poseído le había borrado rápidamente sus temores. Lo más íntimo de su feminidad se había amoldado a él con naturalidad, por lo que cualquier incomodidad que sintió desapareció rápidamente y le permitió rendirse a la pasión que la consumía.

Sin embargo, sí que se preguntó brevemente si, cuando Gabriel la penetró, él se habría dado cuenta de que sus músculos estaban algo tensos, quizás un poco más que otra mujer con más experiencia que ella. Tal vez debería decirle que aquella era su primera vez, pero no se atrevía a hacerlo por si él no la comprendía o no se creía que pudiera esperar tanto para estar con un hombre. ¿Le asustaría si le confesara que tan solo podía tener relaciones íntimas con alguien a quien amara?

Sus pensamientos se vieron rápidamente aplastados por las sensaciones de gozo y excitación que se apoderaron de ella. Gabriel se movía rítmicamente dentro de su cuerpo. Durante aquel increíble y apasionado instante, Lara aprendió que la imaginación no podía

sustituir nunca a la increíble realidad que era poder hacer por fin el amor con el hombre por el que llevaba loca muchos años. Gabriel cubrió por completo todas sus expectativas, sus esperanzas y sus sueños. De hecho, las excedió.

Él la miró con los ojos azules ardiendo de pasión y deseo. La observaba como si, para él, no hubiera otra mujer sobre la faz de la Tierra. Fue entonces cuando Lara tuvo que reprimir la increíble necesidad de decirle lo mucho que lo amaba… lo mucho que siempre lo había amado.

Contuvo ese impulso mientras él la penetraba más profundamente. Se besaban apasionadamente mientras que la necesidad que se había ido creando entre ellos iba alcanzando irremisiblemente su punto más álgido. Lara se encontró presa de una explosión que la transportó hasta las estrellas, que le hizo sentirse ligera y flexible, que la hizo temblar, estremecerse y gritar de placer. El corazón le latía tan fuertemente que estaba segura de que Gabriel era capaz de escucharlo.

Cuando volvió lentamente a la realidad, Gabriel le dedicó una perezosa sonrisa de satisfacción. Entonces, él bajó la cabeza y le susurró al oído:

–Eres tan hermosa que me quitas el aliento…

Lara sonrió. Entonces, él se incorporó para hundirse en ella aún más profundamente. Una vez más, Lara tuvo que aferrarse a él. Gabriel se quedó inmóvil y se convulsionó con un potente gruñido que pareció emanar desde lo más profundo de su alma.

Aquel gruñido hizo que Lara se echara a temblar. Fue como si todo el dolor y las traiciones que él había experimentando hubieran culminado en aquel grito y, por fin, hubieran quedado libres. Lara sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y agradeció que él permaneciera dentro de ella en vez de apartarse inmediatamente. Sabía que no era un hombre que confiara en nadie fácilmente, por lo que le gustó que se comportara así. Debía de confiar en ella lo suficiente como para actuar de esa manera.

Gabriel le colocó la cabeza entre los senos y le refrescó la piel con el aliento de su boca. Lara notó que el corazón de él también latía alocadamente.

–Está bien, Gabriel… sácalo todo. Estoy aquí contigo…

Él no levantó la mirada. Permaneció así, con el cuerpo tan inmóvil como una estatua. Sin embargo, Lara supo que no se había imaginado el breve temblor ni el sollozo casi silencioso que él suprimió rápidamente, para que ella no lo escuchara.

Capítulo 7

GABRIEL no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba durmiendo. Lo único que sabía era que despertarse junto a una desnuda y dormida Lara fue el sueño más delicioso que pudo imaginar nunca.

Se apoyó sobre el codo y apartó suavemente los mechones de cabello oscuros que le cubrían el rostro. Ella estaba tumbada boca abajo, con su hermoso rostro hacia un lado. La colcha le cubría el cuerpo hasta la cintura, dejándole espalda y hombros al descubierto. Fue entonces cuando él vio la mariposa cuyas delicadas alas se extendían sobre la base de la espalda. Lara siempre lo sorprendía. ¿Quién habría pensado que la tímida muchacha que había conocido tantos años atrás se habría hecho un tatuaje, y además uno que solo un amante pudiera ver?

Sacudió la cabeza y suspiró. Inmediatamente, se vio atacado por los celos. Pensar en Lara desnuda con otro hombre, aunque hubiera sido en el pasado, lo hacía sentirse casi físicamente enfermo.

Hacer el amor con ella había sido una de las experiencias más maravillosas de su vida. El hecho de que hubiera compartido con ella secretos muy dolorosos había hecho que la experiencia fuera realmente íntima. Nunca antes había compartido una información tan personal con una mujer. Se echó a temblar y recordó cómo no había podido contener su pena tras alcanzar el clímax... Recordó también que Lara le había recomendado que lo sacara todo y le había dicho que ella estaba allí con él.

Entonces, recordó que no había utilizado preservativo. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza. De eso también era la primera vez, pero no resultaba algo tan aceptable. ¿Estaría Lara tomando la píldora? Al menos tendría que habérselo preguntado, pero se había visto tan consumido por el deseo que ella despertaba en él que el pensamiento racional había pasado a un segundo plano.

¿Qué haría él si ella se hubiera quedado embarazada? ¿Qué querría Lara hacer al respecto? ¿Accedería a abortar si él se lo pidiera? Era un concepto tan desagradable que sintió un agudo dolor en el pecho.

En ese preciso momento, Lara se rebulló y abrió los ojos. Gabriel no se podía creer que se hubiera olvidado por un instante lo hermosos que eran: de color café oscuros, enmarcados por unas largas y gloriosas pestañas.

Ella lo estaba mirando como si estuviera presa de un embrujo.

Entonces, pareció notar la preocupación de Gabriel.

–¿Te encuentras bien? ¿Cómo te encuentras?

–Me encuentro bien –respondió Gabriel–, puede que mejor que lo que deba. No puedo evitar sentir que soy muy afortunado de haberte vuelto a encontrar, Lara. Supongo que debo de haber hecho algo bueno para agradar a los dioses.

–Tal vez no eres tan malo... –murmuró ella sonriendo.

–¿Es así como me ves? ¿Como un chico malo?

–Creo que hay algo de eso dentro de ti, pero en vez de quitarte carisma, te lo añade.

–Sigue, por favor. No me disgusta escuchar todas las cualidades que me hacen atractivo a una mujer.

–¿Cómo? ¿Y contribuir a engrandecer tu ya inflado ego?

Gabriel se echó a reír y se dio cuenta de lo mucho que estaba disfrutando allí, en la cama con Lara, en medio de la tarde, sin sentir remordimiento alguno o tener la necesidad de levantarse para ir a trabajar.

–No tienes que hacer eso para obligarme a quedarme aquí contigo, nena. Sea lo que sea lo que tú tienes, soy adicto a ello. Por eso sigo aquí –susurró mientras le acariciaba suavemente la mejilla–. Te aseguro que no te librarás de mí fácilmente. Supongo que no eres la única que se parece en eso un poco a los terriers.

–Hablando de terrier –dijo ella incorporándose en la cama rápidamente. Se tapó inmediatamente con la colcha y se sonrojó al darse cuenta de que estaba completamente desnuda–. Tengo que pasear a Barney. No me puedo creer que me haya quedado dormida de día. Yo jamás hago eso, aunque esté agotada.

–Este parece ser el día en el que se hacen por primera vez muchas cosas...

–¿Qué quieres decir con eso?

–No importa –replicó él encogiéndose de hombros. Entonces, la miró muy seriamente–. Lo que sí es importante es que no haya utilizado preservativo cuando hicimos el amor. Es un grave error, Lara. Tanto si me crees como si no, es algo que jamás me había pasado antes.

Ella frunció el ceño.

–No tienes que preocuparte, Gabriel. Estoy tomando la píldora. Te lo debería haber mencionado antes, pero... Nos dejamos llevar un poco –añadió con una sonrisa un tanto insegura.

Gabriel se sintió como si le hubieran dado un puñetazo, aunque no supo el porqué. De repente, se dio cuenta. Si Lara estaba tomando la píldora, debía de ser porque tenía relaciones con hombres de vez en cuando. Si era así, debía de haber pasado mucho tiempo desde la última vez, porque estaba deliciosamente estrecha, como si tener

relaciones sexuales no fuera algo habitual para ella. Sin embargo, ese pensamiento no le tranquilizó. Le hizo sentirse desilusionado, cuando debería estar agradecido de que al menos uno de ellos estuviera tomando las precauciones adecuadas.

–Gracias a Dios –dijo.

Lara se sonrojó y apartó la mirada. De espaldas a él, le preguntó:

–¿Sabes qué hora es?

–Acaban de dar las cuatro.

–¿Las cuatro? ¿Estás de broma?

–¿A qué viene tanto pánico por la hora? –le preguntó él divertido.

–El pánico es que Barney debe de estar desesperado y yo tengo que ir a ducharme antes.

–Un dilema interesante… Además, hay otra cosa que tienes que añadir a tu lista de tareas.

–¿De qué se trata?

–De darme un beso para decirme hola.

Gabriel se dejó llevar por fin por el irresistible impulso que se había apoderado de él desde el momento en el que abrió los ojos y vio a Lara desnuda a su lado. Le agarró los hombros y la estrechó contra su cuerpo. La colcha dejó de interponerse entre ellos y dejó al descubierto los senos de Lara. Gabriel se sintió inmediatamente muy excitado por la sedosa textura de la suave carne y de los erectos pezones que se presionaban contra él.

El deseo se apoderó de él. Estaba a punto de besarla de un modo más sensual que esperaba que diera paso a mucho más, cuando Barney reafirmó su presencia en la casa con un sonoro ladrido desde la planta de abajo.

–Dios… Tengo que ir a atenderlo. No iré a darle un paseo. Le dejaré que salga simplemente a la parte de atrás. Lo siento.

Lara se apartó de él y, desde el borde de la cama, comenzó a buscar algo por el suelo.

–¿Qué has perdido? –le preguntó él inocentemente mientras agarraba las braguitas y el sujetador que habían quedado perdidos entre los pliegues de la colcha. Rápidamente los escondió debajo de la almohada.

–Mi ropa interior, pero no importa.

Se levantó rápidamente y fue a sacar unos vaqueros y una camiseta rosa del armario. Gabriel observó maravillado la hermosa imagen de Lara desnuda, con la delicada mariposa tatuada en la base de la columna vertebral.

–¿Cuál es la historia de la mariposa?

Tras ponerse los vaqueros, Lara se dio la vuelta. Se estaba sujetando la camiseta rosa contra los pechos, como si siguiera siendo importante para ella preservar su modestia a pesar de que le había mostrado una

imagen sin censurar de su delicioso trasero.

–Sean me envió una fotografía de una mariposa igual que esta en su última carta antes de que muriera. Me dijo que era muy rara y que él se había sentido privilegiado al poder verla. Supongo que me hice el tatuaje por una especie de homenaje a él. A menudo solía meterse conmigo diciéndome que siempre iba sobre seguro y que no corría suficientes riesgos en la vida. No puedo evitar sonreír al imaginarme lo que habría dicho si lo hubiera visto.

–Yo creo que es una obra de arte, igual que tú, ángel mío. La mariposa y tú sois una combinación exquisita.

–Gracias.

La sonrisa que Lara le dedicó fue tan tímida que acrecentó aún más el deseo carnal de Gabriel. No sabía cómo había podido permitirle que se levantara de la cama. Observó cómo ella se ponía la camiseta. Sin sujetador, la prenda era aún más reveladora, pero él no pensaba quejarse al respecto.

–Es mejor que vaya a ver a Barney. No tardaré mucho.

A pesar de todo, Gabriel no pudo resistirse a hacer un último comentario.

–¿Vas a ir sin ropa interior? ¿Qué estás tratando de hacer? ¿Atormentarme? ¿Sabes lo poco que me falta para hacer que te vuelvas a meter en la cama?

–Si lo haces, ¿quién va a limpiar lo que Barney sin duda terminará haciendo sobre el parqué de mis padres? ¡Te aseguro, Gabriel, que no voy a ser yo!

A pesar de su frustración, Gabriel seguía sonriendo por el comentario de Lara. Mucho después de que ella se marchara del dormitorio, no hacía más que pensar en lascivos castigos que él podría infringirle por ello.

El alivio que Gabriel sintió cuando ella le dijo que estaba tomando la píldora había sido evidente. Sin embargo, mientras Lara observaba a Barney desde la puerta trasera, supo que Gabriel había debido asumir que ella tenía más experiencia en el terreno sexual de la que tenía en realidad.

Lo que Gabriel no sabía era que ella tomaba la píldora para regularse el periodo y aliviar los dolores menstruales. A pesar de que era consciente de que no era buena idea quedarse embarazada cuando ni siquiera tenía una relación estable con él, no pudo evitar lamentarse de que a Gabriel no le habría gustado dejarla en estado. Después de todo, él desconocía la profundidad de los sentimientos que ella tenía hacia él o que le había entregado su virginidad porque él era el único hombre al que había amado en su vida. Si trataba de ser

realista, se imaginaba que a él no le gustaría nada que le impidiera llevar a cabo su estilo de vida, y mucho menos si se trataba de un bebé.

Se secó la humedad que le apareció en los ojos cuando recordó lo maravilloso que había sido hacer el amor con él y, sin darse cuenta, se colocó la mano sobre el corazón. Aún vibraba de deseo donde él le había tocado, donde los cuerpos de ambos habían estado unidos.

Aunque ella había deseado darle a Gabriel el consuelo que necesitaba después de enterarse de la verdad de su madre y de las mentiras de su tío, lo que ella le había dicho antes del acto seguía siendo verdad. Ella había deseado también hacerle el amor. No se arrepentiría de lo que ocurriera en el futuro.

Seguramente, el dolor y el desengaño le harían vender la magnífica casa que había heredado. ¿Cómo iba a querer conservarla cuando las heridas de su pasado eran tan grandes? Nadie podría culparlo por querer dar la espalda a su pasado. Cuando hubiera vendido la casa, regresaría a Nueva York y Lara no volvería a verlo.

Decidió que haría todo lo posible para impedir que eso ocurriera. Debía de haber algún modo de conseguir que Gabriel viera el regalo al que le estaba dando la espalda y que podría ser clave para curar las heridas de su pasado y hacerle ver que su futuro podría ser mucho más brillante si no salía huyendo.

Perdida en su ensoñación, suspiró. Entonces, oyó que Barney empezaba a ladrar y vio que el perro volvía a entrar en la casa en busca de su cesta. Recordó que Gabriel seguía esperándola arriba. Sintió deseos de pellizcarse para asegurarse de que no estaba soñando. No fue necesario. Las sensaciones que aún experimentaba en los senos sirvieron para recordarle que no había sido un sueño, sino una maravillosa realidad.

Regresó rápidamente arriba.

Para su sorpresa, Gabriel no estaba en la cama. Al verlo, sintió que el alma se le caía a los pies al pensar que él habría podido marcharse sin que ella se diera cuenta. Entonces, la puerta del cuarto de baño se abrió y él salió completamente vestido y mesándose el cabello con los dedos. Antes de que ella pudiera preguntarle adónde iba, Gabriel se acercó a ella y le rodeó posesivamente la cintura con los brazos. A pesar de todo, sospechó que sus secretas esperanzas sobre cómo iban a pasar el resto de la tarde no se iban a hacer realidad.

–¿Qué pasa? ¿Por qué... por qué estás vestido?

–Me han llamado de Nueva York mientras tú estabas abajo. Me temo que tengo que regresar.

–¿A Nueva York?

–Sí. Tienen un verdadero problema entre manos. Quieren que regrese y ayude a solucionarlo.

–¿Y los asuntos de los que dijiste que tenías que ocuparte? ¿Los que se refieren a la casa?

–Tendrán que esperar. En estos momentos, mi prioridad es regresar a Nueva York. Cuanto antes me marche, antes regresaré.

–Entonces, ¿tienes intención de regresar? –le preguntó esperanzada.

Gabriel bajó la cabeza y le dio un beso que hizo que Lara deseara aún más. El roce de sus labios resultaba tan adictivo y sensual que pensó que no podría haber ninguna mujer que no se rindiera a su magia sin esperar más.

–Por supuesto que voy a regresar. ¿De verdad crees que le daría la espalda al tesoro que he encontrado?

–¿Te refieres a la casa de tu familia?

–No. No es ese el tesoro al que me refería.

Lara sintió que el corazón se le detenía un instante.

–Haces que me resulte muy difícil marcharme cuando me miras con esos ojos tan maravillosos, pero, a pesar de todo.... tengo que hacerlo. Tengo que regresar a mi hotel para hacer las maletas. ¿Me puedes dar tu número de teléfono? –le preguntó mientras se sacaba el móvil del bolsillo y la miraba con expectación.

–¿Para qué lo quieres?

–¿De verdad tienes que preguntarme eso? Para que te pueda decir cuándo voy a regresar, por supuesto.

–Ah.

Cuando le dio el número, Gabriel se guardó el teléfono y volvió a tomarla entre sus brazos.

–Sé que has estado muy poco tiempo de vuelta, pero me va a resultar muy raro no tenerte por aquí –admitió ella.

–Yo siento lo mismo, cielo –susurró él mientras le acariciaba suavemente la mejilla–. Ahora, tengo que marcharme.

Se dirigió hacia la puerta y la abrió. Entonces, se giró y la miró con una expresión muy seria en el rostro.

–No quiero que te sientas sola, pero espero que no pienses siquiera en estar con otro hombre mientras yo esté fuera...

Lara sintió que se ruborizaba. No pudo evitar sentirse ofendida. El hecho de que estuviera tomando la píldora le había hecho creer a Gabriel que era sexualmente activa. Aquel pensamiento la hizo echarse a temblar de desagrado, en especial cuando siempre había creído que el regalo más valioso que se le puede dar al hombre que se ama era la virginidad. La idea era anticuada, pero Lara no sentía vergüenza alguna al respecto.

–¿De verdad crees que yo querría estar con otro hombre después de lo que acabamos de compartir, Gabriel? Sé que no hemos decidido que nuestra relación sea seria ni nada por el estilo, pero yo no soy la clase de mujer que funciona de ese modo. Soy leal. ¿Cómo te sentirías si yo

te hiciera la misma pregunta?

–No tienes que preocuparte. Aparte del hecho de que estaré demasiado ocupado trabajando, la única mujer en la que estaré pensando mientras estés trabajando en Nueva York serás tú, Lara.

Ella lanzó un suspiro de alivio y sonrió.

–En ese caso, todo está en orden. Que tengas un buen viaje y hazme saber que has llegado bien, aunque solo sea por medio de un mensaje.

–Por supuesto. Será agradable saber que alguien que me importa está pensando en mí mientras estoy fuera. Eso también me pasa por primera vez.

Lara se sintió muy contenta al escuchar la afirmación que él había hecho. Estuvo a punto de echar a correr hacia él para suplicarle que no se marchara. Sin embargo, sabía que no debía revelarle la profundidad de lo que sentía por él por si acaso lo asustaba un poco. Aquello era lo último que quería que ocurriera.

–Bueno, pues podría haber una más, Gabriel. Voy a echarte mucho de menos cuando te hayas marchado.

Él le dedicó otra arrolladora sonrisa que Lara no olvidaría fácilmente.

–Yo también te voy a echar de menos, nena –dijo él. Entonces, la miró por última vez y abrió la puerta para marcharse.

Los días que siguieron a la partida de Gabriel parecían no terminar nunca. El optimismo inicial y el alivio de Lara ante el hecho de que él iba a regresar empezaron a evaporarse dolorosamente. Desde que él le envió un mensaje para decirle que había llegado sano y salvo a Nueva York, el teléfono había permanecido en silencio. Los recuerdos de aquella lejana fiesta de su juventud, cuando Gabriel la rechazó por otra mujer, añadían más preocupación y le hacían temer que él no mantendría su promesa si se le cruzaba una mujer más atractiva en Nueva York.

Cuando sus padres regresaron de Francia, Lara se quedó con ellos un par de días más para asegurarse de que iban bien y para apoyarles todo lo que pudiera. Sin embargo, se quedó también porque la casa de sus padres estaba imbuida de la presencia de Gabriel. Casi temía marcharse por si ello significaba cerrar la puerta a los momentos mágicos que los dos habían pasado allí, momentos que tal vez no volverían a repetirse.

Capítulo 8

NO HABÍAN sido unos días muy buenos. ¿Cómo podrían haberlo sido cuando seguían experimentando los efectos de una crisis muy seria y estaban empezando a rodar algunas cabezas?

En ese sentido, Gabriel no tenía nada que temer. Su trabajo era ejemplar, pero aún sentía una enorme responsabilidad hacia los accionistas que él había guiado y aconsejado, en especial cuando algunas de las empresas que él había recomendado para realizar inversiones habían quebrado debido, entre otras cosas, a mala praxis.

Sin embargo, la principal razón de que fueran días malos era que no podía estar con Lara. Llevaba en Nueva York más de una semana y la separación ya le parecía interminable. Tal y como había esperado, el trabajo no le había dejado ni un momento libre.

Aquella tarde, cuando estaba de vuelta en su apartamento, se tumbó sobre la cama completamente vestido y pensó si debía llamarla, aunque solo fuera para escuchar su voz y asegurarse de que no había estado imaginándose aquel vibrante vínculo que los dos habían compartido.

La situación ciertamente había puesto su mundo patas arriba. Cuando se enteró de la muerte de Sean, jamás se imaginó que el hecho de volver para dar el pésame tendría como resultado encontrarse de nuevo con Lara y sentirse irrefrenablemente atraído por ella. Nada podría haberle preparado para la impresionante mujer en la que ella se había convertido. A pesar de un cierto sentimiento de culpa por haber llevado una antigua amistad a otro nivel, no había podido resistirse. Después de leer la carta de su tío, se había encontrado anhelando algún tipo de consuelo, el que solo una mujer era capaz de proporcionar. Una mujer tan encantadora como Lara, cuya cariñosa y generosa naturaleza era una gema muy valiosa y muy difícil de encontrar.

Tras mirar el reloj, se dio cuenta de que en el Reino Unido debían de ser las cuatro de la mañana. ¿Se atrevería a llamarla y a despertarla tan solo para escuchar su voz? Por supuesto que sí. ¿No le había dicho ella que le echaría mucho de menos? Aquella era una buena oportunidad para descubrir cuánto.

Se sentó, se aflojó la corbata y se quitó la americana. A continuación, hizo lo mismo con los zapatos y se acomodó sobre las almohadas de la cama. Entonces, marcó el número de Lara.

A pesar de que sabía que ella estaría dormida, no pudo evitar impacientarse cuando ella no contestó inmediatamente. Estaba a punto de colgar, cuando escuchó la profunda voz de Lara, ronca por el sueño, al otro lado de la línea.

–¿Sí? ¿Quién es? ¿Sabe usted qué hora es?

Gabriel no pudo resistir una carcajada.

–¿Qué otro sino yo te podría estar llamando a estas horas intempestivas, nena?

–¿Gabriel?

Él se dijo que escuchó placer y sorpresa en la voz de Lara, pero no podía estar completamente seguro. ¿Y si Lara no lo había echado de menos ni la mitad de lo que él la había añorado a ella? ¿Y si, a pesar de lo que le había dicho, había buscado la compañía de otro hombre para que la ayudara a aliviar su soledad?

–Sí, soy yo –dijo, más sereno–. Debería decir que siento llamarte a estas horas, pero, si te lo dijera, sería una mentira. ¿Estabas dormida?

–En realidad no. Estaba en una especie de duermevela. Me cuesta quedarme dormida hoy en día. No puedo conciliar bien el sueño.

–¿Sigues en casa de tus padres?

–No. He regresado a mi piso. Mis padres regresaron de sus vacaciones un par de días después de que tú te marcharas. Por cierto, me han pedido que te diga que les gustaría verte. Tienen un par de fotos de Sean contigo que les gustaría que tuvieras tú.

Gabriel se sintió algo culpable al pensar que volvería a ver a los padres de Lara después de haber seducido a su hija. ¿Conseguiría contener la culpabilidad que experimentaría cuando estuviera en su presencia? Su opinión había sido una vez muy importante para él. Y seguía siéndolo.

–Estaría bien volver a verlos –dijo con cautela–. Y me gustaría tener esas fotos.

–Bien. Se lo diré. Bueno, resulta agradable escuchar tu voz. La última vez que tuve noticias tuyas fue cuando me enviaste un mensaje para decirme que habías llegado a Nueva York. ¿Cómo estás?

–No importa cómo estoy yo. ¿Qué quieres decir con eso de que no eres capaz de conciliar bien el sueño? ¿Te preocupa algo? Cuéntamelo, Lara. Me gustaría saberlo.

–Yo... echo mucho de menos a Sean, eso es todo. En ocasiones como esta, cuando estoy un poco triste, lo llamaba para hablar con él. Fuera cual fuera la situación, él siempre me ayudaba a poner las cosas en perspectiva y me hacía reír.

–Es perfectamente comprensible que lo eches de menos, nena. No vas a superar su muerte de la noche a la mañana. Lo único que puedes hacer es darle tiempo. ¿No es eso lo que dicen?

–Sí, y resulta irónico lo sensato y plausible que eso suena cuando el

que se muere no es alguien cercano a uno.

Gabriel no supo cómo responderle. Él había perdido la que debería haber sido la persona más cercana a él sin ni siquiera conocerla. ¿Cómo se puede sentir la pérdida de un desconocido? Sin embargo, desde que descubrió que su madre se había quitado la vida, la amargura se había adueñado de su corazón. Se había encontrado deseando poder volver atrás en el tiempo para rehacer el pasado y asegurarse un futuro mejor para ambos. Tal vez a él también le estaba costando superar la pérdida de su madre...

Suspiró.

–Gabriel, no es que estuviera despreciando tu consejo. Sé que tú también estás pasando tu luto...

–¿Es así como se llama? ¿Cómo iba a saberlo yo? ¿No se supone que se tiene que tener una relación con alguien antes de poder estar de luto por su fallecimiento?

–Solo porque no tenías relación con tu madre no significa que no desees haberla tenido. Mira, creo que es mejor que hablemos de otra cosa, ¿te parece? No creo que ahora sea el momento de pensar en cosas que nos ponen tristes. Además, no me gusta pensar que tú estás triste cuando estás tan lejos y no puedo estar a tu lado para conseguir que te encuentres mejor.

–No estoy triste, por el amor de Dios. Estoy enojado. Furioso de que las personas que tenían que cuidar de mí eran tan falsas que fueron capaces de mentir a alguien de su propia sangre sin ni siquiera pararse a considerar el horrible legado que me dejarían. Tú no puedes saber siquiera cómo es eso.

Gabriel sacudió la cabeza. ¿Qué demonios estaba haciendo? Llevaba días queriendo hablar con Lara y, cuando lo hacía, estaba desperdiciando un tiempo precioso hablando sobre su familia. Tragó saliva.

–Olvídate de lo que he dicho, ¿quieres? Creo que es la fatiga lo que me hace hablar así. Ha sido un día muy duro, pero ya me siento mejor sabiendo que tú estás pensando en mí.

–Me alegro. Sé que no resuelve nada, pero saber que tienes un amigo con el que puedes hablar ayuda mucho, ¿verdad? A mí, desde luego sí.

Gabriel trató de nuevo de ignorar el hecho de que Lara se había vuelto a referir a él como amigo y no como amante. ¿Acaso era el modo en el que él hacía el amor tan fácil de olvidar?

–¿No te quedan días de vacaciones? ¿Por qué no vienes a Nueva York unos días? –le preguntó. ¿Por qué no se lo había sugerido antes? Después de todo, era la solución perfecta. Si él tenía que pasarse más noches sin ver a Lara y sin tenerla en su cama, estaba seguro de que se volvería loco.

–Sí que me quedan unos días de vacaciones, pero ¿no tienes tú que trabajar, Gabriel? ¿No había una crisis financiera de la que te tienes que ocupar?

–Así es, pero no creo que se resuelva de la noche a la mañana. Estamos haciendo progresos, claro, pero... Bueno, no hablemos de eso. Necesito verte, Lara. De veras. No tienes ni idea de cuánto...

Ella se quedó en silencio, lo que hizo que Gabriel se tensara. Ni siquiera quería plantearse que Lara pudiera rechazar su oferta.

–Di que sí y te organizaré el vuelo –añadió–. No te prometo que pueda pasar contigo todo el tiempo que me gustaría cuando llegues aquí, sobre todo durante el día cuando esté trabajando, pero tendrás mi chófer a tu disposición para que puedas ir donde quieras. No te faltará de nada. Si quieres comprar ropa, perfume... Lo que sea. Yo me haré cargo de la cuenta. Será un placer para mí. Cuando yo pueda, podremos pasar las tardes juntos y, por supuesto, las noches.

–¿Estás seguro, Gabriel? ¿Estás seguro de que el hecho de que yo vaya a verte no interferirá con tu rutina?

–Dios mío, ¡qué aburrido me haces parecer! No te niego que mi trabajo es importante, pero incluso yo me opongo a permitir que se convierta en el centro de mi vida, y mucho menos ahora, cuando sé que voy a poder verte.

–En ese caso, de acuerdo. Puedes reservarme un vuelo. Cuando tengas las fechas y las horas del vuelo, puedes llamarme o enviarme un mensaje para decírmelo. Mi madre me decía justamente ayer que debería tomarme unas vacaciones antes de volver al trabajo.

–Y tenía razón. Si la memoria no me falla, tu madre siempre tiene razón, nena.

Gabriel estaba encantado de que sus poderes de persuasión no le hubieran fallado. Si todo iba según el plan, Lara se reuniría con él un par de días más tarde. Ya no le haría falta su memoria fotográfica para recordar sus encantos. La deliciosa realidad de su presencia resultaría mucho más satisfactoria.

Aunque lo había aceptado, Lara había sentido que se le rompía el corazón cuando Gabriel se había marchado tan repentinamente a Nueva York. Entonces, no había estado completamente segura de que fuera a volver a verlo. Lo único que a ella le había parecido ver en su rostro cuando le dijo que tenía que marcharse era un hombre que anteponía su carrera a las relaciones personales y los asuntos del corazón. Podría ser que incluso se hubiera sentido aliviado por tener que marcharse...

Era un hombre de gran empuje, cuyas prioridades diferían mucho de las de ella. A pesar de todo, Lara no perdía la esperanza de que,

algún día, él se daría cuenta de que hay cosas mucho más importantes en la vida que el dinero y la admiración de los demás.

La profunda tristeza que le había provocado el hecho de que su madre se quitara la vida y que su tío le mintiera podría haberle hecho creer que el amor y la familia no eran para él, pero Lara no perdía la esperanza de poderle ayudar a ver que él se los merecía como cualquiera.

Le había gustado tanto que él la llamara y la invitara a Nueva York que no había dudado en aceptar. ¿Podría ser que estuviera reflexionando sobre la posibilidad de disfrutar de una relación seria con ella? Lara rezó para que así fuera. Ciertamente no iba a dejar pasar la oportunidad de descubrirlo.

Cuando él le preguntó qué era lo que le impedía dormir, no había sido del todo sincera. Por supuesto que no podía dejar de pensar en Sean, pero también lo echaba de menos a él. De hecho, echaba a Gabriel tanto de menos que casi no podía pensar en otra cosa.

En ocasiones, el recuerdo de hacer el amor con él se convertía en el más delicioso de los sueños. En otras, como significaba tanto para ella, se avivaban sus temores sobre lo que ella sería capaz de hacer si no volvía a tener la oportunidad de compartir la intimidad con él. Lara ya había perdido al hermano que adoraba. Perder a Gabriel sería un golpe igualmente duro.

En aquellos momentos, mientras viajaba en la lujosa limusina que Gabriel había enviado al aeropuerto para recogerla y trasladarla a la Quinta Avenida, que era donde se situaba su apartamento, Lara observaba los rascacielos y no podía evitar echarse a temblar. Era como si hubiera llegado a un hábitat ajeno completamente a ella, en otro lugar del universo, tal era el contraste entre aquel ambiente y el mundo tranquilo al que ella estaba acostumbrada.

–Ya hemos llegado, señorita Bradley. Si le dice al portero que ha venido a ver al señor Devenish, él la acompañará a su apartamento.

–Gracias.

–De nada, señorita Bradley. Si no le importa esperar aquí, le sacaré su equipaje.

Cuando el chófer rodeó el coche para abrirle la puerta, Lara aceptó la mano que él le ofrecía y salió a la acera. El portero se acercó a ellos y Lara le dio las gracias al chófer. Él le correspondió con una afectuosa sonrisa.

–Me llamo Barry. El señor Devenish le dará el número en el que puede ponerse en contacto conmigo cuando quiera ir a algún sitio. Ya me ha dado instrucciones para llevarla donde desee durante su estancia –le dijo–. Por lo tanto, espero volver pronto a verla, señorita Bradley. Que tenga un buen día.

–Usted también.

Lara se dio cuenta de lo diametralmente opuesto que era su estilo de vida comparado con el de Gabriel. Primera clase en el avión, limusinas...

El portero se hizo cargo de su modesta maleta y la acompañó al ascensor. De repente, ella se vio atenazada por un ataque de nervios. ¿Cómo sería volver a ver a Gabriel? ¿Seguiría deseándola tanto como antes? Comparada con las hermosas y elegantes mujeres que él debía de ver todos los días, ¿podría ser que empezara a considerarla demasiado corriente? Se miró el vestido que llevaba puesto, una túnica de color azul pavo real que tan bonito le había parecido en la tienda e hizo un gesto de contrariedad.

–Este es el apartamento del señor Devenish, señorita Bradley.

La ascensión al ático había sido tan rápida que ella casi no se había dado cuenta de que se movían. El conserje apretó el timbre y sonrió.

–¿Le gustaría que esperara hasta que el señor Devenish abra la puerta?

–No, gracias. Estoy segura de que abrirá inmediatamente.

Tras una leve inclinación de cabeza, el portero se marchó. Habían quedado en que Gabriel se tomaría un par de horas libres para darle la bienvenida y ayudarla a adaptarse a su nuevo ambiente. Sin embargo, tardaba tanto que Lara comenzó a preocuparse de que él estuviera tan ocupado en su trabajo que se hubiera olvidado de ella.

De repente, la puerta se abrió. Gabriel iba tan inmaculadamente vestido como siempre y estaba más guapo de lo que recordaba. Lara abrió la boca para hablar, pero no consiguió pronunciar ni una sola palabra.

–Mi teléfono sonó justo antes de que llamaras y yo contesté. Dios... llevo esperándote tanto tiempo... Demasiado tiempo...

Entonces, Gabriel dejó a un lado las palabras para tomarla entre sus brazos y estrecharla contra su cuerpo como si ella fuera tan vital para él como seguir respirando. Si el primer beso que le robó había sido ardiente, el primero de Nueva York pareció abrasarla hasta lo más profundo de su ser. Lara prendió sus labios a los de él y dejó que el corazón le saltara en el pecho de la alegría de volver a sentirlo entre sus brazos. El beso se fue haciendo más apasionado. Acogió en la boca la ávida lengua de él, gimiendo para tratar de asimilar el deseo y el anhelo que prácticamente la dejaba sin fuerza para mantenerse en pie.

Gabriel gruñó como si no pudiera soportar estar separado de sus besos ni por un instante. Lara se sintió sin defensa alguna, desesperada. Casi no fue consciente de que él tiraba de ella y que recogía la maleta para luego cerrar la puerta para después colocarla contra ella. Cuando le cubrió un seno con la mano a través del fino algodón del vestido y luego la sustituyó con los labios para mordisquear la tierna carne del erecto pezón, ella gimió de placer al

tiempo que la flecha del deseo se le clavaba directamente en el vientre.

Gabriel no dejaba de acariciarle con urgencia la espalda y el trasero. Lara le mesaba el cabello y se aferraba a él todo lo que podía. Un segundo más tarde, Gabriel se soltó de ella para mirarla. Cuando Lara se enfrentó a aquella mirada azul, reafirmó de nuevo el juramento que hizo tantos años atrás, cuando solo era una niña: amaría a Gabriel eternamente.

–Este no era el modo en el que tenía intención de darte la bienvenida, nena –dijo él–, pero ¿qué puedo hacer? Tengo que confesar que soy adicto a ti. Creo que podría morir si no consigo mi dosis –añadió, tras besarla de nuevo.

Con un fluido movimiento, la levantó contra su torso. Sin dejar de besarla, la llevó así hasta una puerta cerrada que había al final del pasillo. Al llegar junto a la puerta, la abrió de una patada y la llevó hasta la regia cama que, cubierta por una colcha negra, dominaba la estancia. Allí, se quitó los zapatos y dejó que Lara hiciera lo mismo. Entonces, él retiró la colcha y la hizo tumbarse sobre las sensuales sábanas de seda, sobre las que se arrancaron mutuamente la ropa.

Sus miradas se cruzaron un instante antes de que Gabriel se tumbara encima de Lara. En cuanto la piel de ambos entabló contacto, la conversación dejó de ser necesaria. Simplemente, no había necesidad de preámbulos para la seducción que los dos tanto anhelaban.

Gabriel la animó a separar los muslos con una rodilla. Ella sintió que sus caderas se relajaban. Sin embargo, cuando sintió que él la penetraba profundamente y con urgencia, se tensó. Gabriel se detuvo un instante. Lara estaba más que lista para acogerlo dentro de sí, pero sintió más agudamente aquella segunda vez que la primera.

Vio que Gabriel la cuestionaba con la mirada, pero la incertidumbre desapareció enseguida. Él comenzó a moverse profundamente dentro de ella, devorándole los labios, los senos y dejando que las ansiosas manos recorrieran todo el cuerpo de Lara.

Ella anhelaba decirle que le amaba. No sabía ya cómo suprimir el impulso. Se juró que se lo diría después. Gemía de placer mientras él le mordisqueaba la delicada piel del cuello. Le agradaba profundamente la idea de que él hubiera dejado una marca en ella. La vibrante necesidad del deseo comenzó a crecer dentro de ella y la inundó con su calidez cuando ella comenzó a cabalgar por una embriagadora ola de placer que le robó todos los pensamientos para reemplazarlos con un gozo sin límites.

Aquella profunda y exquisita experiencia se acrecentó cuando Gabriel se tensó de repente y comenzó a gritar, vertiéndose en ella. Su hermoso rostro parecía completamente atónito por la intensidad del

clímax. Lara se sintió encantada de haber podido darle tal regalo.

Antes de que Lara lo acogiera en su cuerpo, Gabriel se había dado cuenta de lo mucho que Lara significaba para él, lo que suponía un concepto aterrador. Nunca antes había bajado la guardia tan completamente con una mujer como le ocurría con ella. No dudaba que tuviera que pagar un precio, pero después de la arrolladora satisfacción que le había proporcionado el cuerpo de Lara, no le importaba en absoluto cuál fuera ese precio.

–Ha sido maravilloso –susurró él mientras se tumbaba junto a ella y la tomaba entre sus brazos.

Lara levantó la mirada y sonrió.

–Me alegro de no haber sido la única que lo ha pensado. Gabriel... –dijo, susurrando el nombre muy cerca del oído de él.

–¿De qué se trata, nena? –le preguntó él. Cuando vio que los hermosos ojos de Lara se habían llenado de lágrimas, se tensó inmediatamente–. ¿Qué es lo que ocurre?

–Nada... –respondió ella, con una encantadora sonrisa–. Solo quería que supieras que me alegro mucho de haber esperado.

–¿Esperado? ¿A qué, nena?

–Para hacer el amor con el único hombre que he amado nunca y poder darle a él mi virginidad.

Si ella le hubiera pegado, Gabriel no se habría mostrado tan atónito. La deseaba en cuerpo y alma, pero, en aquel momento, se quedó completamente inmovilizado por aquella confesión. ¿Lara era virgen cuando hicieron por primera vez el amor? No tenía sentido. Se había mostrado tan dispuesta... A pesar de todo, la duda se adueñó de él al recordar que, la primera vez que la poseyó, el cuerpo de Lara se resistía exquisitamente a su invasión, al contrario que una mujer experimentada, una mujer acostumbrada a tener amantes.

Estaba tan presa de la pasión que había descartado inmediatamente la idea, pero lo había vuelto a pensar de nuevo, cuando volvieron a hacer el amor.

Sin embargo, lo que más le había turbado era la declaración de Lara de que lo amaba, de que él era el único hombre que había amado. Gabriel no sabía qué pensar sobre eso. Jamás había considerado que el amor pudiera entrar en aquella ecuación.

Evidentemente, existía una apasionada atracción entre ellos, pero no amor... Además, ¿qué podría ocasionarle a ella tener una relación con Gabriel aparte de dolor y sufrimiento? Ella se merecía un hombre que estuviera completamente dedicado a su felicidad, un hombre completo en cada aspecto de la palabra, no un autómata amargado que se dejaba llevar en la vida en vez de disfrutarla plenamente.

Tras la sorpresa y el miedo que sintió, Gabriel trató de recuperar el equilibrio. Entonces, se apartó de Lara para tumbarse a su lado. Al ver

la confusión que se reflejaba en sus ojos, trató de encontrar un modo de tranquilizarla, pero ella le tomó la delantera. Se incorporó un poco y se volvió para mirarlo.

–¿Acaso... acaso he dicho algo malo, Gabriel? ¿Algo que no te gustara? –le preguntó.

–Me dijiste que estabas tomando la píldora –replicó él.

–Y es cierto. Lo estoy. ¿Por qué te debería molestar eso? ¿Acaso fue porque pensaste que debía de haber tenido otros amantes antes de ti?

–Francamente, sí. Lo pensé.

–Pero... pero ¿no te diste cuenta cuando me...? –susurró ella ruborizándose.

Gabriel se sentó en la cama y suspiró.

–Me parece recordar que el deseo y la lujuria se habían hecho dueños de mí en ese momento y no era capaz de pensar como es debido. Sin embargo, explícame una cosa, Lara. Si es cierto que eras virgen, ¿por qué estás tomando la píldora?

–La tomo para regularme el periodo. Lo hacen muchas mujeres.

–¿Y tú nunca te habías acostado con otro hombre antes de mí?

–No. Te aseguro que no digo mentiras, Gabriel.

–No, por supuesto que no. ¿Cómo ibas a mentir tú proviniendo de la familia de la que provienes?

Aquel comentario fue un cumplido algo ambiguo del que no se enorgulleció. A Lara evidentemente tampoco. Sin embargo, la situación entre ellos parecía haber alcanzado un punto que él no había previsto. Su instinto le decía que pusiera freno para tener tiempo para reflexionar.

Ella le había dado su virginidad y le había dicho que lo amaba. ¿Significaba aquello que Lara esperaba que su relación se hiciera más permanente? En aquellos momentos, Gabriel no creía que algo así pudiera ser posible. ¿Cómo podría serlo cuando las vidas de ambos eran tan diferentes? Por mucho que quisiera estar con Lara, no se imaginaba llevándosela a vivir a Nueva York.

Se acercó al borde de la cama para recoger los calzoncillos de seda negra que, con las prisas, había dejado caer en el suelo. Se los puso rápidamente y se volvió para mirarla. La vio temblando.

Sintió desprecio por sí mismo al no poder reunir las palabras que podrían ayudarla a aliviar su agonía y le dijo:

–Deberías vestirte. Puedes ducharte y venir a reunirte conmigo en el salón. Deberías encontrar allí todo lo que necesitas. Yo utilizaré el cuarto de baño del pasillo. No tenemos mucho tiempo antes de que yo deba regresar al trabajo y necesito decirte unas cuantas cosas.

Capítulo 9

LARA se preguntó qué sería lo que él tenía que decirle. Estaba segura de que, fuera lo que fuera, no podía causarle más desasosiego del que ya sentía.

Se sentía muy triste porque Gabriel no había mostrado el más mínimo placer o al menos preocupación de que ella hubiera sido virgen cuando hicieron el amor por primera vez. De hecho, había parecido bastante enojado al respecto. Tampoco había parecido contento de que ella le hubiera confesado que lo amaba.

¿De verdad era un hombre tan frío como parecía? ¿Y si ella había cometido un terrible error al confesarle sus sentimientos? Ciertamente no se había olvidado de que él había rechazado sus insinuaciones ya en una ocasión, aunque hiciera mucho tiempo. Sin embargo, a Lara se le helaba la sangre al pensar que Gabriel tal vez no podía comprometerse con ella ni permitirse amarla.

Sabía que, detrás de aquellos ojos azules como el hielo, era un buen hombre. Era como un oso herido que atacaba a cualquiera que mostrara preocupación o se acercara demasiado y sabía la razón de aquella actitud. Su pasado no dejaba de perseguirlo. Por eso, la amabilidad y la preocupación le resultaban muy difíciles de asimilar. Tal vez aquella era también la razón por la que no podía aceptar inmediatamente que ella lo amara o que le hubiera entregado su virginidad a él en vez de hacerlo con otro hombre.

Con aquella triste conclusión dominando sus pensamientos, se duchó rápidamente y se vistió. Se aplicó un poco de lápiz de labios y se fue a buscarlo al salón.

Se prometió que mantendría la compostura y que no le dejaría ver que él le había hecho daño. Lo encontró relajándose en uno de los sofás negros del espacioso salón, desde el que se dominaban unas magníficas vistas del panorama urbano de la ciudad de Nueva York. Él se había puesto un elegante traje italiano.

La dura expresión de su rostro hizo que a Lara se le cayera el alma a los pies.

Se alisó el vestido túnica azul que tanto le había gustado y que se había comprado especialmente para aquel viaje y se juró que no volvería a ponérselo.

–Me dijiste que tenías que hablar conmigo de algunas cosas –dijo.

–¿Por qué no vienes a sentarte aquí? –le invitó él.

A Lara le pareció ver el esbozo de una ligera sonrisa, pero no estaba segura. De todos modos, como no sabía lo que él iba a decirle, solo le quedaba temerse lo peor.

–¿Has encontrado todo lo que necesitabas? –le preguntó él.

–¿En el cuarto de baño? –replicó ella. Gabriel asintió–. Sí.

Se acercó a él retorciéndose las manos nerviosamente. Entonces, dejó de hacerlo al recordar lo que habían estado haciendo no hacía mucho tiempo. ¿Quién hubiera creído que tanta pasión pudiera enfriarse tan rápidamente? Gabriel había derramado agua helada sobre sus sentimientos. ¿Y si él había llegado a la conclusión de que Lara debería marcharse? ¿Y si se arrepentía de haberla invitado a Nueva York?

–¿Sigue mi maleta aún en el vestíbulo? –le preguntó con aprensión.

–La he puesto en la habitación de invitados por el momento. Más tarde, cuando regrese del trabajo, la llevaré a mi dormitorio.

A pesar de que se sintió tremendamente aliviada, Lara no podía evitar sentir que no estaba bien que él se saliera siempre con la suya.

–No hay necesidad...

Gabriel se levantó y se acercó a ella.

–Sé que podría no ser capaz de darte lo que quieres, Lara –dijo él con voz profunda–, pero no te he traído a Nueva York para que durmamos en habitaciones separadas. Debería haber sido más considerado, más cariñoso, cuando estuvimos juntos hace un rato, pero lo que me dijiste me robó la capacidad para pensar. He estado reflexionando en las cosas y quiero hacer las paces.

–¿Y cómo piensas hacerlo? ¿Comprándome cosas? ¿Mostrándome cómo te diviertes con las mujeres de tu vida antes de despedirte de ellas con un beso y pasar a la siguiente? –le espetó ella sin poder contenerse. Tampoco pudo sujetar las lágrimas que le llenaron los ojos y que se secó con impaciencia–. Para serte sincera, creo que preferiría irme a casa.

–No. No quiero que te vayas. Quiero que te quedes, a pesar de lo que pienses de mí.

–¿Por qué deberían ser siempre las cosas como tú quieres, Gabriel? ¿Acaso no crees que yo también tenga necesidades?

Lara estaba a punto de darse la vuelta cuando él la tomó entre sus brazos y la estrechó contra su torso. La besó dura, tórrida y apasionadamente. La decisión de Lara de marcharse se deshizo como el helado bajo los ardientes rayos del sol del Sahara.

Poco a poco, el beso fue perdiendo intensidad y se fue haciendo más tierno. Entonces, Gabriel levantó la cabeza para mirarla.

–Quiero que tengas lo que deseas, Lara. De verdad. Pero mientras estés conmigo, me temo que voy a ser muy avaricioso. Tal vez no me puedo creer que entregaras tu virginidad a un hombre que es tan

egoísta, que se pone siempre por encima de todos los demás en lo que se refiere a conseguir lo que quiere y que, en consecuencia, no tiene en cuenta los sentimientos de nadie. Sin embargo, estoy demasiado prendado de ti como para no considerar la bendición que es que estés aquí y no puedo evitar querer aprovechar tu estancia al máximo –dijo. Extendió la mano para acariciarle la mejilla–. No te vayas. Por favor.

Lara contuvo el aliento. Entonces, se humedeció los labios y examinó con atención los masculinos rasgos del rostro de Gabriel.

–No me voy a marchar, Gabriel. No te dejaría después de haberte dado mi palabra de que me quedaría, al menos hasta que se terminen mis vacaciones –dijo. Al ver que el alivio se reflejaba en el rostro de él, sonrió–. Además, ¿de verdad crees que vendría hasta aquí para no ver al menos algunos monumentos durante mi estancia?

–Me aseguraré que veas todo lo que quieras ver. Te lo juro. Solo tienes que decir lo que quieres y yo te lo organizaré. Por cierto, una de las cosas que necesitaba decirte era que vas a ir a un acto esta noche. Se trata de una cena de trabajo en un restaurante que no está lejos de la Bolsa. Me temo que no me puedo zafar. Tengo que ir y quiero que me acompañes.

Lara estuvo a punto de decir no. Seguramente se sentiría incómoda en compañía de gente tan elitista y en un ambiente tan extraño a ella como la casa en la que Gabriel se había criado. Sin embargo, el brillo de acero que vio en los ojos de él le dijo que sería inútil negarse. De un modo u otro, él la persuadiría de lo contrario.

Gabriel jamás se había sentido más posesivo con respecto a una mujer que cuando entró en aquel elegante restaurante de Nueva York con Lara. Desde el momento en el que llegaron, las cabezas se giraron, no solo para saludarlo a él, sino para lanzar miradas de curiosidad y admiración por su acompañante. ¿Cómo podía culparlos cuando Lara era la definición perfecta de la belleza femenina en estado puro?

El vestido negro que ella había insistido en que era la única prenda adecuada que tenía para ponerse para una cena elegante hizo que Gabriel se sintiera como el mítico Ares a los pies de Afrodita. No era que la tela se ciñera a sus sublimes curvas, sino que les hacía homenaje cada vez que ella se movía. Se había recogido el cabello elegantemente, con unos mechones sueltos a ambos lados de la cara. Los hombros le quedaban al descubierto por cortesía del escote halter del vestido. En resumen, tenía un aspecto absolutamente exquisito.

Gabriel le estrechó un poco más la mano mientras se habrían paso entre los invitados. Más saludos, más palmadas en la espalda de la gente que le reconocía y de los que, francamente, por una vez podría haber prescindido.

No tardó en notar que Lara se estaba sintiendo abrumada. Entonces, la acercó a su lado y le dedicó una tranquilizadora sonrisa. Ella no estaba acostumbrada a aquello. Los elegantes ejecutivos de Wall Street y el competitivo ambiente en el que vivían estaban a años luz del mundo en el que Lara habitaba. El aire estaba impregnado del aroma de caros perfumes, aunque el más predominante de todos era el olor del dinero. A Gabriel le resultó extraño cómo aquel ambiente no le daba a él el habitual placer ni la satisfacción que solía experimentar.

Decidió buscar una vía de escape. Se dirigió al maître y le pidió que les mostrara dónde estaba el comedor privado donde iban a cenar.

La reunión se había organizado en uno de los más sofisticados salones privados del restaurante, que elegía con frecuencia para las reuniones privadas que él tenía con su acaudalada clientela. Aquella noche, los invitados eran las personas que habían trabajado con él para ayudarle a evitar otra grave crisis financiera. Después de las duras semanas que habían tenido que soportar, todos estaban de humor para divertirse aunque eso no significara que nadie podía dormirse aún en los laureles.

Gabriel se alegró de poderse sentar junto a Lara y mirar el menú. No se le pasó por alto que a ella le temblaban los dedos al sujetar la carta. Se inclinó sobre ella y, al notar el dulce aroma de su perfume, sintió que el vientre se le tensaba por el deseo.

–¿Cómo estás? Te prometo que esto no durará mucho tiempo –le dijo.

–Estoy bien. Creo –replicó ella con una sonrisa.

–No puedo decir que yo lo esté. Preferiría que estuviéramos solos que aquí, en esta cena. Te aseguro que no estaría aquí si pudiera elegir. Sin embargo, sí que estoy muy contento de que estés aquí y de que hayas venido hasta aquí para verme. Por cierto, es un menú muy bueno. Lo llaman *El menú de los banqueros.* Si quieres que te recomiende algo, ¿te puedo sugerir el *filet mignon*?

Incapaz de resistirse, miró los seductores ojos castaños de Lara. Era consciente de que todos los que estaban sentados alrededor de la mesa estaban especulando sobre su relación. Después de todo, Lara era una desconocida para ellos. Una hermosa y deseable desconocida.

Antes de que ella pudiera responder, uno de los banqueros más importantes de la ciudad, que se llamaba Lars Jensen, se inclinó hacia ellos y preguntó:

–Entonces, Lara, ¿puedo llamarla así?, estoy muy intrigado, al igual que todos mis colegas. ¿Cómo conoció usted a Gabriel? Él tiene reputación de ser un mago de Wall Street. Lo que toca, se convierte en oro. ¿Hizo usted tal vez negocios con él en Londres? Si fue así, es muy afortunada.

–Yo no sé nada del mundo de las finanzas –respondió ella–, y no, no

nos conocimos en Londres. Gabriel fue a la universidad con mi hermano. Así es como nos conocimos.

–Eso me intriga aún más. ¿Quiere decir que lo conoce desde hace tantos años y que él no había hablado de usted? Al menos que yo sepa.

–¿Y por qué iba a hacerlo? Solo somos amigos.

Al ver que Gabriel tenía una expresión que casi era de enojo en el rostro, Lara se sonrojó. ¿Había dicho algo malo? ¿Qué otra cosa podría haber dicho? ¿Que era una exnovia suya?

–Entonces, solo sois amigos, ¿verdad? –comentó Lars con un tono de voz que era una mezcla de burla y duda–. ¿Es así como se llama a los amantes en el Reino Unido?

–No, no lo es –intervino Gabriel con firmeza–. Si te digo que Lara solo tenía dieciséis años cuando nos conocimos, dudo que pensaras que habríamos sido amantes, ¿verdad?

Lars miró a Lara durante más tiempo del necesario, como si estuviera haciendo un inventario mental de sus atributos. Entonces, miró a Gabriel y le dijo en voz baja:

–¿No me dirás que no sentiste la tentación?

A su lado, Lara sintió la furia y la tensión que atenazaban el cuerpo de Gabriel.

–Creo que deberíamos dejar el tema, ¿no te parece? Lara es mi invitada y tus inapropiadas insinuaciones la están incomodando. Eso no es aceptable. Y eso va para todos los presentes –añadió refiriéndose al resto de la mesa.

Se produjo un profundo silencio. Lara deseó que el suelo se abriera y se la tragara. Con la advertencia de Gabriel, la curiosidad del resto de los invitados se había acrecentado. Le apretó la mano con fuerza para llamar su atención y sintió que el corazón le latía con fuerza cuando la consiguió.

–¿De qué se trata? –le preguntó él.

–No tienes que defenderme. Estoy segura de que tu amigo no quería insinuar nada con sus comentarios.

–Estás segura, ¿no? Pues en primer lugar –le susurró, para que solo ella pudiera escucharlo–, no es mi amigo, es un colega, muy ambicioso y cruel, por cierto. Deberías saber que estás sentada a una mesa repleta de tiburones, ángel mío, y en estos momentos, tú eres el cebo.

Lara se echó a temblar. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que, efectivamente, todos los presentes la estaban observando, como si no fuera habitual que Gabriel llevara a una mujer desconocida a aquel tipo de actos.

Sintió que se sonrojaba vivamente al ser el centro de tanta atención.

–Tengo que ir al tocador –murmuró.

Gabriel le hizo una señal a una camarera para que le indicara dónde

estaba el tocador. Sin embargo, cuando se levantó para ayudarla a retirar la silla, Lara sintió la frustración y la reticencia de Gabriel a separarse aunque solo fuera un segundo de su lado.

Lara se sentía como si mereciera un premio por haber tenido que soportar una de las veladas más incómodas y tensas de su vida. Sin embargo, al final de la misma resultó evidente una cosa. Lo que había visto de la vida superficial y estresada de la élite financiera de Nueva York no era para ella.

Aunque estar con Gabriel era un sueño hecho realidad, ya estaba deseando regresar a su casa, a su rutina sencilla pero satisfactoria que le resultaba tan familiar, a un modo de vida en el que no tuviera que preocuparse por lo que la gente pensara de ella ni por si llevaba la ropa adecuada para una cena o para el trabajo. Incluso en su trabajo en la biblioteca de una universidad, ella podía ir vestida tan solo con unos vaqueros y una camiseta.

A pesar de todo, Gabriel estaba para comérselo con su impecable traje italiano. Una de las invitadas a la cena la siguió deliberadamente al tocador para preguntarle descaradamente por la relación que Lara tenía con él. Cuando Lara se negó a contestar, la mujer le indicó con una ilustración muy gráfica lo que a ella personalmente le gustaría hacer con él en la cama.

Lara se quedó boquiabierta ante el descaro de aquella mujer. Evidentemente, el respeto que Gabriel les había pedido a sus colegas para Lara solo tenía validez cuando estaban sentados a la mesa. Si Gabriel no estaba presente, los tiburones podían atacarla a placer. Lara ni siquiera estaba a salvo de las mujeres, dado que ellas deseaban a Gabriel y dudaban en decírselo claramente.

Regresar al apartamento supuso un gran alivio, a pesar de que Gabriel se mostró muy pensativo durante el trayecto de regreso. En cuanto estuvieron a solas, Lara se dispuso a encontrar respuestas.

–¿Qué ocurre? –le preguntó mientras él se quitaba la americana y la colgaba del perchero–. Me da la sensación de que no estás contento. ¿No has disfrutado la cena? Tus colegas parecieron alegrarse mucho de verte.

–Tal vez te sorprenda, Lara, pero en Wall Street hay que tener buena relación con el jefe. Con el dinero, tal y como dicen aquí. Si crees que la gente se alegraba de verme solo porque adoran mi compañía, eres más ingenua de lo que había pensado.

Lara se quitó los zapatos tal y como hacía siempre cuando llegaba a casa y suspiró.

–¿Te gusta hacer que me sienta inferior, Gabriel? ¿Te hace sentir mejor? Debe de ser así. Por cierto, ¿por qué no iba a disfrutar la gente

con tu compañía? Cuando te esfuerzas, puedes resultar muy agradable, aunque confieso que eso no ocurre muy…

Lara no pudo terminar su frase porque Gabriel la estrechó contra su pecho y le devoró los labios con un apasionado beso. En cuanto la lengua se deslizó entre los labios de Lara y él le recorrió el cuerpo para levantarle la falda del vestido y tocarla íntimamente, ella se sintió completamente incapaz de negarle nada. Le molestó que ni siquiera deseara resistirse. ¿Por qué iba a querer hacerlo cuando lo amaba tanto que casi le dolía?

–En estos momentos, no me lo puedo tomar con calma –susurró él apasionadamente contra la boca de Lara–. Confieso que te has convertido en alguien irresistible para mí y no puedo ir despacio porque te deseo demasiado, pero después…

Lara contuvo el aliento cuando sintió que él le deslizaba la mano por debajo de las braguitas. Cuando los dedos la invadieron, gimió de placer. Sus sentidos se vieron automáticamente ahogados por el calor que emanaba del cuerpo de Gabriel y del seductor aroma de su colonia. Si él no la hubiera estado sosteniendo, se habría caído al suelo. Se sentía tan débil como un bebé.

–Después –prosiguió él. Con la mano que le quedaba libre le acariciaba la nunca–, nos lo tomaremos con calma para conocernos bien y descubrir qué es lo que nos da más placer.

Lara no pudo responder porque, de repente, se vio inmersa en un mar de delicias tan profundamente eróticas que le impidieron hablar. Apretó la mejilla contra la camisa blanca de Gabriel y escuchó los alocados latidos de su corazón mientras se preguntaba qué era lo que ella podría hacer para lograr que él sintiera el mismo placer que ella.

Casi ni se conocía cuando estaba con él. En lo único en lo que podía pensar en su compañía era cómo llevar a cabo sus deseos más carnales y esperar que pudiera hacer realidad también los de él. ¿Sería que el celibato que se había impuesto durante aquellos años la había convertido en una mujer completamente insaciable?

Cuando levantó la cabeza, vio que Gabriel la estaba mirando con una intensidad que casi le detuvo el corazón.

–Lo que me haces… –murmuró ella mientras le acariciaba suavemente la mejilla.

Gabriel la levantó y la tomó entre sus brazos como si el peso de Lara fuera insignificante. Entonces, la miró fijamente y afirmó:

–Tenemos que irnos a la cama. Ahora mismo.

Capítulo 10

LOS siguientes siete días pasaron como un fantástico sueño. Lara se pasaba el día visitando la ciudad por cortesía de Barry, el atento chófer de Gabriel, y le entregaba las noches por completo a Gabriel. Algunas veces, la llevaba a cenar a magníficos restaurantes, al cine o a ver un espectáculo en Broadway. Sin embargo, fuera cual fuera el entretenimiento o el placer que compartieran, el punto álgido de cada velada era siempre cuando regresaban al apartamento de Gabriel para refugiarse el uno en los brazos del otro.

Como sabía que sus breves vacaciones estaban llegando rápidamente a su fin y que muy pronto se marcharía a Inglaterra para reincorporarse a su trabajo, Lara empezó a sentir una profunda ansiedad sobre el futuro de su relación con Gabriel. ¿Tendrían un futuro juntos? Entre ellos existía ciertamente un vínculo muy poderoso. No se podía refutar el hecho de que ella lo amaba, pero resultaba evidente que él se había negado a hablar de compromiso o de darle más significado a su relación. Por ello, Lara sentía una profunda aprensión.

Había visto en primera persona la dedicación que mostraba para su trabajo y lo seductor que debía de ser sentirse tan valorado en el mundo en el que se movía. Sus colegas parecían considerarle completamente irremplazable. Sin embargo, ¿significaba eso que jamás consideraría regresar al Reino Unido para hacer que su país de origen fuera, una vez más, su hogar?

Durante los días que Lara llevaba con él en Nueva York, no había hecho mención alguna a la casa familiar que había heredado. Ella no quería sacar el tema por si provocaba la furia y desesperación que había visto en él cuando Gabriel leyó la carta de su tío. Sin embargo, sabía que Gabriel jamás se haría a la idea de lo que había pasado ni empezaría a cerrar las heridas de su pasado si no se hablaba de ello.

No había mencionado si pensaba vender la casa en la que había crecido. Si esas eran sus intenciones y se quedaba en Nueva York, Lara estaba segura de que no se quedaría con él. No le gustaba el estilo sofisticado ni la carrera por conseguir más dinero y poder. Este hecho representaba todo lo que su familia y ella habían odiado más: la carrera por conseguir éxito material en el mundo. Su hermano Sean decía que de qué servía ser rico si no se hacía nada bueno con el dinero para ayudar a los que son menos privilegiados.

Sin embargo, el dilema de Lara iba mucho más allá de eso. Tenía más que ver con el hecho de que Gabriel jamás le hubiera dicho que la amaba. Había empezado a sospechar que jamás lo haría. Se temía que su apasionada unión se relegaría rápidamente por las exigencias del trabajo y la compañía ocasional de una de las damas que él requería cuando se encontraba solo.

¿Tan difícil resultaba amarla? ¿De verdad prefería Gabriel aquel tipo de existencia en vez de disfrutar del amor y de la devoción de Lara para el resto de la vida? Por no mencionar la posibilidad de crear una familia propia...

Se estaba tomando un vaso de zumo de naranja en el salón mientras esperaba que él saliera del dormitorio. Gabriel había llegado tarde de trabajar y aún se estaba arreglando para que pudieran salir a cenar. Lara contemplaba la maravillosa silueta de la ciudad de Nueva York y, de repente, se sintió muy triste.

Su estancia allí estaba terminando muy rápidamente, pero aún no habían hablado de lo que había entre ellos ni de su relación. Aquella era su última noche en la ciudad y, hasta aquel momento, aparte de darle los detalles del vuelo, Gabriel prácticamente ni lo había mencionado.

–Hola...

La suave cadencia de su voz hizo que Lara se volviera rápidamente. Estuvo a punto de derramarse un poco de zumo sobre el hermoso vestido de seda azul marino que Gabriel le había regalado. Ella nunca había buscado que él le hiciera regalos. Sin embargo, cuando él le contó que salió de su despacho una tarde para visitar una elegante boutique y comprarle algo bonito para salir a cenar, Lara se había sentido muy emocionada por su consideración. La prenda era elegante y le sentaba bien. De hecho, era perfecto.

No se debería haber sorprendido de que le quedara como hecho a medida, porque su amante tenía un ojo muy astuto para los detalles y conocía perfectamente las líneas y las curvas de su cuerpo.

Tras dejar el zumo sobre una mesa, ella sonrió con afecto y admiración. Gabriel estaba frente a ella, vestido con otro de sus impecables trajes. El cabello castaño peinado hacia atrás dejaba al descubierto las líneas limpias y masculinas que Miguel Ángel habría ansiado pintar o esculpir.

–Hola.

–Veo que llevas puesto el vestido. Déjame ver cómo te sienta.

Lara se levantó y se dio la vuelta para poder mostrarle el vestido desde todos sus ángulos. Gabriel experimentó una miríada de tumultuosos sentimientos. Observó la embriagadora combinación de belleza y sensualidad que era Lara y sintió que la sangre le vibraba en las venas con el inevitable deseo que siempre experimentaba cuando

ella estaba cerca. Se preguntó si aquel sentimiento desconocido para él sería el amor. La sensación de total indefensión frente a algo que siempre se había dicho que no quería. La presión en el corazón y la debilidad en las extremidades cuando veía a la mujer por la que, intuitivamente, sabía que estaría dispuesto a morir para protegerla. Más que eso, la sensación de pérdida devastadora que se imaginaría que sufriría si no la volvía a ver. Ciertamente, todo aquello para indicar que estaba perdidamente enamorado de Lara...

Sin embargo, siguiendo a aquella maravillosa revelación estaba el oscuro demonio del miedo. Tenía miedo de arruinarle la vida a Lara al no tener experiencia alguna en cuidar a una joya tan preciada.

Gabriel había evitado durante mucho tiempo sentir algo sobre las mujeres por si le hacían daño. Solo tenía que pensar en lo que su propia madre le había hecho. Con aquella precaria introducción a las mujeres, no era de extrañar que pensara así.

Centró de nuevo su atención en el vestido que Lara llevaba puesto. Le sentaba tan perfectamente que se enorgulleció al pensar lo bien que había elegido.

–Estás muy bella. De hecho, estás arrolladora...

–Es el vestido.

–¿No puedes aceptar un cumplido por una vez sin quitarte méritos?

Gabriel se arrepintió de haber pronunciado esas palabras inmediatamente. Lara se sonrojó y, tras colocarse un mechón de cabello detrás de la oreja, se encogió de hombros.

–Tal vez no se me da muy bien recibir cumplidos y por eso trato de desviarlos con sentido del humor. Eso no significa que no aprecie que me digas cosas bonitas, Gabriel. ¿Qué mujer no quisiera que un hombre le dijera que está muy hermosa?

–Siento haberte hablado de ese modo. Supongo que simplemente me siento un poco nervioso porque te vas mañana –admitió. Entonces, se acercó a ella y la tomó entre sus brazos–. Debería secuestrarte para que no te puedas marchar.

Lara dio un paso atrás para poder mirarle a los ojos.

–No tienes que recurrir al secuestro para conseguir que me quede contigo, Gabriel. Me quedaría encantada si tú simplemente me lo pidieras –suspiró–, pero no vas a hacerlo, ¿verdad?

–¿Acaso no tienes ganas de regresar a Inglaterra, junto a tu familia? Allí está tu trabajo, tu vida –replicó él esperando que ella cambiara de tema.

–Por supuesto que sí. ¿Te puedo hacer una pregunta?

Ella bajó la voz suavemente. Gabriel dedujo que tenía miedo de disgustarla. No le gustaba la idea de que Lara pensara que tenía que andar pisando huevos con él. La soltó y se mesó el cabello.

–¿Qué es lo que quieres preguntar?

–¿Has...? ¿Has pensando alguna vez en regresar a Inglaterra para quedarte? Es decir, ¿qué vas a hacer con la casa que heredaste de tu familia? ¿Te has decidido ya sobre lo que vas a hacer con ella?

–Sí. Voy a regresar dentro de unos pocos días para firmar unos papeles. Siento no habértelo dicho antes, pero es que nunca parecía ser el momento adecuado.

–La vas a vender, ¿verdad? Eso significa que no vas a regresar nunca...

Gabriel tragó saliva. Había llegado el momento de decirle a Lara la verdad. Toda la verdad.

–En la carta de mi tío, se estipulaba que solo podría heredarla si regresaba para vivir en ella durante al menos seis meses. Después de eso, podría hacer lo que quisiera con la casa.

Los ojos de Lara se iluminaron. Gabriel vio que la esperanza iluminaba sus oscuras profundidades.

–Entonces, ¿vas a regresar para vivir allí? ¿Podremos vernos cuando queramos?

–Cariño, por muy difícil que te sea comprenderlo, no quiero volver a vivir en esa casa. Tiene demasiados malos recuerdos para mí. Yo estaría mejor vendiéndola que alojándome en ella.

Lara palideció.

–¿Pero no acabas de decir que tu tío estipuló en su carta que solo podrás heredarla si vives allí seis meses? Si no estás pensando hacerlo, ¿cómo la vas a vender? No será tuya de ese modo, ¿no?

–Tengo un abogado muy bueno. Hay modos de esquivar ciertas legalidades.

–No lo comprendo...

Lara parecía estar a punto de llorar. Gabriel se sintió el peor de los delincuentes.

–Es decir, no es que tú necesites el dinero, ¿verdad? ¿Por qué no te quedas con la casa? ¿Para tu familia, tal vez?

–Sabes que no tengo familia... –le espetó él. ¿A qué estaba jugando Lara mencionándole algo así?

–Lo que quería decir es que tal vez un día la tengas. Eso te ayudaría a deshacerte de los recuerdos tristes que tienes sobre la casa, ¿no te parece?

–No me importa correr riesgos en mi vida laboral, Lara, pero no en la personal. ¿Es que no lo sabes ya?

–Supongo que sí... Solo esperaba que, con el tiempo, verías las cosas de otro modo. Soy la eterna optimista –comentó ella con una triste sonrisa–. ¿No deberíamos irnos ya a cenar? Se está haciendo tarde y yo debería tratar de dormir bien antes de mi viaje de mañana. Iré a por mi chaqueta.

Cuando Lara se marchó del salón, Gabriel miró hacia la ventana

desde la que se dominaban las luces titilantes de la ciudad que le había ayudado a ser un hombre rico. En aquel momento, se despreció a sí mismo y a la gran manzana por haber contribuido a romper el corazón de una de las mujeres más dulces y encantadoras del mundo...

Se sentaron en un restaurante tailandés para lo que debería haber sido una maravillosa cena en la última noche que iban a pasar juntos. Sin embargo, Lara no disfrutó lo más mínimo de la deliciosa comida.

Era incapaz de sentir nada. Había comprendido por fin que Gabriel no había cambiado de opinión sobre regresar a Inglaterra para enfrentarse con los demonios de su pasado ni pensaba considerar la posibilidad de comprometerse a tener una relación más tradicional con ella. Según le había confesado, no quería correr riesgos en su vida personal. Aquellas palabras le habían roto a Lara el corazón porque sabía que era la pena de muerte para todas las esperanzas y sueños que tenía con Gabriel. No le quedaba más remedio que aceptar su decisión.

–¿No te gusta la comida que te he pedido? –le preguntó él.

Lara trató de reprimir las lágrimas y se secó los labios con la servilleta.

–Sé que tus intenciones eran buenas al traerme aquí a cenar, pero me temo que no tengo mucho apetito.

–Deberías haberlo dicho.

–No lo hice porque tú has estado todo el día trabajando y no tenía nada en el apartamento para prepararte algo de comer. Sabía que necesitabas comer. Por eso accedí a que saliéramos a cenar.

–Como siempre, piensas primero en los demás... –comentó él con voz seca.

–Lo dices como si eso fuera algo que desprecias. No puedo cambiar el modo de ser que tengo, Gabriel...

–No, no puedes. Por eso sabía que probablemente era un error comenzar esta aventura. Sin embargo, solo soy un ser humano y no me pude resistir.

Si ella no hubiera estado temblando tan violentamente y hubiera temido perder el equilibrio, se habría puesto de pie. Por primera vez en su vida, sintió un profundo desagrado por Gabriel.

–¿De verdad es eso lo que pensabas que había entre nosotros? ¿Una aventura? ¿Algo que podías tomar o dejar? Sabía que tenías potencial para ser un hombre muy cruel, Gabriel, pero jamás me imaginé cuánto.

–¿Por qué? ¿Acaso no te había dado ya suficientes pruebas de cómo soy?

–Tienes razón. Empezaste a hacerlo hace muchos años, cuando yo

solo tenía dieciséis.

El comentario de Lara hizo que Gabriel frunciera el ceño.

–¿Cuando tenías dieciséis? Lo dudo. ¿No te tomarías en serio cuando me metía contigo y te decía que no tenías novio porque eras demasiado exigente?

–No fue eso. ¿No te acuerdas de la fiesta de Sean? ¿La que él celebró en nuestra casa? Sé que te acuerdas porque hablaste de ello el primer día, cuando te presentaste para darnos el pésame por Sean. Bueno, aquella noche tú estabas flirteando conmigo e, inocente de mí, yo pensé que eso significaba que yo te gustaba. Y, como una tonta, te dije lo que sentía por ti…

Lara tuvo que detenerse. De repente, el recuerdo era más vivo de lo que lo había sido nunca. Su poder le causaba un dolor físico.

–Creo que no te gustó. De hecho, seguramente te sentiste avergonzado. Me dijiste que debería buscarme alguien de mi edad. Entonces, viste a una rubia que era tu tutora en la universidad y me apartaste para irte con ella. Por lo tanto, Gabriel, sí que sé que puedes ser muy cruel.

–De eso hace mucho tiempo. Tú solo eras una niña. Yo no habría querido que te interesaras en mí porque eras la hermana pequeña de mi mejor amigo y la opinión de tu familia era muy importante para mí.

–Sin embargo, los sentimientos son los sentimientos, se tenga la edad que se tenga. Los míos de entonces eran muy profundos. De todos modos, estamos hablando de lo que está ocurriendo ahora. Lo que quiero saber es si estás reduciendo a una simple aventura lo que hay entre nosotros porque estás tratando de protegerte para no sufrir si te comprometes más en serio conmigo. No lo comprendo. ¿Cómo te puedo hacer daño si no me dejas entrar en tu vida, Gabriel?

–Por muy difícil que te resulte escucharlo, Lara, no necesito a nadie en mi vida. Mi vida está perfectamente tal y como está.

–¿De verdad? –le preguntó ella. Comenzó a sacudir tristemente la cabeza. No sabía qué hacer. Gabriel era implacable cuando levantaba sus defensas. Era tan duro como el hierro y ella lo sabía.

–Creo que es inútil continuar con esta conversación –dijo él arrojando su servilleta sobre la mesa. Entonces, llamó al camarero–. Si seguimos, solo conseguiré hacerte más daño y te marchas a casa mañana.

Lara permaneció inmóvil en su asiento.

–Probablemente tengas razón. Está bien. ¿Por qué no pagas la cuenta y nos vamos?

–Sabia decisión –murmuró él justo al mismo tiempo que el sonriente camarero se acercaba a su mesa.

A Lara le sorprendía verdaderamente lo poco que había tardado en meterse en la rutina de trabajo después del largo descanso estival. Durante los interminables días y las largas noches posteriores a su marcha de Nueva York, se preguntó si volvería a encontrar placer o satisfacción en el trabajo que adoraba. En cuanto regresó a la universidad, buscó refugio y placer en la rutina familiar de la vida a la que estaba acostumbrada. Así, consiguió no pensar demasiado en Gabriel.

Sin embargo, el recuerdo de su agónica despedida en el aeropuerto y el comentario de Gabriel sobre el hecho de que había sido un error empezar aquella aventura aún tenían el poder de hacerle llorar.

La distancia que él había interpuesto entre ellos en el restaurante se acrecentó aún más cuando, al llegar al apartamento, Gabriel le dijo que pensaba que era mejor que durmieran en habitaciones separadas para que Lara pudiera descansar bien antes de tomar su vuelo al día siguiente. A pesar de que su comportamiento en el restaurante había sido odioso, Lara no consiguió pegar ojo. Sin Gabriel a su lado en la cama, el Gabriel que había sido tan cariñoso y apasionado, sentía que le faltaba una parte esencial de su ser.

Lara comprendía muy bien lo que le estaba pasando. Gabriel estaba huyendo de nuevo, no solo de Lara, sino de su miedo al amor y a todo lo que ello pudiera significar. No quería confiar por si lo que se le daba se le arrebataba, tal y como había hecho su madre cuando lo abandonó. Por eso le había dicho a Lara que su aventura había sido un error. Había estado tratando de apartarla de su lado. No quería correr el riesgo de sentir demasiado por ella por si Lara terminaba haciéndole daño.

A la mañana siguiente, los dos se habían sentado a desayunar. Gabriel se había centrado por completo en su trabajo y en su teléfono, y no en ella. Era como si Lara hubiera sido invisible. Ella había tratado de hablar con él e incluso le había dicho que le echaría de menos a pesar de lo que él le había dicho en el restaurante.

El rostro de Gabriel había permanecido impasible, como si no le importara. Por fin, el chófer llegó para llevarlos al aeropuerto y allí, él se limitó a colocarle las manos sobre los hombros para darle un beso. Lara se tensó, esperando y rezando por que él hubiera cambiado de opinión y le dijera que no podía dejarla salir de su vida sin hacer algún tipo de plan para el futuro. Sin embargo, el beso no fue apasionado ni sentido. Podrían haber sido dos conocidos despidiéndose. Los labios le rozaron la piel brevemente, sin más contacto. Tras decirle que se cuidara y que probablemente se pondría en contacto con ella cuando hubiera puesto en orden sus pensamientos, se dio la vuelta y se marchó del aeropuerto sin mirar

atrás.

A pesar de que, ya de vuelta a su rutina, no quería pensar demasiado en Gabriel, los recuerdos de su cálido cuerpo, las raras sonrisas que él esbozaba y el sonido de su voz la asaltaban de repente, cuando Lara menos lo esperaba. Se preguntaba qué estaría él haciendo y si Gabriel pensaría en ella. ¿La habría reemplazado ya en la cama por otra mujer, una mujer que lo satisfaría sexualmente, pero que jamás lo amaría como ella lo amaba?

–Hola, señorita Bradley. ¿Qué tal las vacaciones?

Lara parpadeó y levantó la mirada de los papeles a los que había tratado desesperadamente de aplicarse antes de que los pensamientos sobre Gabriel le impidieran hacerlo. Se trataba de Danny Fairfax, uno de los alumnos más agradables que se pudiera conocer. Lara siempre lo ayudaba con algún aspecto que le resultara complicado.

–Bien, gracias –replicó ella con una cálida sonrisa. Danny se sonrojó inmediatamente–. Y ya te dije que me llamaras Lara. Eso de señorita Bradley me hace parecer una solterona.

Danny sonrió, pero enseguida volvió a ponerse serio.

–Siento haberte preguntado por las vacaciones. Se me olvidó que me dijiste que tu hermano había muerto recientemente. Evidentemente, debes de estar aún muy afectada.

El comentario sorprendió a Lara. Danny le había hecho recordar que había estado pensando más en Gabriel que en su propio hermano. Por supuesto, lo echaba de menos, pero Gabriel era una realidad viva que le había robado el alma y el corazón. Sabía que Sean lo entendería y que incluso le daría su bendición. Su hermano también quería mucho a Gabriel.

–Sí, así es... pero perder a alguien de ese modo... Parece que siguen con vida. ¿Sabes a lo que me refiero? Su presencia está por todas partes...

–Sí, sé a lo que te refieres –respondió Danny–. Yo perdí a mi padre hace dos años en Navidad y, en ocasiones, me parece escuchar su voz como si estuviera en la misma habitación que yo, en especial cuando estoy tratando de trabajar en un problema. Era de Yorkshire y cuando las cosas se ponían difíciles me decía que no debía dejar que pudieran conmigo. Eso me ayudaba mucho.

–Parece que tu padre era un hombre muy sabio...

–Lo era. Era el mejor.

–Bien, Danny –dijo ella, centrándose de nuevo en su trabajo. No quería seguir pensando en sus problemas personales–, ¿qué puedo hacer hoy por ti?

Gabriel había estado en su antiguo dormitorio. Aunque su reacción

inicial al entrar había sido de cautela, sintió que se le hacía un nudo en el estómago al recordar las dolorosas imágenes que, inevitablemente, se apoderaban de él.

Se sorprendió al ver que la habitación acababa de decorarse. ¿Lo habría ordenado hacer su tío antes de caer enfermo? ¿Por qué lo había hecho? No necesitaba otra habitación. ¿Podría ser que hubiera creído sinceramente que su sobrino regresaría y haría que la vieja casa fuera una vez más su hogar?

Sin poder comprender nada, Gabriel miró a su alrededor y vio los libros que había sobre dos estanterías. Tomó uno de ellos y vio que se trataba de *Un mundo feliz* de Aldous Huxley. Aquel libro había sido regalo de su tío cuando solo tenía nueve años. Prácticamente había devorado el libro. Le había gustado tanto que había hecho un trabajo sobre él en el colegio. Con una amarga sonrisa, lo volvió a colocar en su sitio. Janet Mullan había abierto las ventanas para dejar que entrara el sol. El aroma de las rosas del jardín entraba en la estancia delicadamente y llenaba el aire del perfume del verano que a Gabriel tanto le había gustado, incluso de niño.

Tras soltar un suspiro, se acercó a la ventana. La vista era magnífica. Recordó que en aquellos años había pensado que no sería tan malo vivir allí si pudiera invitar a algunos de sus amigos del colegio a quedarse con él durante las vacaciones. Sin embargo, su niñera le había recordado que su tío lo había prohibido por si los niños rompían alguna de las valiosas antigüedades que plagaban la casa. Para compensarle, la niñera le había llevado a la feria, donde disfrutó de uno de los mejores días de aquel verano.

Desgraciadamente, los acontecimientos alegres habían sido escasos. Su taciturno tío se había distanciado más y más de él. Las siguientes vacaciones de verano que Gabriel había disfrutado habían sido las de después de completar su primer curso en la universidad, cuando conoció a Sean.

Al pensar en su mejor amigo, recordó inevitablemente a Lara. La triste mirada cuando se despidió de ella tan fríamente en el aeropuerto… Aquello había sido lo más duro que había hecho en toda su vida y se había arrepentido de ello todas los días y todas las noches que habían pasado desde entonces. Había sido un modo cruel de terminar su breve relación. Fingir que no le importaba en absoluto como ella se sintiera había sido la mejor actuación de toda su vida.

La verdad era que sí le había importado. Y mucho. No había sido capaz de asimilar el amor y el afecto que había recibido de Lara. Había sido una experiencia completamente ajena para él. Tener a alguien que lo amara y que deseara estar a su lado no por lo que él pudiera proporcionarle materialmente sino por sí mismo era algo nuevo para Gabriel.

¿Por qué debía permitir que Lara desperdiciara su amor en él? Tarde o temprano, ella descubriría que él no se lo merecía. En años venideros, cuando estuviera casada con un hombre verdaderamente bueno, le daría las gracias por ello.

Se sentó en la cama y se agarró la cabeza con las manos. El abogado de su tío lo estaba esperando abajo para que Gabriel le comunicara su decisión sobre lo que quería hacer con la casa. Recordó que también le había prometido al agente inmobiliario que lo llamaría para hablar de cifras sobre la posible venta de la casa, por lo que lanzó un pesado suspiro y cerró los ojos.

Capítulo 11

LARA no sabía lo que le pasaba. Efectivamente, llevaba una racha muy mala. Primero, perdió a Sean y luego a Gabriel, pero eso no explicaba por qué sentía náuseas y se mareaba. Llevaba ya varios días así. Tal vez debería ir a ver al médico, pero estaba segura de que, fuera lo que fuera, se le terminaría pasando. Para superarlo, se centró en su trabajo e incluso hizo algunas horas extra.

No era la única persona que había perdido a un ser querido o a la que le habían roto el corazón. Debería intentar ser más estoica, vivir el día a día. Tal vez así lograría recuperar el optimismo por la vida.

Entonces, una mañana, cuando se estaba preparando para ir a trabajar, metió la mano en el bolso para sacar sus píldoras anticonceptivas. Inmediatamente, se dio cuenta de que había sacado el paquete del mes anterior en vez del que pertenecía al mes en el que estaba. Estaba a punto de arrojar el paquete vacío a la basura cuando se percató de que quedaba aún una píldora. ¿Cómo había ocurrido eso? Mejor aún, ¿por qué no se había dado cuenta antes?

El corazón empezó a latirle con fuerza mientras calculaba hacia atrás para llegar a la semana de la píldora en cuestión. Sin duda, pertenecía a la semana que había pasado en Nueva York con Gabriel. Desde entonces, habían pasado seis semanas. Seis semanas sin periodo. Había atribuido su ausencia a la montaña rusa emocional en la que se había visto atrapada y se había asegurado de que todo se solucionaría cuando sus sentimientos se calmaran. Después de todo, había empezado a tomar la píldora porque sus periodos eran erráticos. No creyó que debiera alarmarse porque no lo hubiera tenido un mes. Después de su descubrimiento, su instinto le decía que sí había razón para preocuparse.

Aún con el pijama puesto, se sentó en la cama. Cuando se tomaban anticonceptivos orales, había que ser muy constante. Si se dejaba de tomar una píldora, se corría un riesgo evidente. De repente, la razón de sus náuseas, de sus mareos y de que no hubiera tenido el periodo resultó evidente. Estaba embarazada. Estaba esperando un hijo de Gabriel Devenish.

Lo más extraño de todo fue que, de repente, la confusión y la preocupación se esfumaron como cristales de hielo bajo el sol. Se llevó la mano a la mejilla y sintió una sensación de gozosa excitación.

Ya no importaba ni cómo ni por qué se le había olvidado tomar la

píldora. Ciertamente no se había olvidado aposta. En cualquier caso, Gabriel no se había molestado en ponerse en contacto con ella tal y como le había prometido. Ella le había dejado la puerta abierta para que regresara a su lado, pero, si no lo hacía, al menos tenía un bebé de Gabriel de quien ocuparse. Al menos, así podría superar con el tiempo su abandono.

Al menos, esperaba que así fuera. Sin embargo, pasara lo que pasara, estaba segura de una cosa. Tenía la intención de ser la madre más cariñosa del mundo. Tal vez no fuera rica, pero su hijo recibiría cosas más importantes que las materiales: el amor y la devoción. Aun sin su padre al lado, a su hijo o hija no le faltaría de nada.

Gabriel se había pasado la mañana con su arquitecto, hablando sobre los planes de renovación de la casa familiar, que ya estaban en marcha. Se iba a rediseñar todas las habitaciones y Gabriel incluso estaba negociando con uno de los paisajistas más importantes de Gran Bretaña para que se ocupara también de los jardines.

El día en el que el abogado visitó la casa para descubrir las intenciones de Gabriel, él había tomado la sorprendente decisión de cumplir los términos del apéndice del testamento y vivir allí los seis meses que se estipulaban para poder heredarla. Poco después, llamó a su despacho de Nueva York y les dijo que se iba a tomar un año sabático para decidir lo que quería hacer sobre su futuro.

Aquella decisión había dejado completamente perplejos a sus jefes, que le ofrecieron inmediatamente una serie de beneficios y de incentivos para que cambiara de opinión, como una maravillosa casa en Los Hamptons. Gabriel declinó la oferta.

Lo más sorprendente de todo era que cuando colgó el teléfono se sintió como si le hubieran quitado un gran peso de los hombros. Hasta aquel momento, no se había dado cuenta de que su trabajo y su lucha por el éxito para conseguir más dinero y más poder habían dominado por completo su vida. No había tenido espacio para nada más, en particular para la relación sentimental que ansiaba en secreto y que siempre había temido que no podría mantener incluso si llegaba a encontrarla.

Durante aquellas semanas, después de regresar a la casa de su familia y releer la carta de su tío, en especial la parte en la que el anciano mencionaba sus esperanzas de que él regresara a la casa para criar allí a sus hijos, Gabriel se había visto imbuido por renovadas esperanzas y por un gran optimismo sobre su futuro. Un futuro muy diferente al que siempre había imaginado para él.

Sorprendentemente, había empezado a enamorarse de la casa. Poco a poco, los malos momentos de su infancia fueron perdiendo fuerza y

las heridas empezaron a sanar.

Una tarde, mientras exploraba uno de los dormitorios, que el ama de llaves pensaba que era el de su madre, descubrió una fotografía enmarcada en un cajón. Era una fotografía de su madre, Angela. Tenía en sus brazos a un bebé. Su madre había sido una mujer muy hermosa, de brillante cabello oscuro y resplandecientes ojos azules. Su sonriente rostro emanaba calidez y amor a partes iguales mientras apretaba a su hijo con fuerza contra su corazón.

Gabriel pensó lo mucho que ella debía de haber odiado estar enferma y no poder cuidarlo a él.

Aquella idea lo sobresaltó.

Hasta aquel momento, Angela Devenish había sido una figura fantasmal, irreal. Era como si nunca hubiera existido. Desde que descubrió la foto, la mujer comenzó a fascinarle. Se llevó la fotografía a su dormitorio y la dejó sobre la mesilla de noche para poder verla cada mañana cuando se levantara.

Aunque había empezado a ver a su madre bajo una luz diferente y a sentir que se curaban las heridas del pasado, solo había un rostro que verdaderamente deseara volver a ver más que ningún otro. Ese era el rostro de Lara.

Lo único que le había impedido ir a verla tras regresar al Reino Unido era el terrible recuerdo de cómo se había comportado con ella cuando se separaron en Nueva York. No había tenido que imaginarse lo herida que ella debía de haberse sentido. Había estado escrito en su rostro.

Sinceramente, no podría culparla si, cuando la viera, ella le mandaba a paseo. Sin embargo, esperaba que no lo hiciera. Hasta que tomó la decisión de vivir en la casa de su familia para poder heredarla, no había sabido qué le diría. Lo único que sabía era que quería mostrarle a Lara que podía ser un hombre mejor, un hombre en el que ella pudiera apoyarse. Para hacerlo, tendría que mostrarle pruebas de que quería quedarse en el país y vivir allí.

Si Lara accedía, ella sería un elemento absolutamente crucial para ayudar a Gabriel a crear la nueva vida que él quería. Una vida mucho más feliz y plena que la que había llevado hasta entonces.

Tres meses después…

Lara se apretó la mano en la espalda y se frotó con fuerza. Llevaba de pie desde primera hora de la mañana y estaba muy cansada. El médico había confirmado su embarazo, así que ya no tenía dudas. No obstante, seguía pareciéndole un sueño increíble.

Con un suspiro, empezó a recoger todo para dar por terminada su

jornada laboral. En lo único en lo que podía pensar en aquellos momentos era en meterse en la bañera con unas sales aromáticas. Eso le ayudaría a aliviar el dolor de espalda.

–¿Tienes algún plan para esta noche, Lara? –le preguntó su compañera Marisa mientras cerraba su ordenador.

–Solo darme el baño más largo y más relajante de la historia...

–Suena maravilloso –replicó Marisa.

–¿Y tú? ¿Tienes algún plan?

–Voy a salir a tomar una pizza con Mark, mi novio.

–¿Sigues saliendo con él? Pensaba que os habíais peleado y que habías decidido no volver a verlo.

–Nos peleamos de vez en cuando –confesó Marisa–, pero hacemos las paces muy rápidamente. Es un buen chico. Lo echaría mucho de menos si no estuviéramos juntos. A veces, me parece que es una parte de mí que no me había dado cuenta que había perdido. ¿Sabes a lo que me refiero?

Lara lo sabía perfectamente. El comentario de su compañera la pilló desprevenida y los ojos se le llenaron de lágrimas. Pensó en Gabriel y se preguntó si él pensaría alguna vez en ella y se preguntaría cómo estaba. ¿La echaría él de menos?

–Lara –le dijo Marisa, alarmada al ver que ella estaba llorando–, ¿qué te pasa? ¿Te sientes mal? ¿Quieres que te traiga un vaso de agua?

–No te preocupes. Estoy bien –susurró ella mientras se secaba las mejillas. Entonces, forzó una sonrisa–. Solo necesito salir de aquí e irme a casa para darme ese baño.

–Seguramente te ayudará. A mí también me viene siempre muy bien. Es lo mismo que tomarse una taza de té, ¿verdad? De algún modo, hace que te sientas mejor.

Lara asintió y recogió la chaqueta de lana roja que había dejado sobre el respaldo de su silla. Entonces, miró con gesto ausente hacia las puertas acristaladas de la salida y frunció el ceño. Estaba entrando un hombre en la biblioteca. Miró a su alrededor y se dirigió directamente hacia ellas. Aunque no le hubiera visto el rostro, Lara habría reconocido aquel modo tan atlético de caminar en cualquier parte. La incredulidad la dejó sin palabras. De repente, se sintió algo mareada.

–¿Quién podrá ser? –susurró Marisa–. ¿Es que no sabe que ya hemos cerrado?

–Se llama Gabriel Devenish.

Ella había tenido que decir el nombre en voz alta para darse cuenta de que aquello no era producto de su imaginación. Cuando él se acercó al mostrador y la miró con sus maravillosos ojos azules, el dolor por la manera en la que la había tratado la hizo reaccionar. Se

cuadró de hombros y levantó la barbilla para poder mirarle directamente a los ojos.

–Ya hemos cerrado. Si necesita algo, me temo que tendrá que regresar mañana.

Él sonrió. Aquella sonrisa tomó al asalto el corazón de Lara y se hizo su dueño.

–Me temo que lo que necesito no puede esperar hasta mañana –replicó él.

Durante un largo instante, ella se sintió presa de un trance. Entonces, escuchó que Marisa se aclaraba la garganta a sus espaldas y que le tocaba la manga para que Lara se volviera a mirarla.

Marisa la contemplaba con curiosidad. Antes de hablar, sonrió alegremente.

–Lo siento, Lara. Tengo que marcharme. Mark ha venido a recogerme en el aparcamiento. Cuídate, ¿de acuerdo? Hasta mañana.

–Que disfrutes de tu pizza –le dijo Lara automáticamente.

Cuando las puertas volvieron a cerrarse, el corazón de Lara comenzó a latir con fuerza al darse cuenta de que los dos estaban solos. Gabriel la miraba con el gesto serio. Ella no pudo evitar mirarlo fijamente. ¿Qué era lo que había ido a decirle? Fuera lo que fuera, Lara estaba decidida a que ella hablaría la primera.

–¿Qué diablos estás haciendo aquí? ¿Cómo has sabido dónde encontrarme? No recuerdo haberte dado la dirección de la facultad.

–Fui a ver a tus padres –replicó él–. Tu madre me dijo dónde podía encontrarte.

–¿Cuándo fue esto?

–Esta mañana.

Automáticamente, Lara se cubrió el abdomen con la mano. Lo frotó suavemente a través de la túnica gris que llevaba puesta debajo de la chaqueta. Entonces, se dio cuenta de que estaba atrayendo la atención al único lugar que no quería que Gabriel mirara.

¿Le habría dicho su madre que ella estaba embarazada? Aunque se había puesto muy contenta al escuchar las noticias sobre el bebé, declarando que aquella era la bendición por la que había estado rezando, Lara estaba segura de que su madre no le habría dicho nada a Gabriel sin consultárselo primero a ella. Sin embargo, empezó a sentirse muy nerviosa al pensar cómo se tomaría Gabriel la noticia.

–¿Por qué fuiste a verlos? ¿Para recoger las fotografías de Sean? ¿Cuándo has vuelto de los Estados Unidos? ¿Se trata de otra visita relámpago, Gabriel?

Al ver que las manos de Lara se aferraban con fuerza al mostrador como si la vida le dependiera de ello y al escuchar la preocupación que se había reflejado en su voz, Gabriel frunció el ceño. No le gustaba que su aparición la hubiera disgustado, aunque ella tenía

muchas razones para sentirse así. La necesidad de aliviar su tristeza se convirtió en el objetivo más importante.

–Te lo explicaré todo dentro de un momento. Confía en mí. No tienes nada de lo que preocuparte. En estos momentos, lo único que quiero hacer es mirarte.

Ansiaba poder tomarla entre sus brazos y hacer que ella se olvidara de su sufrimiento con sus besos. Sin embargo, se obligó a esperar. No era el momento de regresar a su vida avasallándola y tomar lo que quería como si fuera su derecho. El Gabriel de antaño habría hecho eso. El hombre que era demasiado egoísta y demasiado obsesionado consigo mismo como para darse cuenta del regalo que Lara le había entregado cuando le dio su virginidad y confesó que lo amaba. Que siempre lo había amado.

–Pareces cansada. Las ojeras que tienes en el rostro parecen hematomas y estás muy pálida. ¿Qué has estado haciendo? ¿Es que no duermes bien?

–¿Y a ti qué te importa lo que he estado haciendo? –le espetó ella–. Ni siquiera te molestaste en llamar después de que me marchara de Nueva York ni has tenido la decencia de comunicarme que estabas de vuelta en Inglaterra. Estoy harta de preocuparme por ti, Gabriel. De verdad que lo estoy. Creo que ya es hora de que me centre en mí misma y en mis propias necesidades.

Apagó la pequeña luz que había sobre la mesa y abrió un cajón para sacar su bolso.

–Ahora, me voy a mi casa. Ha sido un día muy largo.

–Tenemos que hablar, Lara. Sé que probablemente piensas que no me merezco ni que me des la hora, pero quiero que me des la oportunidad de ayudarte a que cambies de opinión. ¿Has venido en coche hasta aquí?

–Sí.

–En ese caso, te seguiré en el mío.

Lara no respondió. Mantuvo la cabeza alta y agarró con fuerza el bolso. Entonces, rodeó el mostrador y se dirigió hacia la salida.

Aunque no había refutado sus intenciones, Gabriel se sentía herido de que ni siquiera le hubiera mirado. Se limitó a colocarse el bolso en el hombro y a arrebujarse bien en la chaqueta como si tuviera frío. Casi como si necesitara protegerse. Entonces, se dirigió al aparcamiento.

Por suerte, el trayecto hasta el apartamento de Lara era muy corto. Gabriel había temido que el hecho de que pasara mucho tiempo antes de que pudieran hablar le daría a ella tiempo para recordar acontecimientos pasados y decidir que estaría mejor sin él. Sentía una gran ansiedad. Lara le había parecido muy segura de que lo que había habido entre ellos había terminado para siempre. Entonces, él recordó

las veces en la que ella abiertamente le había demostrado la profundidad de sus sentimientos hacia él y, de nuevo, la esperanza prendió en su interior.

Cuando llegaron a la puerta, Gabriel permaneció a su lado mientras ella abría la puerta del apartamento en el que vivía. Entonces, esperó en silencio a que ella lo invitara a pasar.

–Hablaremos en el salón –afirmó ella–. Cuanto antes terminemos con esto, mejor.

La habitación era cálida y acogedora y reflejaba completamente los gustos y las preferencias de la mujer que vivía allí. Había una colección de fotografías familiares y varias estanterías que estaban repletas de libros, lo que dejaba muy claro cuáles eran las prioridades del ocupante de aquel apartamento.

–Es mejor que te sientes –dijo ella mientras señalaba la zona en la que estaban el sofá y un cómodo sillón. A pesar de todo, el tono de su voz había sido poco hospitalario.

Lara dejó su bolso encima del sofá y le indicó que él se sentara en el sillón.

Gabriel esperó hasta que Lara se hubo sentado y, entonces, se quitó el impermeable y lo dejó sobre el respaldo del sillón antes de tomar asiento.

–Dijiste que me lo ibas a explicar todo...

Gabriel suspiró y, tras mesarse el cabello con las manos, sonrió.

–Lo haré. Lo que quiero decirte es que he decidido que lo que quería no estaba en Nueva York, sino aquí.

–¿Estás hablando de la casa de tu familia? ¿Has decidido venderla?

–No estoy hablando solamente de la casa, Lara. Aunque, en respuesta a tu pregunta, tengo que decirte que no tengo intención de venderla. Mi plan es vivir allí. De hecho, llevo viviendo allí ya tres meses, intentando hacer las paces con el pasado y convirtiéndola en un hogar. En un hogar de verdad.

–¿Sí? ¡Gabriel, eso es maravilloso!

La sorpresa y el placer que relucieron en sus hermosos ojos oscuros le llegaron a Gabriel directamente al corazón. Sin embargo, él aún no había terminado de contarle todos sus planes. Mucho de lo que pudiera hacer dependía de la respuesta que ella le diera a su próxima pregunta.

–La verdad es, Lara... La verdad es que no será un hogar de verdad hasta que tú accedas a casarte conmigo y a vivir allí a mi lado. ¿Quieres hacerlo?

Capítulo 12

NO ERA la reacción más romántica del mundo, pero cuando Lara comprendió el verdadero impacto de la pregunta de Gabriel, sintió una necesidad urgente de vomitar. Se puso rápidamente de pie y, tras disculparse rápidamente, salió corriendo al baño que tenía dentro de su dormitorio. Una vez allí, se agachó delante del retrete y vomitó violentamente, sin poder contenerse a pesar de que oyó que Gabriel la había seguido hasta allí.

–Cariño, ¿qué te sucede?

Al tiempo que su preocupada voz hacía la pregunta, Gabriel se agachó detrás de ella y le recogió tiernamente el cabello sobre la nuca para que no le cayera sobre el rostro. Cuando ella hubo terminado, fue él quien abrió el grifo del agua fría para humedecer una toalla. Casi como si Lara fuera una niña, procedió a limpiarle la boca, frotándole suavemente los labios. Por último, la ayudó a ponerse de pie.

–Espera aquí –le dijo. El aroma familiar de su colonia asaltó los sentidos de Lara y la debilitó aún más. Gabriel desapareció brevemente para regresar con un vaso de agua fría–. Dale un buen trago –le ordenó.

Entonces, esperó pacientemente a que ella se lo terminara a pesar de que estaba muy preocupado. Cuando Lara lo miró, Gabriel le quitó el vaso de las temblorosas manos y lo puso sobre el estante que había sobre el lavabo. A continuación, la observó fijamente. Muchas veces antes, la había mirado de aquella manera, pero no de un modo tan intenso como aquel. A Lara le turbó que lo que vio en las profundidades de aquellos ojos era ira en varios estadios, como si se tratara de la tensión que precede a la tormenta. También vio dolor y una profunda angustia.

–¿Qué diablos está pasando, Lara? Es mejor que me lo digas.

–¿No te has dado cuenta ya? ¿Es que no conoces los síntomas?

Lara se sintió de repente completamente abrumada por la situación y salió del cuarto de baño. Ya en su dormitorio, se sentó en la cama y se cubrió el rostro con las manos. Aunque le resultara increíble, Gabriel acababa de pedirle que se casara con él. ¿Iría a rechazarla ahora porque estaba embarazada? Casi no quería ni pensarlo. Antes de que se diera cuenta, los ojos volvieron a llenársele de lágrimas.

Gabriel apareció a su lado. Él la estaba mirando. La expresión de su rostro reflejaba dolor e incredulidad.

–Estás embarazada.

Se trataba de una afirmación y no de una pregunta. Lara levantó el rostro y lo miró con el rostro latiéndole con fuerza en el pecho.

–Sí. Así es.

–¿Casi no habíamos terminado de separarnos cuando te encontraste otro hombre? Pensaba que te conocía, Lara, pero ahora me doy cuenta de que no te conozco en absoluto.

Gabriel hizo ademán de dirigirse hacia la puerta, como si ya hubiera decidido lo que iba a hacer al respecto de lo que le había dicho Lara. Sin embargo, se dio la vuelta y le espetó con furia:

–Ciertamente no me echaste de menos, ¿verdad? Y pensar que te creí cuando me dijiste que eras virgen la primera vez que hicimos el amor… ¡Qué idiota fui al creerme aquella historia tan improbable!

Con la mano en el pomo de la puerta, miró a Lara por última vez y salió del dormitorio. El miedo se apoderó de ella al darse cuenta de que él iba a marcharse.

Se levantó de la cama y salió corriendo detrás de él.

–¡Gabriel!

Llegó al salón justo cuando él estaba recogiendo su impermeable para ponérselo. Entonces, se acercó a él rápidamente y le agarró de la muñeca para evitar que se marchara. Decidió que le tocaba a ella ponerse furiosa.

–¡Eres un idiota! ¡Un estúpido idiota! –le gritó.

Al tiempo que pronunciaba aquellas palabras, los ojos volvieron a llenársele de lágrimas, que le cayeron abundantemente sobre las mejillas. Gabriel la miraba con incredulidad. Evidentemente, no comprendía la razón que ella podía tener para estar reaccionando de aquel modo.

–¿De verdad crees que yo me acostaría con otro hombre cuando te amo a ti? Llevo amándote toda la vida y seguramente lo haré hasta que me muera.

–Pero acabas de admitir que estás embarazada –dijo él con desdén. Entonces, sacudió el brazo para zafarse de ella–. ¿O vas a intentar convencerme de que ha sido como el milagro de la Inmaculada Concepción?

Lara contuvo el aliento y trató de tranquilizarse.

–Antes de que vayas más allá, tengo que decirte que es cierto que la primera vez que nos acostamos yo era virgen. Esperé todos estos años para entregarle mi virginidad a un hombre al que amara realmente porque era importante para mí. Ese hombre siempre has sido tú, Gabriel –dijo. Se detuvo un instante para recuperar el aliento y vio cómo la esperanza y la incertidumbre se reflejaban en el rostro de Gabriel–. El bebé es tuyo…

–¿Cómo dices?

–Escúchame, ¿quieres? Me quedé embarazada cuando se me olvidó tomarme una de las píldoras esa semana que estuvimos juntos en Nueva York. No lo hice deliberadamente. Jamás trataría de atraparte de ese modo, pero tenía la cabeza en las nubes todo el tiempo que me pasé contigo. Fue como un sueño. Solo descubrí que me había saltado una pastilla hace unas pocas semanas cuando llegué a casa. Llevaba unos días con náuseas y mareos, pero lo atribuí al hecho de estar disgustada porque te echaba de menos y tú no te habías puesto en contacto conmigo. Ni siquiera sabía si volvería a verte.

–¿El bebé es mío? –preguntó Gabriel. El impermeable que había estado sujetando entre las manos se le cayó al suelo.

Lara levantó una mano para secarse las lágrimas y asintió.

–Te lo juro. Te mostraré el paquete de pastillas con la que no me tomé aún dentro. Puedes calcular que pertenece a la semana que estuve en Nueva York. Sin embargo, si sigues sin creerme, no sé cómo convencerte. Yo pensé que mi palabra y la devoción que he mostrado hacia ti serían suficientes. No digo mentiras, Gabriel. Recuerda que ya te he dicho eso en otra ocasión.

Gabriel parecía estar completamente atónito.

–¿Por qué no me dijiste que estabas embarazada en cuanto te enteraste? Habría venido enseguida.

Lara se encogió de hombros y le dedicó una temblorosa sonrisa.

–No quería presionarte ni hacerte sentir obligado a hacer algo al respecto. Esa es la razón. Especialmente, no quería hacerlo por el modo en el que te comportaste conmigo cuando nos despedimos en el aeropuerto. Parecías tan enojado, Gabriel. Sabía que estabas confuso por la carta de tu tío y lo que él te había dicho sobre tu madre. No quería darte más preocupaciones.

Gabriel comenzó a sacudir la cabeza como si no pudiera creer lo que estaba escuchando.

–Eres increíble, ¿lo sabías? Tenías todo el derecho del mundo a exigir que regresara y que aceptara mis responsabilidades contigo y con el bebé. ¿Cuándo vas a aprender que tú eres la importante, Lara, y no yo?

–No digas eso. Tú también eres muy importante, Gabriel. ¿Y tú? ¿Por qué no me dijiste que habías decidido regresar para vivir en la casa de tu familia? ¿Acaso pensabas que yo esperaría automáticamente que retomáramos la relación donde la habíamos dejado cuando tú, evidentemente, aún tenías dudas sobre nosotros?

–Eres una loca… –susurró él.

Gabriel le agarró los brazos y la estrechó contra su cuerpo. El corazón de Lara comenzó a latir alocadamente. Él le apartó un mechón de cabello del rostro y sonrió. Aquella sonrisa sugería que él había tomado la decisión de revelar por fin al verdadero Gabriel

Devenish. Dejar al descubierto el hombre decente y honorable que vivía tras la dura fachada del hombre de negocios y del ingenio por el que era conocido. El hombre que Lara siempre había sabido que era.

–No quería decirte que había regresado para vivir en la casa hasta que hubiera tenido tiempo de examinar los daños que hice en el pasado y encontrar el modo de borrarlos. No te merecías estar con un hombre roto, Lara, un hombre que no sabía amar a nadie más que a sí mismo.

Gabriel hizo un gesto de dolor.

–Ni siquiera eso lo hice muy convincentemente. Centré todas mis energías en el trabajo y en mi deseo de ser el mejor en cualquier cosa que hiciera. Eso se debía al hecho de que quería tener la admiración de mis compañeros. Estaba buscando demostrarme a mí mismo que yo merecía la pena. Ni siquiera tenía nada que ver con el dinero, pero esa ambición se convirtió en lo más importante de mi vida. Una vida vacía y sin significado alguno. Aparte de ser bueno en mi trabajo, no me consideraba bueno en nada más. No tenía relaciones profundas con nadie porque no me podía permitir intimar con una mujer por si ella me traicionaba de alguna manera. Otra razón por la que decidí centrar mi atención en el trabajo. En lo que se refiere a las dudas, puedo decirte que las únicas que tuve fueron si yo era lo suficientemente bueno como para estar con un ángel como tú, Lara –añadió con voz ronca–. ¿Esperaba demasiado pensando que tú querrías compartir el resto de tu vida con un hombre como yo, de igual modo que yo quería compartir mi vida contigo?

Lara levantó la mano suavemente para colocársela sobre la mejilla.

–No –dijo–. No estabas esperando demasiado. No se me ocurre nada que desee más que compartir el resto de mi vida contigo. Además, nadie más me querría si yo no pudiera estar contigo, Gabriel. Sería como una caracola vacía. ¿No te das cuenta de que me has arruinado para otro hombre porque mi cuerpo y mi alma te pertenecen?

Gabriel la miró con los ojos maravillados ante lo que acababa de escuchar. Entonces, le colocó las manos en las caderas y la estrechó contra su cuerpo.

–Y ahora, vas a tener un hijo mío. Voy a ser padre. Vamos a ser padres, con una familia propia. No puedo evitar preguntarme si me merezco ser tan feliz.

–Entonces, ¿no te importa que tengamos un bebé cuando llevamos tan poco tiempo de relación? No podemos fingir que no será un desafío.

–Capearemos todos los temporales que se nos presenten, nena –le dijo él cariñosamente–. Los superaremos porque juntos somos fuertes y nuestro amor no permitirá que los desafíos de la vida nos abrumen. Mirando en lo que nos hemos convertido ya. Ese bebé nos unirá aún

más. Espera y verás.

Gabriel trató de besarla, pero ella apartó el rostro y le empujó para que se alejara.

–Tienes que dejarme que me lave la boca antes de besarme –afirmó–. Entonces, ¡te dejaré que me beses hasta que pierda el sentido, si quieres!

Gabriel sonrió.

–Eso es como preguntarme si tengo que seguir respirando. Si tardas más de diez segundos, voy a ir a buscarte. Y te lo advierto… si no estás lista, tendrás que pagar una multa –añadió. Lara sonrió y se dirigió hacia el cuarto de baño–. Además, aún no has respondido mi pregunta.

Lara fingió ignorancia cuando se detuvo y se dio la vuelta para mirarlo.

–¿De qué pregunta estás hablando?

–¿Quieres casarte conmigo? No me dejes aquí sufriendo, mujer. Dame una respuesta. Hay un límite a lo que un hombre puede soportar antes de desmoronarse.

Lara suavizó su expresión y se colocó la mano sobre el corazón. Entonces, con un elegante ademán, le indicó a Gabriel que le pertenecía.

–Por supuesto que me casaré contigo, Gabriel. Esa ha sido siempre mi intención, incluso desde que Sean te llevó a casa la primera vez. Él estará encantado de que dos de las personas que más quería vayan a estar juntos, ¿no te parece?

Cuando ella se dio la vuelta para entrar en el cuarto de baño, Gabriel se dio cuenta de la inmensa capacidad de amar que ella tenía. Sean también había poseído esa capacidad. Sacudió la cabeza y ni siquiera trató de contener las lágrimas que le llenaron los ojos.

La cabeza le daba vueltas. La mujer que amaba había accedido a ser su esposa y estaba esperando un hijo suyo. Todas las cosas que Gabriel había pensado que se le negarían siempre se estaban haciendo realidad.

Ya sabía que sus objetivos para el futuro no tenían nada que ver con Wall Street, sino con ser un amante esposo y padre, con sus hijos creciendo felices con unos padres que los adorarían y que harían cualquier cosa para ayudarles a que tuvieran una vida maravillosa. Todos vivirían juntos en la hermosa casa que Gabriel había heredado de su familia. La esperanza del tío Richard iba a hacerse realidad.

Los arquitectos y diseñadores que Gabriel había contratado estaban ayudándole a transformar su casa en un hogar del siglo XXI, aunque sin despojar al hermoso edificio de su innata belleza y encanto de antaño.

Él estaba ya muy contento con los resultados que se estaban empezando a ver. Lara también lo estaba y la habitación que más les había gustado a ambos era el hermoso cuarto infantil, aunque Lara había afirmado que quería que el bebé durmiera con ellos hasta que estuviera preparado para hacerlo solo.

De repente, fue consciente de que el pequeño grupo que estaba a sus espaldas en la galería acristalada había quedado sumido en un respetuoso silencio. Los padres de Lara estaban en la primera fila, lo que le llevó a girarse para contemplar a la hermosa y radiante mujer que estaba a su lado.

Lara estaba impresionante con su sencillo pero elegante vestido de novia. Estaba confeccionado de raso color lavanda, que Lara había elegido con la ayuda de su madre. Era la elección perfecta para la atemporal belleza de Lara. Era un diseño sin tirantes, con escote corazón y pedrería debajo del busto. La tela se soltaba entonces para cubrir una cintura que cinco meses de embarazo aún no habían logrado hacer desaparecer.

Gabriel le agarró la mano cuando Lara levantó sus ojos hacia él. Para ser un hombre que se había enorgullecido de dirigir muchas celebraciones y cenas relacionadas con su trabajo con gran aplomo, se había quedado momentáneamente sin palabras.

Se aclaró la garganta y se inclinó hacia su futura esposa.

–¿Estás preparada para esto? ¿Estás segura de que no quieres cambiar de opinión?

Lara parpadeó. Entonces, esbozó una radiante sonrisa.

–¿Hablas en serio? Llevo toda la vida esperando este momento...

Gabriel la besó breve pero apasionadamente. Cuando miró a la persona que iba a celebrar la ceremonia, una mujer esbelta de cabello cobrizo y alegres ojos oscuros, se disculpó con una sonrisa.

–Se supone que debe besar a la novia cuando yo les declare marido y mujer, señor Devenish. ¡No antes!

Incapaz de resistirse, Gabriel replicó:

–No se ofenda, pero nadie me dice cuándo puedo o no puedo besar a la mujer que amo, la mujer a la que adoro más que a la vida misma.

La encargada de celebrar la ceremonia se quedó en silencio unos segundos. Entonces, sonrió. Tras mirarlos a ambos, dijo:

–¿Proseguimos ya con la ceremonia?

Gabriel entrelazó los dedos con los de Lara y respondió:

–¡Confíe en mí si le digo que tengo tantas ganas de acabar con la ceremonia y para que esta maravillosa mujer sea mi esposa como usted!

Todos los presentes se echaron a reír al escuchar aquella afirmación. Entonces, comenzaron a aplaudir. En cuanto a Lara, levantó la mirada para observar a Gabriel, tan guapo como siempre y vestido con un

impecable esmoquin azul oscuro, y rezó en silencio para dar gracias a Dios por su buena fortuna.

Entonces, la voz de su hermano resonó en su pensamiento.

«Siempre te dije que lucharas por lo que querías en la vida y que, si lo deseabas lo suficiente, lo conseguirías. ¿Te acuerdas?».

Lara trató de contener las lágrimas y murmuró con un hilo de voz:

–Sí, Sean. Lo recuerdo... Tenías toda la razón. Muchas gracias.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

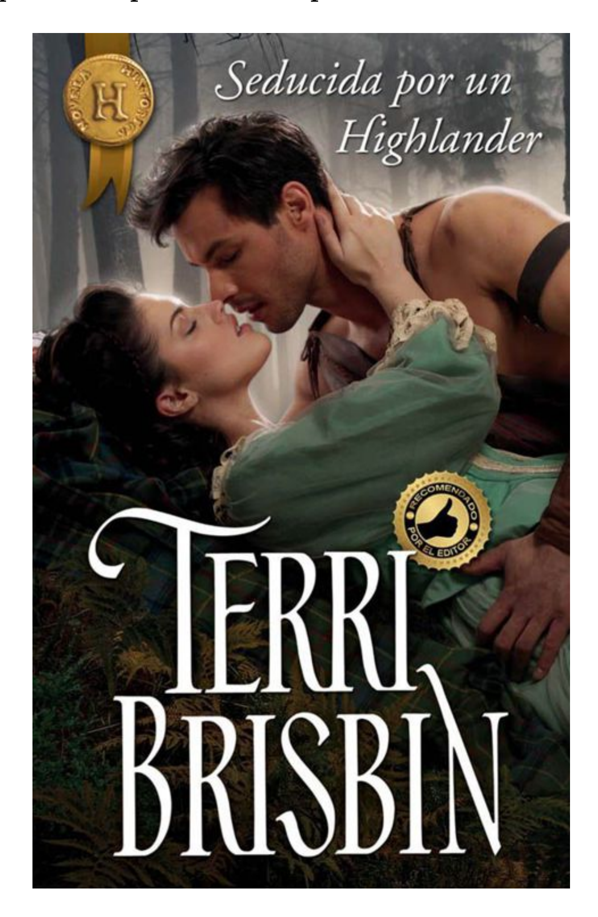


Table of Content